

Club DEL MISTERIO

John Ball
EN EL CALOR
DE LA NOCHE



Lectulandia

La narración nos sitúa en una pequeña ciudad poblada por unos once mil habitantes en el sur de Mississippi cuando «A las tres y diez minutos de madrugada» el estúpido engreído policía Sam Wood descubre el cadáver de un industrial, para a reglón seguido en su rutinaria ronda nocturna por la ciudad, cumpliendo sus propias y convencionales obligaciones, arresta a un hombre negro que se encuentra dormitando en la sala de espera de la estación, en quien se ceba la estrechez mental del agente al asociarlo rápidamente como el presunto asesino del cadáver hallado. Pero los hechos no resultarán fáciles para tan mentecato y vanidoso policía.

Tras el interrogatorio por el jefe de la policía local, Bill Gillespie, resulta que el detenido es nada menos que un inspector de la policía de Filadelfia llamado Virgil Tibbs. Quien ante las múltiples estupideces y humillaciones a las que se ve sometido, decide por su cuenta y riesgo tomar cartas en el asunto del siniestro con que pretenden acusarlo, para ello cuenta con la colaboración del jefe de policía al denotarse actitudes racistas en la intriga.

La novela fue llevada al Séptimo Arte en 1967 contando con los actores Sidney Poitier y Rod Steiger como principales protagonistas.

Lectulandia

John Ball

En el calor de la noche

Club del Misterio - 62

ePub r1.0

Titivillus 17.01.17

Título original: *In the Heat of the Night*

John Ball, 1966

Traducción: José María Claramunda

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

A las tres menos diez minutos de la madrugada, la ciudad de Wells estaba inerte, caliente, paralizada. Muchos de sus once mil habitantes se agitaban inquietos; los pocos que no dormían profundamente, maldecían el hecho de que no soplase brisa que atenuara el efecto sofocante de la noche. El calor de Carolina en agosto pendía fuerte y pesado en el aire.

Se había ocultado la luna. En el principal barrio comercial, unos cuantos faroles sin pantalla proyectaban densas sombras sobre las tiendas cerradas, el cine, que seguía dando sesiones, y las silenciosas gasolineras. En la esquina donde la carretera cruzaba en ángulo recto, funcionaba el acondicionador de aire en la farmacia Simón, y su continuo ronroneo rasgaba el silencio nocturno. Al otro lado de la calle, el único coche patrulla que el Departamento de Policía de Wells mantenía en servicio toda la noche, se acercaba a la acera.

Sam Wood, el conductor, asía firmemente con sus fuertes dedos su pluma de punta en forma de bola mientras iba llenando la hoja de ruta. Apoyaba en el volante el bloc de papel oficial y trazaba claras y grandes letras que él podía ver gracias a la débil luz que penetraba en el coche. Hacía constar cuidadosamente que había hecho la ronda por la totalidad del principal barrio residencial de la ciudad, como estaba ordenado, sin haber observado novedad alguna. Sintió orgullo en poner por escrito su decisión. Esto le hacía de nuevo consciente, al igual que durante los tres años pasados, de que, a aquella hora de la noche, él era el hombre más importante que estaba despierto y de servicio en la ciudad entera.

Terminó el parte, puso el bloc de papel sobre el asiento que estaba a su lado y volvió a consultar su reloj. Casi eran las tres, hora de tomarse un descanso y una taza de café. Pero el fuerte calor de la noche le hizo desechar la idea del café; mejor sería un refresco. ¿Pararía ahora o pasaría antes por los barrios pobres de la ciudad? Esta era una parte de su trabajo que no le gustaba; pero había que hacerla. Acordándose otra vez de la importancia de su posición, resolvió dejar para un poco más tarde la interrupción del servicio. Manióbró para apartar el coche del bordillo de la acera con la facilidad profesional del experto conductor.

Cruzó la calle, desierta en ambas direcciones, y corrió por el áspero asfalto del distrito habitado por los negros. Conducía muy despacio, recordando nuevamente la noche, meses antes, en que había atropellado a un perro. El animal había estado durmiendo en la calle, y Sam no lo había visto a tiempo de evitar el atropello. Sam se imaginó de nuevo en cuclillas en la calle, sosteniendo la cabeza del animal y mirando sus horrorizados, apenados, confiados y suplicantes ojos. Entonces había visto venir a la muerte y, aunque iba con frecuencia a cazar y era generalmente tenido por hombre duro, Sam había sido desgarrado por la compasión que le inspiraba el perro y por el pesar de haberle causado la muerte. Sam tenía clavada la vista en la calle, evitaba los peores baches, miraba con atención por si hubiera perros.

Recorrido en breve espacio de tiempo el distrito de los negros, Sam frenó al cruzar el paso a nivel lleno de baches y empezó a rodar lentamente por una calle ascendente flanqueada a cada lado por casas viejas, feas, en gran parte sin pintar, de tablas de madera. Ese era un barrio de blancos pobres, lugar para los que no tenían dinero ni esperanza de tenerlo, o para aquellos a quienes la miseria no les importaba. Sam siguió calle arriba, poniendo cuidado en salvar los baches del camino. Luego miró y vio, a mitad de una manzana de casas frente de él, un deformado rectángulo amarillo de luz que encuadraba una ventana de lo que debía ser la casa de Purdy.

Una luz a aquella hora podía significar un cólico o muchas otras cosas. Sam despreciaba a la clase de hombre que mira de noche por las ventanas, pero para un agente de policía la cuestión era distinta. Guió el coche hacia el bordillo de la acera, a fin de no molestar a nadie sin necesidad, y aminoró la marcha lo suficiente para averiguar por qué estaba encendida la luz en la cocina de Purdy a las tres y cuarto de la mañana, aunque creía saberlo ya.

La cocina estaba alumbrada por una sola bombilla de cien vatios, cuyo cable colgaba del centro del techo. Las transparentes cortinas de encaje que se extendían, inmóviles, de una parte a otra de la ventana abierta, nada hacían para ocultar la visión del interior iluminado. Allí, claramente a la vista, estaba Dolores Purdy, vuelta de espaldas. Como en las dos veces anteriores en que eso había sucedido, algunas semanas atrás, la joven no se había puesto el camisón.

Cuando el coche patrulla llegó frente a la ventana, Dolores retiró del hornillo un cazo, se volvió y vertió el contenido en una taza de té. Sam vio sus senos de dieciséis años y la graciosa curva de sus muslos juveniles. Empero, algo había en Dolores que le resultaba repugnante, y ni siquiera la contemplación de su cuerpo desnudo ofrecía gran interés. Él suponía que el motivo era que la joven no se bañaba nunca, o parecía no lavarse. Sam, al ver que Dolores se llevaba la taza a los labios, supo que nadie estaba enfermo y se puso a mirar a otra parte. Tuvo por un momento la intención de avisarla de que se exponía a ser vista, pero desistió de ello porque una llamada a tal hora despertaría a los niños de la casa. Y lo que era más: ella no podría ir a abrir la puerta, desnuda como estaba. Sam dobló la próxima esquina y se dirigió de nuevo hacia la calle.

A pesar de la visible falta de tránsito, Sam se detuvo en el cruce y luego viró hacia el norte. Dejó que el coche ganase velocidad hasta que el aire caliente, al entrar por las ventanillas abiertas, produjo la ilusión de brisa. Corrió tres minutos a la misma velocidad hasta que estuvieron a la vista los límites de la ciudad. Quitó el pie del acelerador, cruzó la línea de límite y metió fácilmente el vehículo en el aparcamiento, que permanecía abierto toda la noche. Se apeó con inusitada agilidad para un hombre de su corpulencia y se dirigió al restaurante.

Hacía más calor dentro que fuera. El centro de la sala estaba ocupado por un mostrador en forma de U. A un lado había una hilera de reservados de recia madera chapada que prometía poco aislamiento y menos comodidad. En una ventana, una

mala instalación de acondicionamiento del aire hacía fluir una pobre corriente de aire frío que se detenía, sin ser notada, a algunos centímetros del ventilador en el que nacía. Las paredes de madera habían sido pintadas de blanco hacia años y el tiempo las había vuelto amarillas. Sobre la parrilla, la negra mancha de grasa caliente erigía un monumento permanente a los millares de platos que habían sido cocinados, comidos y olvidados.

El camarero que hacía el turno de noche en la barra era un chico de diecinueve años, delgado, cuyos brazos, muy largos, le salían de los puños de su sucia camisa, como si hubieran sido alargados por alguna máquina infernal. Su rostro, enjuto y huesudo, conservaba aún señales de acné; su labio inferior colgaba ligeramente, como si su dueño estuviese acostumbrado a mostrarlo a la gente en gesto de desafío o no supiese qué partido tomar. En el momento de entrar Sam, estaba con los codos apoyados en la barra y leía una revista humorística que tenía ante sí.

En presencia del representante de la ley, se apresuró a guardar la revista debajo de la barra, alzó sus estrechos hombros y se preparó para los próximos minutos que tendría que gastar con el guardián de la durmiente duda. Se dispuso a hacer café cuando Sam se sentó en uno de los tres taburetes que no tenían roto el tapizado del asiento.

—No quiero café, Ralph; hace demasiado calor —dijo Sam—. Sírvenme una Coca-Cola.

Se quitó la gorra del uniforme y se pasó el brazo derecho por la frente.

El camarero puso en un vaso unos cubitos de hielo y, tras destapar una botella, lo llenó de líquido y espuma.

Sam apuró el líquido cuando se hubo deshecho la espuma, disolvió en su boca un pedacito de hielo y luego preguntó:

—¿Quién ha ganado el combate esta noche?

—Ricci —respondió el camarero—. Por puntos. Puede aspirar al título.

Sam volvió a llenar el vaso y lo vació una vez más antes de emitir una opinión.

—Me alegro de que haya vencido Ricci. No les tengo mucha simpatía a los italianos, pero así, al menos, un blanco tiene probabilidades de conquistar el título.

El camarero manifestó en seguida su aprobación con un movimiento de cabeza.

—Tenemos ya seis campeones negros, todos de excelente clase. No me explico cómo saben boxear tan bien.

El muchacho puso las manos sobre el mostrador y extendió sus huesudos dedos en un vano intento de que pareciesen fuertes y poderosos. Miró las fuertes manos del policía y se preguntó si llegaría alguna vez a tener manos así.

Sam se sirvió la única empanadilla que quedaba en un empañado aparador de plástico sobre el mostrador.

—No sienten los golpes como los sentiríamos tú o yo —explicó—. No tienen el mismo sistema nervioso. Son como animales, hay que darles con un hacha para derribarlos. Por eso ganan las peleas y no tienen miedo de estar en el cuadrilátero.

Ralph movió la cabeza y sus ojos dijeron que Sam había pronunciado la última palabra en la materia. Cerró bien el aparador.

—Mantoli estaba en la ciudad esta noche. Se ha traído a su hija. He oído decir que causa verdadera expectación.

—Tenía entendido que no vendría sino después del primer concierto.

El camarero se inclinó hacia adelante y limpió el mostrador con un trapo gris y mojado.

—Ha costado más de lo que se figuraban los organizadores del espectáculo. Creen ahora que, para resarcirse de los gastos, habrá que aumentar el precio de las entradas. Me han contado que Mantoli ha venido a ayudarles a calcular lo que el público estará dispuesto a pagar.

Sam vertió en el vaso lo que quedaba en la botella de Coca-Cola.

—No sé —repuso—. Todo puede salir bien o ser un fracaso completo. No entiendo de música clásica, pero no creo que venga mucha gente a ver a Mantoli dirigir la orquesta. Sé que es una orquesta sinfónica; pero la gente a la que le gusta esa clase de espectáculo puede oír la misma orquesta durante el invierno entero sin tener que venir aquí y sentarse en asientos duros. ¿Y qué pasaría si lloviese?

Vació el vaso de un trago y consultó su reloj.

—Eso digo yo —asintió Ralph—. ¿Qué pasaría? No me interesa la música, al menos la de esa clase. Pero opino que, si puede ponernos en el mapa, como dicen que puede, y atrae a turistas con dinero para gastar, acaso pueda aumentar el nivel de vida de todos nosotros.

Sam se bajó del taburete.

—¿Cuánto es? —preguntó.

—Quince centavos. La empanadilla es por cuenta de la casa, por ser la última que quedaba. Que tenga usted muy buenas noches, señor Wood.

Sam dejó una moneda de veinticinco centavos y salió del establecimiento. Una vez el camarero habíase atrevido a llamarle Sam. Él le había lanzado una fría mirada de desaprobación, y había hecho efecto. Ahora le daba el tratamiento de «señor Wood», que era lo que quería Sam. Volvió a subir al coche y transmitió un breve parte por la radio antes de bajar de nuevo por la carretera a la ciudad. Se puso cómodo en el asiento, preparado para la monotonía que formaría la última parte de la noche.

El aire volvía a estar cargado en tanto el coche ganaba velocidad. Por primera vez desde que era agente de policía, Sam se permitía maldecir el fuerte calor que auguraba un día abrasador. Y eso suponía otra noche calurosa para el día siguiente, y tal vez otra después de ésta. Sam aminoró la marcha al divisar la zona central. La noche estaba desierta todavía, pero Sam, por costumbre, conducía despacio por el pequeño distrito de la parte baja de la ciudad. Volvió a pensar en Dolores Purdy. Se dijo que esta chica se casaría muy joven y que alguien se divertiría de lo lindo con ella. Entonces, una manzana de casas más adelante, vio algo que yacía en la carretera.

Sam pisó el acelerador. En el haz luminoso de los faros delanteros el objeto se hizo mayor, hasta que Sam frenó y detuvo el coche en medio de la calle, a pocos pasos frente a lo que a la sazón podía ver que era un hombre tendido en el asfalto, abierto de brazos y piernas.

Encendió las luces rojas de aviso y bajó a toda prisa del coche. Antes de inclinarse sobre el hombre, miró primero y rápidamente a su alrededor, con la mano puesta en su enfundado revólver del 38, dispuesto para la acción inmediata. No vio más que los edificios silenciosos y el duro pavimento que se extendía en ambas direcciones. Sam, momentáneamente satisfecho, hincó una rodilla en tierra junto al hombre tendido en la calle.

Este yacía sobre el vientre, con los brazos encima de la cabeza, las piernas abiertas y el rostro vuelto a la izquierda, de modo que su mejilla derecha reposaba sobre el desgastado asfalto. Llevaba el pelo tan largo que le tapaba el cogote y luego se rizaba allí donde rozaba el cuello de la chaqueta. Junto a él, cinco o seis pasos más allá, un bastón con puño de plata parecía extrañamente abandonado en la dura carretera.

Sam metió su mano izquierda debajo del hombre caído e intentó percibir los latidos del corazón. A pesar del sofocante calor, el hombre vestía una chaqueta abrochada; a través de ella, Sam no pudo descubrir señales de que el hombre estuviese vivo. Entonces recordó lo que había leído sobre la muerte aparente. Sam no había tenido estudios especiales para ejercer su profesión; no habían hecho sino inscribirle en la nómina, gastado un día en informarle de las obligaciones que tenía que cumplir, y seguidamente él se había puesto a actuar. Sólo que, como le ordenaron, había estudiado los códigos de la ciudad y los del distrito y el Estado, y leído los dos o tres libros de texto que se utilizaban en el pequeño edificio de la oficina principal. Sam tenía buena memoria, y a ella volvía la ciencia ingerida antaño en el momento en que era necesaria.

«Nunca hay que dar por muerta a una persona hasta que haya certificado su muerte un médico. Puede estar desmayada, aturdida o inconsciente por varias causas. Personas que padecían conmoción por acción de la insulina, han sido, con frecuencia, dadas por muertas, y, en algunos casos, han revivido después de haber sido conducidas a los depósitos de cadáveres. De no estar el cuerpo tan mutilado como para hacer imposible la supervivencia, como en la decapitación, supóngase siempre que la persona vive, a menos que haya avanzado la descomposición hasta el extremo en que la vida no pueda lógicamente existir».

Sam corrió a su coche y tomó el radioteléfono. A aquella hora no se molestó en emplear el lenguaje oficial, y habló pronto y claro, tan pronto como contestaron a su llamada:

—Cerca de la esquina de Piney y la carretera hay un hombre que parece estar muerto. No hay rastro de nadie por allí cerca. Hace varios minutos que no ha habido tránsito. Manden el médico y la ambulancia en seguida.

Dicho esto, se preguntó por un instante si había usado el lenguaje debido a dar el parte. Tratábase de una cosa nueva para él y quería resolverla bien. La voz del operador nocturno no le dejó hacerlo.

—Quédese ahí. ¿Ha sido identificada la víctima?

Sam pensó rápidamente.

—Todavía no —respondió—. Nunca he visto antes a ese hombre, que yo sepa. Sin embargo, creo que sé quién es. Lleva el pelo largo, chaqueta y bastón. Es bajito, no mide más de un metro sesenta y dos.

—Debe de ser Mantoli —exclamó el operador—. El director de orquesta. El encargado de organizar el festival. Si es él y está muerto, en menudo lío estaremos metidos. Repito que no se mueva de ahí.

Sam colocó el radioteléfono en su sitio y volvió adonde estaba el hombre caído. El hospital se hallaba nueve esquinas más allá solamente, y la ambulancia estaría en el lugar del suceso dentro de cinco minutos. Sam, al inclinarse otra vez sobre el hombre, se acordó del perro atropellado, pero lo que le había pasado a aquel hombre era mucho peor.

Alargó la mano y la pasó muy suavemente en la nuca del hombre, como si tocándole pudiese consolarle y decirle que el socorro llegaría pronto, que solamente tendría que estar dos o tres minutos más en el áspero asfalto, y, entretanto, no estaba solo. Mientras pensaba esto, Sam se dio cuenta de que le estaba corriendo por los dedos algo espeso y viscoso. Retiró la mano con un rápido movimiento involuntario. Desvaneciósese la lástima que había sentido, y ocupó su lugar un creciente enojo.

2

A las cuatro y cuatro minutos de la mañana sonó el teléfono junto a la cama de Bill Gillespie, jefe de policía de la ciudad de Wells. Gillespie tardó unos segundos en despejarse parcialmente antes de contestar. Al descolgar el aparato sabía ya que se trataba de un suceso, seguramente grave, pues de otro modo el agente de guardia hubiese resuelto el caso. El agente dijo:

—Jefe, siento molestarle pero, si Sam Wood está en lo cierto, se ha cometido un asesinato.

Gillespie se sentó en la cama con las piernas colgando sobre el lado de este mueble.

—¿Turista?

—No; exactamente, no. Sam lo ha identificado provisionalmente como el cadáver de Enrico Mantoli... como usted sabe, el individuo que iba a organizar aquí un festival musical. Comprenda, jefe, que ni siquiera estamos seguros de que ese hombre esté muerto, pero sí lo está y es correcta la identificación de Sam, entonces alguien ha acabado con nuestra celebridad local y nuestro proyecto de festival musical se ha venido probablemente abajo.

Bill Gillespie estaba ya despierto del todo. En tanto tocaba automáticamente con los pies sus zapatillas, sabía que se esperaba de él que tomase el mando. La instrucción profesional que le habían dado en Texas le dictaba lo que tenía que decir.

—Bien. Escuche. Voy para allá en seguida. Mande un médico y una ambulancia, un fotógrafo y un par de hombres más. Que Wood no se mueva de allí hasta que yo llegue. ¿Conoce todas las normas?

El agente de guardia, que nunca había tenido antes que actuar en un crimen, respondió que sí. Gillespie, tan pronto colgó el aparato, puso en pie su estatura de un metro noventa y empezó a vestirse de prisa, ocupando su mente en lo que habría de hacer cuando llegase al escenario del crimen. Llevaba solamente nueve semanas de residencia en Wells y desempeñando allí el cargo de jefe de policía, por lo que tenía que demostrar su valía. Al agacharse para atar los cordones de sus zapatos, sabía que podía confiar en sí mismo para hacer lo que fuera conveniente, pero seguía deseando haber terminado ya la carrera de obstáculos que tenía que emprender.

Pese a que sólo contaba treinta y dos años de edad, Bill Gillespie tenía mucha confianza en su destreza para salir airoso de todos los desafíos en los que fuese provocado. Su talla le permitía mirar con desprecio a muchos hombres. Su fuerza, que le había hecho renunciar a la mujer con quien quería casarse, derribaba todos los obstáculos normales como si nunca hubiesen existido. Si tuviese que actuar para descubrir al autor de un crimen, lo descubriría, y nadie se atrevería a dudar de su competencia mientras estuviese actuando.

Recordó en aquel instante que no le habían dicho dónde había sido perpetrado el delito. Descolgó con mal humor el teléfono y, en su prisa, se equivocó al marcar el

número. Colgó antes de saber que le iba a contestar un número equivocado, y luego, esforzándose por conservar la serenidad, probó otra vez.

El agente de guardia, que había estado esperando la llamada, respondió inmediatamente.

—¿Dónde?

—En la carretera, jefe, debajo de Piney. Ya ha llegado la ambulancia, y el doctor ha dicho que la víctima está muerta. Sin identificación positiva todavía.

—Está bien —repuso el jefe, que volvió a colgar el aparato.

No le agradaba confesar que había telefoneado de nuevo para saber adónde tenía que ir. Hubiesen debido decirle la primera vez el lugar donde se hallaba el cadáver.

El coche personal de Bill Gillespie estaba provisto de sirena, luces rojas en la ventanilla posterior y radio con onda policial. Gillespie entró, pisó el pedal de marcha, apartó el vehículo del bordillo de la acera y arrancó a toda velocidad sin tener para nada en cuenta que el motor estaba frío. En menos de cinco minutos vio frente a él el coche de la policía, la ambulancia y el grupito de gente reunida en medio de la carretera. Se dirigió hacia allí, frenó y se apeó antes de haber parado del todo el coche.

Sin hablar con nadie, avanzó a grandes zancadas hasta el lugar donde el cadáver yacía aún en la calle; luego, se puso en cuclillas y pasó rápidamente las manos por el hombre caído.

—¿Dónde está su cartera? —preguntó.

Sam Wood dio unos pasos al frente para contestar.

—Falta. Al menos, no la he podido encontrar encima del cadáver.

—¿Se ha podido verificar la identificación?

El joven médico que había venido con la ambulancia contestó a esto.

—Es el director de orquesta Enrico Mantoli. El animador del festival musical que nos proponíamos celebrar aquí.

—Eso ya lo sé —repuso bruscamente Gillespie.

Volvió a fijar su atención en el cadáver. Tenía el vivo deseo de decirle: «Levántate, límpiame la cara y dime qué ha pasado, quién lo ha hecho». Pero ése era un hombre a quien él no podía mandar. Bueno; pues se haría de otro modo. Gillespie alzó la vista.

—Sam, tome su coche, efectúe una visita de inspección en la estación de ferrocarril y en el extremo norte de la ciudad para ver si alguien es lo bastante loco para intentar salir de aquí haciendo el viaje a pie o pidiendo que le lleven los automóviles que pasen. Aguarde un momento —volvió rápidamente la cabeza hacia el doctor—: ¿Cuánto hace que este hombre ha muerto?

—Menos de una hora y hasta diría que menos de cuarenta y cinco minutos. Quien lo ha hecho no debe andar muy lejos.

Gillespie dejó que se pintara en su semblante una expresión de colérico enojo.

—Todo lo que le he preguntado es cuánto hace que está muerto. No es usted

quién para enseñarme a cumplir mi cometido. Quiero fotografías del cadáver desde todos los ángulos, incluso algunas lo bastante amplias como para mostrar su posición en relación con el bordillo de la acera y los edificios del lado occidental de la calle. Después marque la posición trazando con yeso el contorno y cierre el paso al lugar para alejar de él todo tránsito. Luego, pueden llevarse el cadáver. —Se enderezó y vio que Sam seguía en el mismo sitio, callado—. ¿Qué le he dicho a usted que hiciera?

—Que aguardara un momento.

—Pues ya puede irse.

Sam corrió al coche de patrulla y se alejó a suficiente velocidad para evitar toda posible censura después. Mientras se dirigía hacia la estación de ferrocarril se permitió desear por un breve momento que Gillespie de algún modo se pusiese públicamente en ridículo fracasando en la investigación del caso. Luego comprendió que semejante pensamiento era enteramente indigno de un agente de policía y decidió que, pasara lo que pasase, él cumpliría con su deber pronto y bien.

En el último momento, al acercarse a la silenciosa estación, aminoró la velocidad para no dar aviso de su llegada a un posible asesino que se escondiese allí. Sam paró el coche junto al andén de madera y se apeó sin vacilar. La estación, que era pequeña, databa, al menos, de cincuenta años atrás; de noche estaba pobremente iluminada por unas cuantas bombillas cubiertas de polvo que parecían tener la misma edad de los gastados y duros bancos o el tosco suelo de ladrillos. Al caminar rápidamente hacia la puerta de la sala de espera principal, Sam tuvo el súbito deseo de quitarse un momento la gorra del uniforme, que le apretaba demasiado. Rechazó en seguida la idea y entró en la estación como un verdadero policía, con la mano diestra sobre su pistola. La sala de espera estaba desierta.

Sam olfateó el aire y nada percibió que sugiriese que alguien hubiese estado allí hacía poco. No había humo reciente de cigarrillos. Sólo se notaba el habitual olor de todas las estaciones de ferrocarril como aquella, las señales dejadas por millares de personas desconocidas que por allí habían pasado para venir o irse.

La ventanilla de despacho de billetes estaba cerrada, con el panel de cristal bajado. Detrás de éste habían fijado un cartel cuadrado, en el que estaban escritas con lápiz las horas de llegada de los trenes nocturnos. Sam paseó otra vez la vista por la sala mientras meditaba. Si el asesino se encontraba allí, probablemente no llevaría pistola. Había matado a la víctima golpeando a ésta con un objeto contundente en la parte posterior de la cabeza, y Sam confiaba poder hacer frente a cualquier objeto contundente. Se agachó e inspeccionó el reducido espacio de debajo de los bancos; no había allí sino basura y pedacitos de papel.

Cruzó a pasos largos la sala, abrió la puerta que daba al andén y miró a ambos lados. El andén estaba también desierto. Andando con paso firme, autoritario, pasó por delante de la puerta del depósito de equipajes; trató de abrirla, pero estaba bien cerrada. Se detuvo ante la sucia puerta sobre la que había un letrero que decía: «Negros». Otra vez con la mano derecha puesta en su arma, Sam entró en una sala

poco alumbrada y respiró hondo. Allí había alguien.

Midió al sujeto con una sola mirada y supo en seguida que no era de Wells. Era delgado y vestía ropa de ciudad, incluso camisa blanca y corbata. Sam le calculó unos treinta años, pero esto es muy difícil de decir cuando se trata de negros. En lugar de estar tumbado sobre el banco estaba despierto, sentado muy erguido, como si estuviera esperando que sucediera algo. Habíase quitado la chaqueta y la tenía junto a sí. Estaba leyendo en un libro encuadernado en rústica al entrar Sam; éste, cuando el otro alzó la vista, vio que su cara no tenía la nariz ancha y grande ni los labios gruesos que caracterizan a muchos obreros sureños. Su nariz era casi como la de un blanco, y correcta y recta la línea de su boca. Si su tez hubiese sido un poco más clara, Sam habría visto en él sangre blanca, pero su cutis era demasiado negro para eso.

El negro se olvidó del libro y dejó caer las manos sobre sus muslos para mirar el ancho rostro de Sam.

Sam tomó el mando inmediatamente.

—¡Negro, póngase de pie! —ordenó, y cruzó la sala dando cinco rápidos pasos.

El negro quiso coger su chaqueta.

—¡Déjela! —gritó Sam.

Sam abrió el brazo del otro, se lo pegó al costado y, con un solo rápido movimiento, le hizo volverse y le puso su fuerte antebrazo debajo de la barbilla. En aquella postura Sam podía dominarlo fácilmente y dejar libres su brazo y mano derechos. Cacheó al detenido, y el negro parecía estar demasiado asustado para oponer resistencia. Terminada esta operación, Sam aflojó la presión sobre el gáznate del hombre y dio más órdenes.

—Póngase de cara a la pared, manos arriba, separe los dedos y apóyese en ellos, de modo que yo lo vea. Y no se mueva hasta que yo se lo diga.

El negro obedeció sin rechistar. Cumplida la orden, Sam tomó la chaqueta del moreno y buscó en el bolsillo interior. Halló una cartera muy abultada.

Con extraña agitación sacó la cartera y examinó lo que contenía. Estaba repleta de dinero. Pasó el pulgar por los bordes de los billetes, la mayoría de los cuales eran de diez y veinte dólares; cuando llegó al último, que tenía el estrecho y largo óvalo que enmarca el de cincuenta, Sam se puso contento. Cerró la cartera y se la guardó en uno de los bolsillos. El detenido seguía inmóvil, con los pies separados de la pared, apoyando hacia adelante parte de su peso en sus manos extendidas. Sam volvió a mirarle atentamente desde detrás. Suponía que el sospechoso pesaba cosa de setenta y tres kilos, acaso un poco más, aunque no mucho. Mediría un metro setenta y dos y era lo bastante recio para haber cometido el delito. Había arrugas no muy marcadas en la pared posterior del pantalón, indicio de que su traje hacía algún tiempo que no había sido planchado. No tenía la gran reciedumbre que Sam estaba acostumbrado a ver en muchos negros, mas esto no quería decir que fuese débil. Cuando Sam lo palpó para ver si llevaba armas, el cuerpo del negro estaba duro y firme bajo su mano.

Sam plegó la chaqueta del hombre y se la puso sobre el brazo.

—Salga por la puerta que está a su mano izquierda —ordenó—. En la calzada hay un coche de la policía. Siéntese en el asiento de detrás y cierre la portezuela. Si pretende engañarme, le meteré una bala en el espinazo. Y ahora ¡andando!

El negro hizo lo mandado, salió y anduvo hasta el lado del andén que miraba a la ciudad y ocupó el asiento de detrás del coche que estaba aparcado. Dio un portazo para asegurarse de que había cerrado bien. Obedeció en todo lo que le habían ordenado.

Sam se quedó detrás del volante. No había cierres interiores en el coche patrulla, y él sabía que el detenido no podía escaparse. Pensó por un momento en la forma en que había sido muerto Mantoli, golpeado en la cabeza, presumiblemente por la espalda y probablemente por el sospechoso que estaba sentado entonces detrás de él. Sam se tranquilizó al pensar que, en el asiento posterior, nada había que el negro pudiera usar como arma, y que él podría fácilmente rechazar una agresión sólo con sus manos. Le hubiese gustado ser objeto de una, pues la expectativa de un poco de acción era atrayente particularmente con alguien tan fácil de dominar como el detenido.

Sam dijo por el radioteléfono:

—Habla Wood desde la estación de ferrocarril. Conduzco a un sospechoso negro.

Calló, reflexionó un momento y resolvió no añadir nada más. Lo demás podía esperar hasta que estuviera en la comisaría. Cuanto menos cosas importantes se dijese por la radio, mejor.

El detenido no hizo ruido alguno mientras Sam conducía con su habitual pericia hasta dejar a sus espaldas las once manzanas de casas y llegar a la comisaría. Esperaban dos hombres a la entrada del espacio para aparcamiento; Sam los apartó a un lado, confiado en su destreza para dominar al detenido sin ayuda. Se tomó tiempo para apearse y abrir la portezuela posterior.

—Salga.

El negro salió y se sometió sin protesta cuando Sam le asió del brazo y le hizo entrar en la comisaría. Sam entró como era debido, exactamente como le decían que hiciese las ilustraciones de los manuales que había estudiado. Con su fuerte brazo izquierdo dominaba al detenido, puesta su mano derecha en la pistola automática de reglamento. Sam lamentó que no hubiese alguien para sacar una fotografía de aquel momento, y luego comprendió que, una vez más, se había olvidado de sí mismo y de la dignidad de su oficio.

Al doblar el ángulo hacia la hilera de celdas, Sam fue parado por el agente de guardia, que le señaló, sin hablar, el despacho del jefe Gillespie. Sam hizo una seña afirmativa con la cabeza, condujo al hombre hasta la puerta y llamó.

—Pase —resonó a través de la puerta la voz estridente de Gillespie.

Sam dio vuelta al picaporte con su mano derecha, empujó al negro para que entrase y esperó ante el escritorio de Gillespie. El jefe fingía estar muy ocupado en

estudiar los documentos que tenía ante sí. Soltó la pluma y miró severamente al detenido durante varios segundos. Sam no pudo ver la reacción del detenido y no se atrevió a volver la cabeza para mirar por miedo a romper el momento psicológico.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Gillespie de improviso.

La pregunta salió como un tiro de sus labios.

El negro asombró a Sam al hablar, por primera vez, con voz reposada, sin prisa.

—Virgil Tibbs —respondió.

Volvió a guardar silencio. Sam soltó el brazo del detenido, y éste no intentó sentarse en la silla desocupada que estaba junto a él.

—¿Qué hacía en la estación?

Esta vez la pregunta fue un poco menos explosiva, más positiva.

El negro contestó sin cambiar de postura.

—Esperar el tren de las cinco diecisiete para Washington.

Se repitió la escena de completo silencio. Sam no se movía. Gillespie estaba quieto y callado. El detenido no intentaba hacer nada.

—¿Cuándo y cómo llegó a la ciudad?

La pregunta de Gillespie fue esta vez engañosamente suave y paciente en el tono.

—En el tren de las doce y treinta y cinco. Llegó con tres cuartos de hora de retraso.

—¿Qué tren de las doce treinta y cinco?

El detenido respondió sin cambiar de tono:

—El de la parte baja del Estado. El local.

Sam pensó que era un negro instruido, uno de esos que rondan por las Naciones Unidas en Nueva York, según los noticiarios cinematográficos. Eso podía poner algo más difíciles las cosas para Gillespie. Sam apretó los dientes y las comisuras de la boca para que no le vieran sonreír.

—¿A qué vino usted aquí?

—A ver a mi padre.

Hubo una pausa antes de la siguiente pregunta. Sam pensó que sería importante y que Gillespie esperaba deliberadamente para darle más fuerza.

—¿De dónde sacó el dinero para el viaje?

Antes que el detenido pudiese contestar, Sam se despertó. Se sacó del bolsillo la cartera del negro y la entregó a Gillespie. El jefe miró rápidamente la parte en que estaba el dinero y dejó la cartera sobre su mesa.

—¿De dónde ha sacado todo este dinero? —preguntó, alzándose lo bastante del asiento para que el detenido viese su estatura.

—Me lo he ganado —respondió el negro.

Gillespie volvió a sentarse, satisfecho. Él sabía que los negros no ganaban tanto dinero, o, si lo ganaban, no lo guardaban. Se quitaba un peso de encima, pues el caso estaba prácticamente resuelto.

—¿Dónde trabaja usted? —preguntó con voz que dijo a Sam que el jefe estaba

dispuesto a irse a su casa y acostarse otra vez.

—En Pasadena, California.

Bill Gillespie se permitió una fea sonrisa. Dos mil leguas son muchas leguas para muchas personas, sobre todo si son de color. Lo bastante lejos para hacerles creer que no se practicarán indagaciones. Bill se inclinó hacia adelante sobre su mesa para que la siguiente pregunta llegase a la meta.

—¿Y qué hace usted en Pasadena para que le paguen tanto?

El detenido tardó apenas un instante en responder:

—Soy agente de policía.

3

Por cuestión de principios, a Sam Wood no le gustaban los negros, al menos en nada, que se asentara en una base de hombre a hombre. Por tanto, quedóse confuso un momento cuando sintió dentro de sí un pinchazo de admiración causada por el hombre enjuto que estaba junto a él.

Sam era un deportista, y, por consiguiente gozaba al ver que alguien, fuere quien fuese, se mantenía firme ante el nuevo jefe de policía de Wells.

Hasta que Gillespie llegó a la ciudad, Sam Wood había sido calificado de hombrón, pero la talla gigantesca de Gillespie reducía a Sam a la estatura casi normal. Pensaba Sam que el nuevo jefe —que tenía tres años menos que él— era demasiado joven para desempeñar su cargo en una la ciudad tan pequeña como Wells. Además, Gillespie era oriundo de Texas, un Estado al que Sam no profesaba un afecto fraternal. Pero lo que más le ofendía, conscientemente, era la rigurosa, desconsiderada y exigente manera de obrar de Gillespie. Sam llegó a la conclusión de que no le agradaba el negro, pero que le producía mucha satisfacción ver que Gillespie parecía estar desconcertado. Antes de que pudiese pensar nada más, Gillespie le estaba mirando.

—¿Interrogó usted a este hombre antes de traerlo? —preguntó Gillespie.

—No, señor —respondió Sam.

Se le atragantó el «señor».

—¿Por qué no?

Gillespie gritó la pregunta de modo que a Sam le pareció deliberadamente ofensivo. Pero si el negro podía conservar la serenidad, también él podía. Pensó por un instante y luego respondió tan sosegadamente como pudo:

—Sus órdenes fueron registrar la estación y ver si había alguien que viajase a pie pidiendo ser llevado por los automóviles que pasan, o sospechosos por cualquier otro motivo. He encontrado a este ne..., a este hombre en la estación y lo he traído inmediatamente, por lo que puedo dedicarme a sus otras órdenes. ¿Quiere que vaya ahora?

Sam estaba orgulloso de sí. Sabía que no tenía mucha facilidad de palabra, pero estaba cierto de haber hablado bien.

—Primero he de acabar de tomar declaración a este hombre —dijo Gillespie. Y mirando hacia Tibbs—: ¿Dice usted que es policía en California?

—Sí —respondió Tibbs, que seguía pacientemente de pie junto a la desocupada silla.

—Pruébelo.

—El documento de identidad está en mi cartera.

Gillespie cogió de su mesa la cartera con aire de tocar algo desagradable y algo sucio; la abrió y miró la blanca tarjeta, la cerró luego y se la tiró descortésmente al joven negro. Tibbs la tomó y se la guardó en el bolsillo sin decir nada.

—¿Puede decirme qué ha estado haciendo toda la noche?

Había ahora un filo de irritación en la voz de Gillespie. La voz buscaba pelea y provocaba a que alguien la arrostrase.

—Después de bajar del tren, entré en la estación y esperé. No pasé del andén.

No había cambio todavía en la actitud de Tibbs, y esto a Gillespie le parecía irritante. Mudó de pronto el tema de la conversación.

—¿Sabe que no dejaríamos a los de su color hacer de policía aquí?

Esperó. La sala seguía estando callada.

—Sabía usted que no debía entrar en la sala de espera para blancos, ¿verdad que lo sabía?

Gillespie apoyó una vez más sus manazas en la mesa como si fuera a levantarse de la silla.

—Lo sabía.

Gillespie tomó una determinación.

—Bueno. Habrá de aguardar un rato. Voy a comprobar sus declaraciones. Vigílelo, Sam.

Sam Wood, sin hablar, dio media vuelta y salió del despacho detrás de Virgil Tibbs. Ordinariamente, Sam no hubiese dejado a un negro pasar por una puerta antes que él, pero ese negro no esperó a que él pasase primero, y Sam resolvió que era un mal momento para meterse en una disputa. No bien hubieron salido los dos hombres, Gillespie descargó un fuerte puñetazo sobre la mesa. Después dictó por teléfono un telegrama para el Departamento de Policía de Pasadena.

Sam Wood indicó a Virgil Tibbs un duro banco en el reducido cuarto en que eran encerrados los detenidos. Tibbs le dio las gracias, se sentó y volvió a abrir el libro que había estado leyendo en la estación. Sam miró la cubierta. Era el *On Understanding Science*, de Conant. Sam hubiese querido tener también un libro para entretenerse con la lectura.

Sam supo que no volvería a conducir más el coche patrulla aquella noche —por ser demasiado tarde para ello— cuando vio, a través de la ventana, que el cielo empezaba a ponerse gris, luego rayado con extrañas y sucias listas de nubes altas sobre un fondo que iba haciéndose más claro. Le dolían las posaderas de estar sentado en el duro banco. Le apetecía una taza de café, a pesar del calor. Necesitaba hacer ejercicio. Reflexionaba sobre si debía ponerse en pie y estirarse, exhibiéndose así un poco, cuando Gillespie apareció de pronto en el marco de la puerta. Tibbs miró con serena interrogación en los ojos.

—Puede irse, si quiere —dijo Gillespie, mirando a Tibbs—. Ha perdido usted el tren, y no habrá otro hasta la tarde. Si prefiere esperar aquí, procuraremos que le traigan algo para almorzar.

—Muchas gracias —fue lo que respondió Tibbs para mostrar su gratitud.

Sam se dijo que aquélla era la ocasión y se puso en pie. Así que Gillespie se hubo retirado, Sam salió y bajó por el corto pasillo a la puerta que tenía el letrero:

«Hombres-Blancos». El agente de guardia estaba dentro, lavándose las manos. La línea torcida que se dibujaba en la boca de éste dijo a Sam que había noticias todavía no reveladas.

—¿Sabe usted algo, Pete?

Pete hizo una señal afirmativa con la cabeza, se pasó agua por la cara y ocultó ésta en una toalla. Cuando salió, contestó:

—El jefe ha recibido un telegrama hace unos minutos. —Hizo una pausa, se agachó y comprobó que todos los inodoros estuvieran vacíos—. De Pasadena. Gillespie mandó uno, que decía: «Cometido grave homicidio aquí. Rogamos informes Virgil Tibbs, negro, que dice ser miembro Departamento Policía Pasadena. Detenido por sospechas».

—No le critico por comprobar —dijo Sam.

—Espere hasta que oiga lo que le han contestado. —Pete bajó la voz, por lo que Sam hubo de acercarse un paso para oírle—. «Confirmamos Virgil Tibbs miembro Departamento Policía Pasadena hace diez años. Especialista homicidios y delitos graves. Investigador primera clase. Reputación excelente. Avisen si necesitan sus servicios en su jurisdicción. De acuerdo, homicidio es grave».

—¡Gran éxito! —dijo bajito Sam.

—En efecto —asintió Pete—. Apuesto a que Gillespie nada sabe de investigación de homicidios. Si no descubre al autor de éste, y pronto, la ciudad entera se le echará encima. Tiene el ofrecimiento de un especialista que es a la vez sospechoso y neg...

Calló porque Sam levantó la mano en señal de advertencia. Se oyeron apagadas pisadas en el pasillo.

—Lo que me gustaría saber es si Gillespie es tan estúpido como yo creo, cómo consiguió que le dieran este cargo. En Texas pasaba por inteligente, ¿no es así?

Pete sacudió la cabeza.

—No ha sido policía, porque su talla pasa del límite. Fue carcelero, por ser un tipo muy fuerte que podía bregar con los borrachos. Después de trabajar tres años en esto, contestó a un anuncio y le dieron el empleo. Seguramente se figura que el cargo le pondrá en condiciones de aspirar a algo mejor al cabo de poco tiempo. Pero si fracasa en este caso, está listo, y él lo sabe.

—¿Quién le ha contado todo esto?

Pete apretó los labios y sonrió burlescamente.

—Soy viejo en el oficio y tengo amigos en todas partes. Me parece que me voy a quedar aquí un rato más para ver qué pasa. ¿Y usted?

—También —repuso Sam.

Diez minutos después trajeron el cadáver del maestro Enrico Mantoli. El hospital se había negado a tenerlo más tiempo. Cuando Pete fue al despacho de Gillespie a decírselo al jefe, halló a éste con las manos metidas en la pretina del pantalón y el pensamiento a mil leguas de allí. Pete esperó hasta ser visto, dio la noticia y se retiró en seguida. Gillespie salió de su despacho momentos después, recorrió el pasillo y se

detuvo ante la puerta del cuarto en que eran encerrados los detenidos. Miró a Tibbs, que estaba sentado y leyendo. El negro, al ver a Gillespie, miró y esperó a que el hombrón hablase.

—Me dicen de Pasadena que usted es investigador de homicidios.

—He hecho eso —respondió Tibbs.

—¿Y examinar cadáveres?

Gillespie miró de soslayo al formular la pregunta.

—Con más frecuencia de lo que quiero.

—Voy a examinar uno ahora. Si quiere acompañarme...

Tibbs se puso en pie.

—Después de usted, señor.

En el pequeño depósito de cadáveres nadie se mostró especialmente sorprendido cuando Virgil Tibbs entró silenciosamente detrás del gigantesco Gillespie. El depósito de cadáveres en la comisaría era una modesta estancia con una sola cama de operaciones en el centro de la sala y media docena de feos cajones a manera de archivo en una pared. Había una mesa de madera y una silla en un lado, y cerca de ésta una vitrina medio llena de instrumentos. El jefe llegó sin titubear a la losa del centro de la sala, se inclinó y miró el cadáver. Anduvo alrededor del mismo dos veces. Una vez le dobló el brazo por la parte del codo y se lo desdobló luego. Por último, puesto en cuclillas, examinó la parte superior de la cabeza, donde había sido golpeado. Se enderezó de nuevo. Alargando el brazo y con dedo casi acusador, señaló al negro y dijo:

—Virgil trabaja para el Departamento de Policía de Pasadena investigando homicidios. Quiere examinar el cadáver. Dejárselo hacer.

Dicho lo cual, Gillespie salió para ir al lavabo de hombres.

Tan pronto se hubo lavado las manos y quitado de ellas la sensación de haber tocado a un muerto, Bill Gillespie pensó en almorzar. Había renunciado completamente a la idea de volver a acostarse para acabar de descansar. También resolvió que no había necesidad de regresar a casa para afeitarse. No se exigía el aseo personal en circunstancias críticas, y el hecho de que él mostrase señales visibles de trabajo extraordinario muy bien podía redundar en beneficio suyo. Decidió ir a comer.

Salió de la comisaria y se sentó detrás del volante de su coche. Seis minutos después paró en el espacio para aparcamiento. Aterró al joven camarero que servía en el mostrador sólo con su manera de sentarse en el taburete.

—¡El almuerzo de costumbre! —ordenó.

El joven se puso en seguida a preparar los huevos, el tocino, las patatas, las tostadas y el café. Esforzándose por servirle bien, deshizo las yemas de dos huevos, por lo que tuvo que romper otros dos, y esta vez le salió bien. Durante el tiempo que tardó en servir toda la comida llenó tres veces la taza de café de Gillespie. Cuando al fin el hombrón acabó de comer, pagó sin dar propina y se marchó, la mano del

muchacho temblaba tanto que le fue difícil llenar de agua un vaso para apagar su sed. Gillespie, fuera de dar la orden, no había pronunciado una sola palabra, pero las arrugas de su frente pregonaban el hecho de que tenía ocupada la mente en algún pensamiento o idea que no era de su agrado.

Al volver a la comisaria, Gillespie guió más despacio. Había salido el sol y había tránsito en la carretera. Parte de esta precaución era dictada por el hecho de que él no quería ser sorprendido infringiendo las leyes, que había jurado observar y hacer cumplir, y parte porque necesitaba tiempo para meditar.

Se preguntaba qué había que hacer para descubrir y prender a un asesino. Normalmente, había que empezar por averiguar quién tenía odio al muerto, pero se trataba de un simple caso en que el móvil había sido el robo. Se había enterado de dos cosas durante su breve visita al depósito de cadáveres: que no había sido hallada la cartera del muerto y que se decía que éste solía llevar encima grandes cantidades de dinero. Muy bien, por tanto, si el delito es ejecutado en el silencio de la noche y sin que se hallen cerca del lugar del crimen personas que hayan podido presenciarlo, ¿cómo dar con el sujeto que quiere más dinero que el que lícitamente le corresponde, cómo indagar, esto sin conocer la numeración de los billetes, sin saber otra cosa sino que el dinero existe? No habrá pisadas que puedan ser registradas en yeso en medio de una carretera asfaltada, ni señales de los neumáticos utilizados. Entonces, ¿qué demonios se puede hacer?

Puede pedirse que le dejen a uno un perito en homicidios. ¿Y qué hace uno cuando se lo dejan, si el hombre tiene la piel negra?

Gillespie mudó de parecer y regresó a su casa. Se afeitó; en lugar de ducharse, se puso desodorizante en los sobacos; se peinó y volvió a la comisaría, sorteando el tránsito de la mañana. Por el camino tomó una decisión: se desembarazaría de Tibbs lo antes posible. Los muchachos de Pasadena le habían tomado el pelo al recomendárselo. Nadie le podía decir que un negro era capaz de hacer más que él.

Armado de este pensamiento, Gillespie subió de tres en tres las escaleras de la comisaría, se detuvo ante la mesa y preguntó:

—¿Dónde está Tibbs?

El agente de guardia, que sabía perfectamente lo que estaba sucediendo, respondió:

—Creo, señor, que sigue examinando el cadáver.

—¡Examinando el cadáver todavía! —estalló Gillespie—. ¿Qué diablos intenta hacer, averiguar cómo ha muerto un hombre al que dieron un golpe en la cabeza lo bastante fuerte como para romperle el cráneo?

—Miré un momento antes de entrar de guardia —repuso el agente—. Entonces le estaba quitando la porquería de las uñas. Preguntó si teníamos microscopio, y le dije que no. Luego le quitó al cadáver un anillo del dedo y examinó las iniciales grabadas en el interior. Entonces tuve que marcharme por tener que entrar de guardia.

Al llegar Gillespie a su despacho, halló a Sam Wood esperándole.

—He pensado que es mejor que le informe a usted antes de irme a casa —explicó Sam—, por si quiere preguntarme algo o que preste servicio un rato más.

Gillespie se permitió mostrarse como un ser humano por un momento.

—Es usted muy atento, Wood —confesó—. Siéntese y dígame qué opina de nuestro amigo negro, del agente Virgil Tibbs.

Sam se sentó.

—Que me parece hombre de pelo en pecho —respondió, mirando al jefe. Luego cambió el tono como si lo dicho fuese demasiado fuerte para Gillespie—: Al menos, no tiene miedo a los muertos.

—Creo recordar que dijo que no le gusta examinar cadáveres —le atajó Gillespie.

—Yo creo que quiso decir que no le gustan los homicidios —replicó Sam.

—Pues yo suponía que los homicidios eran su especialidad.

La conversación fue interrumpida cuando Virgil Tibbs apareció en el marco de la puerta.

—Dispénsenme, señores. ¿Quieren decirme dónde puedo lavarme?

Gillespie respondió inmediatamente:

—El cuarto de aseo de los de color está al fondo del pasillo, a mano derecha.

Tibbs dio las gracias y desapareció.

—No hay allí jabón ni toallas —recordó Sam a Gillespie.

—Que se seque con el faldón de la camisa —se burló Gillespie.

Sam descruzó las piernas, que tenía montadas, la derecha sobre la izquierda, para volverlas a cruzar montando la izquierda sobre la derecha; permaneció tenso por un momento y luego se relajó. Aquello no era asunto suyo. Quería irse, pero al empezar a levantarse recordó que había ofrecido quedarse de servicio y no había recibido contestación. Miró a Gillespie, quien, a su vez, se estaba mirando sus manazas, que tenía enlazadas sobre el tablero de la mesa. Las nubes de tormenta comenzaban a acumularse en su semblante. Y entonces alzó la vista.

—Tome su coche y vaya a buscar a la hija de Mantoli. Me han dicho que se hospeda en casa de los Endicott. Déle la noticia y tráigala aquí para que identifique el cadáver. Sé que esto va a ser difícil, pero forma parte de nuestra tarea. Más vale que salga ahora mismo si quiere hablar con ella antes de que se entere por otros conductos. Nosotros no hemos publicado nada, pero, en esta ciudad no se puede guardar un secreto mucho tiempo.

Virgil Tibbs reapareció en el marco de la puerta y miró a Gillespie.

—¿Desea conocer los resultados de mi examen, señor? —preguntó.

Gillespie se reclinó en el respaldo formando ángulo de pocos grados; dada su estatura, no podía correr el riesgo de inclinarse más sin caer de espaldas.

—He meditado sobre ello, Virgil, y resuelto que, para usted, lo mejor será que se largue de la ciudad en el primer tren. Este lugar no es para usted. Sé cuanto necesito saber acerca del interfecto. Dígale a su jefe, cuando vuelva, lo mucho que le agradezco que me haya ofrecido los servicios de usted, pero que son del todo

inaceptables, y usted sabe por qué.

Gillespie se inclinó hacia adelante.

—¡Ah! —añadió—. Están mecanografiando el documento que nos absuelve de detención ilegal en la persona de usted. Lo firmará antes de marcharse.

—De policía a policía —repuso Tibbs con suavidad—, le diré que no tengo la intención de que se instruya proceso a usted o al señor Wood por detención ilegal. No se molesten en extender ese documento. Gracias por su hospitalidad.

Un brazo empujó de pronto a un lado a Tibbs, y Pete, con el rostro colorado como un tomate, apareció en la puerta.

—Lo hemos cogido, jefe. Es Harvey Oberst. Tiene antecedentes. Los muchachos lo han detenido y le han hallado encima la cartera de Mantoli.

Gillespie volvió a mirar a Tibbs, que estaba todavía visible a un lado de la puerta.

—Como he dicho, Virgil, sabemos nuestro oficio. Vuélvase a Pasadena.

Bill Gillespie miró a Sam Wood.

—¿Ha comido algo, Sam?

—Esta mañana, no —respondió Sam.

—Pues quédese aquí y meta algo entre pecho y espalda. Que vaya Arnold a buscar a la hija de Mantoli.

—Iré yo, pues creo que Arnold no conoce el camino que lleva a casa de los Endicott. Y hablando de comer, le debemos un almuerzo a Virgil..., se lo hemos prometido.

—Le he dicho que se marche.

Sam Wood comprendió que podía ir un poco más allá.

—Sí, señor, pero tardará horas en salir un tren, y el único coche de línea que va al norte no admite pasajeros de color. Ha perdido el tren por mi culpa. Puesto que es policía, acaso debiéramos dejarle esperar aquí... —se interrumpió porque le vino la inspiración—. De este modo, al menos hablará bien de nosotros cuando regrese a Pasadena.

Gillespie admitía la diplomacia como mal necesario.

—Muy bien. Pero no hay restaurantes para los de color por aquí cerca. Hable con Virgil antes que se marche y dígame que vuelva aquí. Que Pete vaya a buscar un bocadillo de salchicha o lo que encuentre. Puede que sea buena idea el que vea que nosotros sabemos tratar bien a la gente.

Sam, ganada la partida, dijo que sí con la cabeza y se retiró rápidamente antes de que Gillespie pudiese mudar de parecer otra vez. Halló a Tibbs despidiéndose de Pete en el vestíbulo.

—Virgil, dice el jefe que recuerda haberle prometido un almuerzo. Desea que vuelva a su despacho. —Sam luchó consigo mismo por un momento y se alegró de salir vencedor—. Y gracias por haber desistido de procesarme por detención ilegal. Hubiese sido una situación muy embarazosa.

Virgil Tibbs empezó a tender la mano y luego, con gran satisfacción de Sam, en lugar de ello, se puso la chaqueta en el otro brazo.

—No las merece, señor Wood. Sé que usted hubiera hecho lo mismo por mí en Pasadena.

Sam se avergonzó un momento al pensar que, si Tibbs hubiese tendido su mano, él hubiera tenido que mirar a otra parte. Y eso estando Pete delante. Pero Tibbs le había ahorrado esa turbación, y estaba agradecido. Se fue a cumplir la desagradable orden que le habían dado.

Tibbs volvió a recorrer el pasillo para ir al despacho de Gillespie.

—Me ha dicho el señor Wood que desea verme.

Gillespie le señaló una silla junto a la pared.

—He mandado que vayan a buscarle algo para almorzar. Puede esperar aquí hasta

que lo traigan. Los muchachos están muy ocupados ahora. Hemos prendido al asesino.

—¿Ha confesado?

—No es menester —replicó Gillespie—. Acabo de leer sus antecedentes. Diecinueve años, y dos faltas graves. Una vez por hurto y otra por tontear con una muchacha que se llama Dolores Purdy. Le ha sido hallada la cartera de Mantoli.

—Parece buen comienzo —asintió Virgil Tibbs.

—Ya verá usted si lo es —dijo Gillespie, que tomó el interfono y ordenó—: ¡Traigan a Oberst!

Mientras esperaba, Gillespie lanzó una mirada a Tibbs.

—¿Sabe, Virgil, lo que significa aquí ser «blanco pobre»?

—Lo he oído decir.

Oyéronse pisadas en el pasillo y, luego, un policía bajito y grueso empujó a un joven para que entrase en el despacho. El detenido iba esposado. Estaba demasiado delgado para su mediana estatura. Vestía un pantalón azul, de tela de algodón basta y resistente, tan ajustado que los desgarrados ángulos de sus piernas eran delineados en agudo relieve. Parpadeaba rápidamente; miraba a su alrededor, a sus manos presas en las esposas, a Gillespie y, después, a sus manos una vez más. Parecía balancearse sobre sus pies, como si el mantener la posición vertical le costase un esfuerzo consciente que él, por falta de habilidad, casi no pudiese hacer.

Gillespie enderezóse con dignidad y bramó al detenido:

—¡Siéntese!

Harvey Oberst se sentó dejando caer flácidamente su cuerpo en la silla. Sus delgadas nalgas, al chocar contra el duro asiento, hicieron un ruido que él pareció no oír. Quedóse con las manos sobre los muslos y la cabeza caída a un lado como si no tuviese objeto el intentar tenerla erguida por más tiempo.

Pasaban los segundos en tanto Bill Gillespie esperaba a que el detenido estuviese enteramente intimidado. Sin embargo, Oberst no reaccionaba.

Gillespie miró al agente que había practicado la detención y le preguntó:

—¿La tiene?

El rechoncho policía metió la mano en el interior de su guerrera y sacó una abultada cartera. Gillespie la tomó y examinó prolijamente los documentos de identidad y demás cosas que contenía. Dijo como si estuviera conversando:

—Puede quitarle las esposas.

Harvey Oberst, así que le quitaron las esposas, se puso a frotarse las muñecas, primero una y después otra, pero no dijo nada.

—¿Por qué lo ha hecho? —preguntó Gillespie.

Oberst respiró y alzó la cabeza.

—Porque estaba allí. Donde yo podía verla. Llena de dinero. Mire: él estaba muerto y no podía gastarlo. Estaba allí. Si yo no la hubiese cogido, la hubiera cogido otro. Necesitaba dinero, y la cogí. —Hizo una pausa y añadió, disculpándose—: Esto

es todo.

—Esto es todo, después de haberlo matado —dijo Gillespie.

El detenido se puso en pie de un salto, con el rostro tan alterado como si hubiera sentido de pronto un dolor agudo.

—¡Tomé su cartera! —gritó—. La tomé porque él estaba muerto. Necesitaba dinero... pero ¡no lo maté!

Su voz se ahogó en las últimas palabras, de modo que las graznó sin fuerza.

Oberst se esforzó otra vez. Se dio golpes en el pecho con el índice de la mano izquierda.

—No lo maté. No hubiese tenido que matarle para quitarle el dinero. Era bajito, le había visto antes. Me hubiera sido fácil dominarlo. ¡Le digo que no hice más que llevarme la cartera!

Se agotó de súbito y se dejó caer nuevamente en la silla. Esta vez dejó caer la cabeza hasta que la barbilla casi le tocó el pecho. Bill Gillespie movió la mano para indicar que se lo llevaran.

—Fíchenlo —ordenó—. Sospechoso de asesinato.

Púsose a mecerse en la silla tanto como se atrevió, mirando al techo. Siguió en aquella postura hasta que se hubieron llevado al detenido.

Al oír momentos después que cerraban la puerta de una celda, Gillespie se relajó visiblemente y miró a Virgil Tibbs, que continuaba sentado en la incómoda silla a un lado de la sala.

—Esto aclara el caso.

—Ayuda a ello —asintió Tibbs.

—¿Cuánta más ayuda quiere usted? —preguntó Gillespie con voz algo más cerca de un nivel normal, para variar.

—Elimina el móvil superficial —respondió Tibbs—. Esto quiere decir que hay que ahondar un poco más. Lo esperaba, pero es una ventaja verlo confirmado.

Gillespie se volvió para enfrentarse a Tibbs. Iluminaba su rostro una sonrisa de regocijo.

—No me diga que se ha tragado este cuento infantil. Creía que le tenían a usted por un gran policía, implacable cazador de hombres, el Sherlock del Pacífico. Si usted es policía, yo soy Napoleón.

Arnold se asomó a la puerta. Traía un bocadillo, envuelto en papel de seda, en una mano, y en la otra un vaso de papel que contenía café. Lo entregó sin decir nada a Tibbs y luego se volvió hacia su jefe para preguntarle:

—¿Es él?

Gillespie movió la mano hacia Tibbs, que estaba desenvolviendo el bocadillo.

—Pregúnteselo a éste.

Arnold miró obedientemente a Tibbs.

—Dígame, pues...

—Es inocente del crimen —respondió Tibbs—. Estoy casi cierto de ello.

—Dígale ahora mismo por qué —instó Gillespie.

—Porque es zurdo —contestó Tibbs, mientras mordía el bocadillo.

Arnold miró a Gillespie y dijo:

—Siga usted.

Tibbs esperó un momento, hasta que tuvo la boca vacía.

—Cuando examiné el cadáver esta mañana —explicó pacientemente Tibbs— era evidente que el golpe fatal había sido dado con un instrumento contundente en un ángulo de aproximadamente diecisiete grados a la derecha, visto el cráneo desde la parte posterior. Esto hace que sea evidente que el agresor se sirve de la mano derecha. Si usted quiere asir la regla por un extremo un momento, jefe Gillespie, le explicaré el porqué.

Con gran asombro de Arnold, Gillespie obedeció.

—Imagínese ahora que quiere golpear algo con ella cerca del nivel de sus hombros o un poco más arriba. Si tiene la regla fuertemente asida, verá usted que es casi imposible mantenerla recta. La muñeca no lo consiente. Si quiere apuntar hacia la derecha, tendrá que volver la mano palma arriba para hacerlo. Incluso para golpear derechamente hacia adelante hay que inclinar la muñeca noventa grados.

Gillespie miró la regla que tenía en la mano y después la volvió a dejar sobre el tablero de su mesa.

—Y usted cree que Oberst es zurdo...

—Sé que lo es —repuso el negro—. Recuerde que se dio golpes en el pecho cuando intentó defenderse. Aunque fuese ambidextro, usaría su mano primaria para hacer eso, y él se dio los golpes con el índice de su mano izquierda. Al entrar él, observé que era probablemente inocente; pero eso, a mi juicio, lo confirmó.

Tibbs tomó otro bocado y lo mojó con un sorbo de café muy cargado.

—No le he preguntado si se pone azúcar —dijo Arnold.

—Está muy bueno así.

—A usted le bastó con mirar a ese sujeto para suponer que es inocente. ¿Fue por intuición? —preguntó Gillespie.

—No; por sus zapatos y porque va sin afeitar.

Gillespie guardó de repente silencio. Arnold esperó a que su superior preguntase por qué tenían importancia los zapatos y el rasurarse. Luego comprendió que Gillespie no haría eso; sería rebajarse, y Bill Gillespie no era de los que se rebajaban. Arnold carraspeó y esperó a que Tibbs tuviese la boca vacía para preguntarle:

—¿Por qué?

—Considere las circunstancias de la agresión. Mantoli fue golpeado en la cabeza desde atrás. Significa esto que o fue agredido por alguien conocido de él y que le merecía confianza, que anduvo detrás de él un momento y luego le dio el golpe, o, más probablemente, que alguien, sin hacer ruido al andar, le golpeó por sorpresa. Si Mantoli hubiese oído ruido, habría vuelto la cabeza, y el golpe habría herido en un ángulo diferente en el cráneo.

—Comprendo esto —dijo Arnold.

—El sospechoso gasta tacones de suela —prosiguió Tibbs— y se pone planchitas de acero para hacerlos durar más. Con esos zapatos hace un ruido de mil demonios a cada paso que da, y, llevándolos puestos, es poco posible que haya perpetrado una agresión por sorpresa.

—Se puede cambiar de zapatos cuando se quiere —le atajó Gillespie.

—Por supuesto, tiene usted razón en esto, jefe Gillespie, pero usted ha dicho que es un blanco pobre, y ello hace suponer que tiene pocos pares de zapatos para cambiárselos con frecuencia. A juzgar por lo crecido de la barba, hay que suponer que no se acostó en toda la noche. Si hubiese ido a su casa a cambiarse los zapatos, seguramente se hubiera afeitado también. Lo hace con regularidad; tiene cortes hechos por la navaja debajo de la barbilla que lo muestran.

—Yo no los he visto —retó Gillespie.

—Yo estoy sentado en un ángulo más bajo que usted, jefe Gillespie, y la luz era mucho mejor desde mi lado.

—Está usted muy seguro de sí, Virgil. Por cierto, Virgil es un nombre muy caprichoso para un joven negro como usted. ¿Cómo le llaman donde usted vive?

—Me llaman señor Tibbs.

Sam Wood guiaba despacio el coche patrulla por el camino que conducía a la finca de los Endicott. Aunque el sol era ardiente a aquella hora, el fuerte calor parecía más soportable, mayormente porque él esperaba que los días fuesen calurosos. Lo que más le molestaba era que hiciera calor de noche, pues la oscuridad y la puesta del sol debieran refrescar el tiempo. Si no lo hacían, la incomodidad parecía dos veces mayor.

La carretera subía continuamente. La parte principal de Wells quedaba ya a centenares de metros abajo, y había aún que recorrer una larga distancia para llegar a la cumbre de la colina donde los Endicott tenían su morada. Sam sabía dónde estaba, como casi todo el mundo en Wells, puesto que era sabido que los Endicott tenían dinero, aunque él no se trataba con ellos ni había estado en su casa. Por el camino intentaba formar en su mente las frases que emplearía para dar la noticia. No iba a ser fácil. Se figuraba, sin saber por qué, que la hija de Mantoli, huésped de los Endicott, era huérfana de madre. Ahora estaría sola en el mundo, a no ser que estuviese casada, lo que era probable, ya que las mujeres italianas se casaban jóvenes, tenían muchos hijos y engordaban.

La carretera se allanaba en la cima de la colina y terminaba en un pequeño espacio para aparcamiento, en el que, Sam calculó rápidamente, podían caber seis u ocho coches. Aparcó cuidadosamente, cerró la portezuela sin hacer ruido y se apeó. El sol parecía más fuerte allí, pero él pensó que el aire no era tan caliente. Era un sitio magnífico. A pesar de lo penoso de su misión. Sam no pudo menos de sentirse

conmovido ante la hermosa vista panorámica de los Great Smokies. Largas hileras de melladas montañas elevaban sus picos hasta el lejano horizonte. Sam caminó hacia la puerta de entrada, que se abrió antes de que él tuviera ocasión de llamar.

Le recibió una mujer que esperó, con aire a la vez hospitalario y cohibido, a que dijese el objeto de su visita. A Sam le gustó en seguida. Estaba en los cincuenta y tantos años de su edad, pero los años que había vivido la habían tratado con mucho respeto. En un vestido de lino, sencillo y de buen gusto, su cuerpo estaba moldeado con los mismos contornos que habían sido atractivos treinta años atrás. Su rostro no tenía arrugas. Llevaba el cabello muy bien cortado y peinado. Siguió esperando hasta que Sam llegó al último escalón de la puerta.

—¿La señora Endicott? —preguntó éste, dándose de pronto cuenta de que tenía la cara muy poco presentable por hacer dieciocho horas que no se había afeitado.

—Sí, señor. ¿Qué desea?

Sam tomó una decisión rápida.

—¿Puedo hablar con el señor Endicott?

Grace Endicott dio un paso atrás y mantuvo la puerta abierta.

—Pase. Voy a avisarle.

Sam entró, sabedor de que estaba fuera de su elemento. Siguió a la señora hasta una larga y clara sala de estar, cuya pared izquierda era casi enteramente un espejo. La pared delantera estaba cubierta de largas estanterías que subían del suelo al techo y guardaban la mayor colección de libros y de álbumes de discos de gramófono que Sam había visto en su vida.

—Haga el favor de sentarse —invitó la señora Endicott, que salió en seguida de la estancia.

Sam miró en torno suyo, a las grandes sillas que parecían muy cómodas y decidió quedarse de pie. Se dijo que todo estaría terminado en diez minutos, acaso menos, y podría volver a su coche y a la ciudad.

Se volvió al entrar el dueño de la casa. Endicott mostraba su edad más que su esposa, pero llevaba sus años con serena dignidad. Pertenecía a su casa como su casa le pertenecía a él. Se adaptaban el uno a la otra como algunos capitanes se adaptan a los barcos que mandan. Sam, mientras esperaba a que el hombre hablase, deseó por un momento que su situación le permitiese tener por amigos a esas personas. Luego se acordó de lo que tenía que hacer.

—Me han dicho que desea hablar conmigo —dijo Endicott.

—Sí, señor. ¿Conoce usted al señor Mantoli?

Sam comprendió su torpeza, pero ya había empezado y no podía retirarse.

—Sí, conocemos bien al maestro Mantoli. ¿Le pasa algo?

Sam se quitó la gorra, avergonzado de haberse olvidado de hacerlo antes. Se puso muy colorado.

—Sí y no, señor Endicott. —No se podía hacer otra cosa sino referir los hechos —. Siento mucho tener que decirle.... que lo han matado.

Endicott puso la mano en el respaldo de una silla y luego dejóse caer en ella, con los ojos mirando muy lejos de allí.

—Enrico muerto. No puedo creerlo.

Sam guardó un embarazoso silencio y esperó a que Endicott se recobrase.

—Es espantoso, señor agente. Era íntimo amigo nuestro, un amigo muy querido. Tenemos ahora a su hija en casa. Yo...

Sam maldijo el día en que dejó el garaje en que trabajaba para ser agente de policía. Endicott se volvió hacia él y preguntó en voz muy baja:

—¿Cómo ha ocurrido el accidente?

Sam pudo encontrar mejores palabras esta vez:

—Desgraciadamente, señor, no ha sido un accidente. El señor Mantoli ha sido agredido esta madrugada en la parte baja de la ciudad. No sabemos aún por quién. He hallado su cadáver a eso de las cuatro. —Sam quiso decir algo más—. Siento en el alma darle esta noticia —añadió, deseando que sus palabras ayudasen de algún modo a calmar el disgusto que había recibido el hombre que estaba sentado ante él.

—¿Quiere decir que ha sido asesinado?

Sam respondió que sí con la cabeza, agradecido de no tener que decirlo con palabras.

Endicott se levantó.

—Voy a decírselo a mi esposa.

A Sam le pareció que Endicott había dado muestras de haberse sentido súbitamente cansado, no con el cansancio de un solo día, sino con esa especie de fatiga que penetra en los huesos y allí se queda como una enfermedad.

—Siéntese, por favor —rogó Endicott, que salió despacio de la suntuosamente adornada estancia.

Sam sintió el vacío en el aire cuando Endicott se hubo ido. Sam tomó asiento en el borde de una de las profundas y cómodas sillas. En esa postura, estaba medio sentado, medio en cuclillas, pero era la postura que convenía a su estado de alma. Intentó apartar de su pensamiento la escena que iba a desarrollarse en otra parte de la casa. Contempló en la pared adornada con espejos la vista espectacular que tenía en sí una sugestión de eternidad.

Endicott regresó a la sala de estar.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó.

Sam se puso en pie.

—Sí, señor. Tengo... tenemos entendido que la hija del señor Mantoli se hospeda en esta casa. Hemos creído que hay que darle la noticia. Después, cuando se encuentre en condiciones, le rogaremos que venga a identificar el cadáver.

Endicott dudó un momento.

—La señorita Mantoli está descansando. Nos acostamos muy tarde anoche porque estuvimos disponiendo los últimos planes para el festival musical. Cuando despierte la señorita, mi esposa le dará la noticia. ¿Hay algún motivo para que yo no pueda

hacer la identificación? Quisiera ahorrarle esa pena a la señorita.

—Puede usted —respondió Sam. Procuraba hablar compasivamente, aunque parecía que no pudiese articular los sonidos como él quería emitirlos—. Puede bajar conmigo, si gusta. Un agente le traerá a casa.

—Muy bien —dijo Endicott—. Déjeme que se lo diga a mi esposa, y estaré con usted en seguida.

En tanto conducía de nuevo por la tortuosa carretera, con Endicott al lado, Sam tenía puesta la vista en el camino y medía todos los movimientos de los mandos para mantener el coche en movimiento uniforme. Guiaba aún con más cuidado cuando paró enfrente de la entrada para la policía del edificio del Ayuntamiento e hizo apearse a su pasajero. Luego lo siguió, un paso atrás, mientras el anciano subía la escalera que llevaba al vestíbulo.

Sam habíase propuesto saludar con una inclinación de cabeza y pedir permiso para volverse a casa. Cuando Endicott dio vuelta para seguir a Arnold al depósito de cadáveres mudó de parecer y caminó al lado del anciano con la esperanza de que con ello podría prestarle alguna fortaleza moral. Pasó un mal rato al ser alzada la sábana y vio a Endicott mover la cabeza débilmente.

—Es el cadáver del maestro Enrico Mantoli —dijo y, habiendo cumplido con su deber, se volvió para marcharse. De vuelta al vestíbulo, preguntó—: ¿Puedo ver al jefe de policía?

Fred, que estaba de guardia, habló por el interfono. Un momento después hizo una seña afirmativa con la cabeza; y Sam, impuesto de su papel, mostró el camino. Después de entrar en el despacho, dijo:

—El señor Endicott. El jefe Gillespie.

Endicott tendió la mano.

—Nos conocemos. Soy concejal.

Gillespie se puso en pie y se apresuró a salir de detrás de su mesa.

—En efecto, señor Endicott. Gracias por haber venido. —Volvió a su silla—. Tenga la bondad de sentarse.

George Endicott se sentó con cuidado en la dura silla de roble.

—Jefe Gillespie, sé que usted y su departamento harán cuanto puedan por descubrir y castigar a la persona que ha cometido el crimen. Me ofrezco para todo en lo que yo pueda ayudar. El maestro Mantoli era muy buen amigo nuestro. Yo le hice venir aquí y, en ese sentido, lo he traído a la muerte. Creo que usted comprende lo que siento.

Gillespie tomó un bloc de papel y una pluma.

—Me podrá facilitar algunos datos. ¿Sabe qué edad tenía el difunto?

—Cuarenta y siete años.

—¿Casado?

—Viudo.

—¿Parientes próximos?

—Una hija, Duena, su hija única. Se hospeda en nuestra casa ahora.

—¿Nacionalidad?

—Ciudadano americano.

Gillespie frunció el ceño y luego serenó conscientemente su rostro.

—¿Dónde nació?

Endicott titubeó.

—En algún lugar de Italia. No lo recuerdo exactamente.

—Creo que en Génova —terció Virgil Tibbs.

Ambos hombres se volvieron a mirarle. Endicott habló el primero:

—¿Era usted amigo del maestro Mantoli?

—No tenía ese honor, pero, a ruegos del jefe Gillespie, he examinado su cadáver esta mañana.

Endicott se mostró extrañado.

—¿Es usted director de una empresa de pompas fúnebres?

Tibbs respondió que no con la cabeza. Antes de que pudiese hablar, Gillespie intervino:

—Virgil es policía investigador en Beverly Hills, California.

—Pasadena —corrigió Tibbs.

—Bueno, Pasadena. ¡Qué más da!

Gillespie dejó que su mal genio hiciese más aguda su voz.

George Endicott se levantó y tendió la mano a Tibbs.

—No sé su nombre...

El joven negro estrechó aquella mano.

—Tibbs.

—Me alegro de conocerlo, señor Tibbs. ¿A qué clase de investigación se dedica?

—A una diversidad de ellas. He actuado en narcóticos, tránsito y robos con escalo, pero mi especialidad son los delitos contra las personas: homicidio, estupro, etcétera.

Endicott se volvió hacia Gillespie.

—¿Por qué está aquí el señor Tibbs?

Sam Wood, al ver la expresión que se pintaba en el semblante de Gillespie, comprendió que debía intervenir.

—La culpa es mía —confesó—. Hallé a Virgil esperando un tren y lo traje como posible sospechoso.

—El agente Wood obró con mucha diligencia —añadió Tibbs—. No quiso correr el albur de que se escapase un presunto asesino.

En aquel momento, por primera vez en su vida, Sam Wood tuvo conciencia de que le era simpático un negro.

Endicott volvió a hablar al detective de Pasadena.

—¿Cuánto tiempo va a estar en Wells?

—Hasta que salga el primer tren.

—¿Y cuándo sale?

—Si no recuerdo mal, a las tres cuarenta y cinco de esta tarde.

Endicott anunció con la cabeza que se consideraba satisfecho. Gillespie se agitaba, incómodo, en su silla. A Sam Wood se le ocurrió pensar que era el momento de marcharse. Iba viendo poco a poco que había puesto a su jefe en una situación embarazosa. Carraspeó para anunciar que deseaba hablar.

—Si no me necesita, jefe, iré a lavarme y a descansar un rato.

Gillespie alzó la vista.

—Puede irse a casa.

Sam Wood, al sentarse detrás del volante de su Plymouth, que venía usando desde hacía cuatro años, se puso a pensar en la tirantez existente entre Bill Gillespie y el detective negro. No tenía dudas acerca de quién ganaría, pero estaba inquieto porque, si las cosas se ponían peor, él pagaría las consecuencias.

Entregado aún a este triste pensamiento, aparcó el coche enfrente de su casita, entró en ella y, sin perder tiempo, se desnudó y tomó una ducha. Pensó por un momento en comer algo, pero se dijo que no tenía apetito y se metió en la cama. En lugar de ponerse el pijama, se tapó sólo con la sábana y, pese al calor achicharrante que hacía y a su estado de ánimo, se quedó dormido en seguida.

Tan pronto como Endicott hubo salido de su despacho, y también del pasillo, Bill Gillespie se volvió hacia Virgil Tibbs.

—¿Quién diantres le mandó a usted abrir la boca? Si quiero que me diga algo, se lo pediré. Estuve interrogando a Endicott del modo que yo quería hasta que usted se metió donde no le llamaban. —Cerró el puño derecho y lo frotó sobre la palma de su mano izquierda—. Y oiga esto: quiero que se marche de aquí ahora mismo. No sé, ni me importa, cuándo sale el primer tren. Espérela en la estación y, cuando llegue, suba a él, vaya a donde quiera que vaya. ¡Nunca será demasiado tarde!

Virgil Tibbs se puso en pie sin replicar, y se dirigió a la puerta del despacho y se volvió para mirar cara a cara al hombrón que dominaba la pequeña sala.

—Buenos días, jefe Gillespie.

El agente de guardia detuvo a Tibbs cuando éste iba a cruzar el vestíbulo.

—¿Dejó usted una maleta en la estación esta mañana? ¿Con las iniciales V.R.T.?

—Sí, es mía. ¿Dónde está ahora?

—Aquí. Espere cinco minutos, y se la traeré.

Tibbs aceptó esperar, a pesar de que no quería que Gillespie saliese de su despacho y le encontrara allí todavía.

No tenía miedo al gigantón, pero no veía que pudiese salir ganando sosteniendo otra disputa. Permaneció de pie para manifestar cortésmente su deseo de que la espera no fuese muy larga.

Después de algo más de cinco minutos regresó el agente con la maleta.

—¿Me pueden llevar en coche a la estación? —preguntó Tibbs,

—Pídaselo al jefe. Si él dice que sí, por mí no hay inconveniente.

—No se preocupe.

Tibbs tomó su maleta y bajó el largo tramo de escalera que llevaba a la calle.

Nueve minutos después sonó el timbre del teléfono en el despacho de Gillespie. Era su línea particular, el número de la cual conocían solamente pocas personas. Descolgó el aparato.

—Gillespie —dijo concisamente.

—Bill, soy Frank Schubert.

—Dígame Frank.

El jefe hizo un esfuerzo por parecer confiado y cordial. Frank Schubert regentaba un almacén de ferretería y era dueño de dos gasolineras. Era también alcalde de Wells y presidente del pequeño comité que gobernaba los asuntos de la ciudad.

—Bill, acaba de salir de mi despacho George Endicott.

—Bueno... —Gillespie casi gritó, y decidió dominar mejor su voz.

—Me ha hablado de ese detective negro que fue detenido por uno de los

muchachos de usted. Me ha hecho telefonar a Pasadena para pedirles que nos lo dejen unos días. George está muy trastornado con eso de la muerte de Mantoli, como usted sabe.

—Lo sé —le atajó Gillespie, a quien le pareció que le estaban tratando como a un niño.

—Hablamos inmediatamente con el jefe Morris, de Pasadena —continuó Schubert—. Ha dado su conformidad.

Gillespie respiró hondo.

—Le agradezco el esfuerzo, Frank, pero me he desembarazado de ese sujeto hace un momento y, francamente, no deseo que vuelva. Tengo buen personal y yo no soy un inexperto. Perdóneme que le diga esto, pero Endicott es un entrometido.

—Lo es —asintió Schubert—. Y viene del Norte, donde piensan de otro modo que nosotros. Pero creo que usted olvida algo.

—¿El qué? —preguntó Gillespie.

—El hecho de que esto le da a usted una perfecta salida. Endicott quiere que empleemos a su amigo negro. Está bien, adelante, hágalo usted. Suponga que descubre al asesino. No tiene jurisdicción de policía aquí y tendrá que entregarle todo a usted. Pero si fracasa, usted queda exento de responsabilidad. Y todos en la ciudad estarán con usted; todas las censuras serán para él. Usted sale ganando de todas formas. Y si usted no le emplea, y, por cualquier razón, no consigue prender al asesino, Endicott pedirá su cabeza, y Endicott tiene más dinero que todos los que habitan en esta ciudad.

Gillespie se mordió un momento el labio inferior.

—Lo he echado a patadas hace un momento.

—Hágalo volver —aconsejó Schubert—. Pídale excusas. Trátele bien y déjele que se ahorque. Si alguien le critica, dígame que cumple órdenes mías.

Gillespie supo entonces que estaba amarrado.

—Está bien —dijo con voz enojada.

Colgó el receptor y se puso en pie. Recordaba que nada sabía de lo que había que hacer para prender a un criminal y que Virgil Tibbs era la inconsciente disculpa que a él le descargaría de toda responsabilidad. Al sentarse en su coche, resolvió que lo mejor sería dar a Tibbs la soga para que se ahorcase.

Halló al negro dos esquinas más allá de la comisaría. Tibbs había parado un momento para cambiarse de mano la maleta, en tanto Gillespie acercaba el coche a la acera.

—Virgil, suba; he de hablar con usted.

Al disponerse a obedecer el joven negro, Gillespie tuvo de pronto un pensamiento que le hizo sentir asco. Tibbs había andado llevando una pesada maleta algunas manzanas de casas bajo el ardiente sol. Eso significaba que estaría sudando, y a Gillespie le desagradaba el olor que él creía despedían los negros. Bajó la ventanilla de detrás. Hecho esto, hizo señas a Tibbs para que ocupase el asiento de delante.

—Ponga su maleta detrás.

Tibbs lo hizo así, subió al coche y se sentó. Con gran satisfacción de Gillespie, el negro no olía.

—Virgil, he estado un poco insolente con usted esta mañana.

Le pareció haber dicho bastante, y nada añadió.

Tibbs no replicó.

—Su amigo Endicott ha hablado de usted a nuestro alcalde —prosiguió Gillespie—. El alcalde Schubert ha telefonado a Pasadena. Después de consultar conmigo, hemos tomado la decisión de que usted investigue el asesinato de Mantoli bajo mi dirección.

Hubo silencio en el coche durante las siguientes tres manzanas de casas. Tibbs lo rompió con prudencia:

—Creo, jefe Gillespie, que sería mejor que me marchase de la ciudad como usted insinuó. Eso pudiera hacer más fáciles las cosas para usted.

Gillespie dobló una esquina.

—¿Qué haría usted si su jefe le mandase que se quedara aquí?

—Si el jefe Morris me lo mandase —se apresuró a responder Tibbs—, me iría a Inglaterra a buscar a Jack el Destripador.

—El jefe Morris le ordena que pase aquí una semana. No será usted miembro de nuestro departamento, por supuesto, por lo que no podrá llevar uniforme.

—Hace algún tiempo que no me lo pongo.

—Bien. ¿Qué cree que va a necesitar?

—He estado sin acostarme toda la noche y no he tenido ocasión de lavarme. Si hay un hotel que quiera admitirme, me gustaría afeitarme, tomar una ducha y mudarme de ropa. Si me pueden procurar algún medio de transporte, será todo lo que necesitaré. Al menos, por ahora.

Gillespie reflexionó un momento.

—Los hoteles de aquí no le admitirán, Virgil, pero hay un motel para negros a unas cinco leguas de la carretera. Puede hospedarse allí. Tenemos un viejo coche policial, de reserva, y haré que se lo dejen.

—Un coche policial, no. Si conoce a algún tratante en coches usados que me quiera alquilar algo que corra, sería mucho mejor. No quiero llamar la atención.

Gillespie comprendió que iba a ser más difícil de lo que él creía desarmar a Tibbs.

Dio media vuelta en medio de la manzana y se dirigió a un garaje que estaba al otro lado de la vía férrea. Salió a su encuentro un mecánico, un negro muy alto y robusto.

—Jess —dijo Gillespie—, éste es Virgil, que trabaja para mí. Necesito que le alquiles un coche o algo que pueda usar. Cosa de una semana. Algo que corra bien, algo que hayas reparado tú.

—Todo lo que yo reparo corre bien —replicó Jess—. ¿Quién responderá?

—Yo —dijo Tibbs.

—Vamos, pues —repuso Jess, que entró de nuevo en su tienda.

Virgil Tibbs se apeó del coche de Gillespie, sacó su maleta y dijo a su nuevo superior:

—Le daré cuenta de mi actuación tan pronto me haya lavado.

—Tómese tiempo —aconsejó Gillespie—. Podrá hacerlo mañana.

Apretó fuerte sobre el pedal del acelerador y el coche arrancó, levantando una nube de polvo. Virgil Tibbs cogió su maleta y entró en el garaje.

—¿Quién es usted? —preguntó Jess.

—Me llamo Tibbs. Soy un policía de California.

Jess se secó las manos con un trapo.

—Estoy ahorrando para irme al Oeste. Quiero marcharme de aquí —dijo en confianza—, pero no se lo diga usted a nadie. Puede llevarse mi coche. Tengo otro que puedo conducir, si lo necesito. ¿Qué se espera que haga usted?

—Se ha cometido un crimen esta mañana. No saben qué hacer en este caso y me emplean a mí como cabeza de turco.

En la negra y redonda cara de Jess se pintó una expresión de recelo.

—¿Cómo va a defenderse?

—Prendiendo al asesino —respondió Tibbs.

A causa del calor y las contrariedades de su oficio, Sam Wood durmió poco rato y agitadamente. A eso de las dos de la tarde estaba levantado y vestido. Se preparó un bocadillo con las pobres provisiones que guardaba y luego leyó el correo. La última de las tres cartas que había en la pequeña pila la abrió con dedos temblorosos. Contenía, además, un cheque. Cuando vio el cheque, Sam dejó de preocuparse por el crimen. Se guardó la carta y el cheque en el bolsillo interior, consultó su reloj y salió corriendo de su casa. De pronto era importante para él llegar al Banco antes de las tres.

Una hora después, Sam fue a la comisaría a buscar noticias. Era también el día en que se cobraba la paga. Con asombro suyo, halló a Bill Gillespie en el vestíbulo hablando con Virgil Tibbs.

Sam recogió el cheque de la paga en la ventanilla, firmó el recibo y, al volverse, vio que Bill Gillespie le estaba esperando.

—Wood, sé que no está de servicio, pero necesitamos alguna ayuda. ¿Querría llevar en coche a Virgil a casa de los Endicott? Desea hablar con la hija de Mantoli.

No era un ruego, sino una orden dada con alguna amabilidad. Sam no comprendía aquella súbita tolerancia para con el detective de California, pero la discreción le decía que no debía aprovecharse de la ocasión y el sitio para preguntarlo. Se alegraba de poderse marchar. No quería perderse nada.

—Con mucho gusto, jefe, si usted me lo pide.

Gillespie, exasperado, respiró hondo.

—No se lo pido, Wood. No hubiese querido pedírselo. Virgil tiene coche, pero usted conoce el camino.

Sam se preguntó por qué cada vez que se mostraba atento con Gillespie, su nuevo jefe se lo tomaba a mal. Saludó con una inclinación de cabeza a Tibbs y se preguntó si subida a la montaña en su coche particular o usaría el de patrulla que estaba aparcado en el patio. No iba de uniforme. Era por un momento agente de la policía secreta y, como tal, guiaría el coche oficial. Esa fue la solución. Mostró el camino. Tibbs lo siguió. Cuando Sam se acomodó en el asiento del conductor, Tibbs abrió la portezuela del otro lado y se sentó junto a él. Tras un momento de vacilación, Sam aceptó la colocación y pisó el acelerador.

Al salir del centro y correr por los suburbios hacia la carretera que llevaba al nido de águila de Endicott, Sam se rindió a su curiosidad.

—Parece que al jefe le ha caído usted en gracia.

Temió haber hablado demasiado amistosamente, muy claro, o ambas cosas.

—Sé que le ha extrañado a usted —respondió Tibbs—. Mi presencia molestaba al jefe Gillespie, y cometí la torpeza de meter baza en una conversación que dirigía él.

—Ya lo sé —dijo Sam.

Tibbs no se ofendió.

—Sin entrar en detalles, el jefe Gillespie me ha destinado para ayudar en el caso de Mantoli unos días. Esto con la aprobación y el permiso de mis superiores en Pasadena.

—¿Con qué atribuciones? —preguntó Sam movido por la curiosidad.

—Con ninguna, excepto que se me permite probar suerte. Puedo fracasar.

El coche llegó al final del pavimento y empezó a rodar por el piso enarenado.

—¿Piensa que puede hacer algo?

—Puedo darle referencias —respondió Tibbs.

—Si son de California, no le favorecerán a usted mucho.

—Son de California —reconoció Tibbs—. De San Quintín.

Sam resolvió callarse y seguir conduciendo.

Al serle abierta la puerta de los Endicott por segunda vez en ese día, el ama de casa estaba allí como antes. Habíase cambiado de vestido y puesto uno negro sin adornos. Aunque no sonrió, hizo que él se sintiese bien recibido.

—Me alegro de verle, agente. Siento no saber su nombre.

—Sam Wood, señora.

La señora le ofreció la mano y dijo:

—Y supongo que este caballero es el señor Tibbs —estrechó la mano al negro un momento—. Pasen, señores.

Sam la siguió a la grande y espectacular sala de estar. Al entrar vio, no sólo a Endicott, sino también a un hombre y una mujer jóvenes. Estaban cogidos de la mano, y Sam comprendió en seguida que eso era idea de él, y no de ella. El hombre se puso en pie para las presentaciones.

—Duená, tengo el gusto de presentarle a los señores Tibbs y Wood. La señorita Mantoli. Y el señor Eric Kaufmann, compañero y representante del maestro Mantoli.

Los hombres se dieron un apretón de manos. Sam hizo gran caso de Kaufmann. Era un joven que daba la impresión de querer ser de más edad, más alto y más importante de lo que era.

La mujer era otra cosa. Sam le lanzó una rápida y atenta mirada, y, viéndola sentada y serenamente callada, rectificó a fondo el juicio que tenía formado de las mujeres italianas. Esa no estaba gruesa ni parecía que hubiese de engordar. Observó que era morena, con el tipo de cabello corto que a él le había gustado siempre. Recordó que la joven había sabido solamente aquella mañana que su padre había sido brutalmente asesinado. Sintió el impulso de sentarse junto a ella, rodearle cariñosamente los hombros y decirle que todo se arreglaría de algún modo.

Pero, para ella, tardarían mucho tiempo en arreglarse las cosas. Seguía pensando en ella cuando Virgil Tibbs tomó tranquilamente el mando.

—Señorita Mantoli —dijo Tibbs—, sólo tenemos una excusa para molestarla en una ocasión como ésta. Necesitamos su ayuda para descubrir y castigar al autor del crimen. ¿Se encuentra en condiciones de contestar a algunas preguntas?

La joven le miró un momento con ojos ribeteados de rojo y húmedos; luego los cerró e hizo una seña afirmativa con la cabeza hacia las sillas. Sam experimentaba una fuerte sensación de alivio; quería hacerse borroso sobre el fondo y dejar que Tibbs llevase la batuta.

—Acaso fuese más fácil si empezara por usted —dijo Tibbs, volviéndose a Eric Kaufmann—. ¿Estuvo usted aquí anoche?

—Sí, la primera parte de la noche. Tuve que salir a las diez para ir a Atlanta. Hay mucha distancia desde aquí, y tenía que llegar por la mañana temprano.

—¿Condujo toda la noche?

—No; llegué a eso de las dos y media de la madrugada. Entré en mi hotel para descansar un rato. Estaba levantado y afeitándome cuando el teléfono...

Tibbs se volvió hacia la joven, que estaba sentada con la cabeza baja, las manos juntas delante de sus rodillas. La voz de Tibbs cambió un poco el timbre al hablarle a ella; era sosegada e iba al grano, pero mostraba una tendencia oculta de compasión para la desventurada joven que estaba sentada ante él.

—¿Había aspirantes a la situación que ocupaba su padre a los que hubiese podido... contrariar mucho su éxito?

La joven alzó la vista.

—Ninguno —respondió ésta. Lo dijo bajito, aunque sin temor y con palabras claras. No tenía acento—. Realmente ninguno. El festival era idea suya, y nadie más...

Dejó que se apagase su voz y no intentó acabar la frase.

—¿Solía su padre llevar encima fuertes sumas de dinero..., más de doscientos dólares?

—A veces, para gastos de viaje. Intenté hacerle acostumbrarse a utilizar cheques de viajero, pero a él le parecía eso mucha molestia. —Miró y preguntó a su vez—: ¿Le han matado por eso..., por unos pocos dólares?

Había pena en su voz, y sus labios parecían temblar cuando hablaba. Sus ojos volvieron a humedecerse.

—Mucho lo dudo, señorita Mantoli. No creo que fuese por esto. Hay otras tres poderosas posibilidades, al menos, que habrán de ser investigadas.

Grace Endicott le interrumpió.

—Señor Tibbs, le agradecemos lo que hace por nosotros, pero permítame hacer una sugerencia. Nosotros podemos contestar a muchas de sus preguntas, y así evitaremos que sufra la pobre Duena. Ha sido un golpe tremendo para ella. Sé que usted lo comprende.

—Por supuesto —reconoció Tibbs—. Después de que la señorita Mantoli se haya repuesto algo, hablaré con ella... si es necesario.

Grace Endicott ofreció su mano a la joven.

—Entre a acostarse —le rogó.

Duena se puso en pie, pero movió la cabeza.

—Prefiero salir un rato. Sé que hace calor, pero necesito salir.

La señora lo comprendió.

—Le dejaré un sombrero, para proteger su cabeza del sol. Le hará falta.

Luego que las dos mujeres hubieron salido de la estancia, George Endicott dijo:

—No me agrada que salga sola. Estamos muy aislados. No quiero correr riesgos mientras no se hayan puesto en claro las cosas. Eric, haga el favor...

Y seguidamente se calló.

Sam Wood sintió que le movía algo que no había experimentado antes. Se levantó sin ruido.

—Permítanme que la acompañe —se ofreció.

Era mucho más alto que Kaufmann y representante de la justicia, con uniforme o sin él. Suya era la responsabilidad.

—Puedo... —empezó a decir precipitadamente Kaufmann.

—Seguramente le necesitarán aquí —le recordó George Endicott.

Sam interpretó esto como que había sido aceptado su ofrecimiento. Hizo una seña afirmativa con la cabeza a Endicott y echó a andar hacia la puerta de entrada. Sabía que no había peligro fuera y casi lo lamentaba. Hubiese preferido ir de uniforme, llevando su arma a la vista para dar confianza a la joven. Tal como estaba, no era más que un hombre de aventajada estatura con traje de paisano. Reapareció Grace Endicott con Duena Mantoli. Esta traía puesto un sombrero de verano, de alas anchas, con el que, a pesar de su visible pena, estaba casi indecorosamente atractiva. Sam respiró hondo.

—Tendré sumo placer en acompañar a la señorita Mantoli.

—Gracias —le respondió Grace Endicott.

Sam abrió la puerta para que pasase la joven.

Duena Mantoli, sin hablar, mostró el camino que daba la vuelta a la casa y que llegaba hasta el comienzo de una veredita que estaba al lado de enfrente de la entrada de la calzada para los coches. Bajaba por la ladera de la colina en un suave ángulo y terminaba en un pequeño terraplén en el que había un mirador con techo que Sam no sabía que existiese allí. Estaba asentado en un corte de la ladera, por lo que quedaba oculto desde arriba y ambos lados, y tenía en su parte posterior un banco colocado de manera que quien quisiera podía estar sentado en él sin ser visto y contemplar los Great Smokies.

Duena se sentó e invitó a Sam a hacerlo junto a ella. Sam cruzó las manos y se puso a contemplar las leguas de campiña que tenía ante sí. Sabía por qué la joven había ido allí: porque el lugar parecía estar situado en el borde del infinito. Era imposible mirar la cima de las andantes montañas sin sentir que seguían caminando perpetuamente hasta más allá del horizonte.

Estuvieron callados un momento. Luego sin preámbulo, la joven preguntó:

—¿Fue usted quien halló el cadáver de mi padre?

—¿De veras desea hablar de esto?

—Quiero saberlo —le respondió la joven—. ¿Halló el cadáver?

—Sí.

—¿Dónde estaba?

Sam titubeó antes de contestar.

—En medio de la carretera.

—¿Pudo haber sido atropellado por un coche?

—No. —Sam calló, preguntándose cuánto más habría que añadir—. Fue agredido por detrás con un instrumento contundente. Su bastón estaba junto a él. El bastón pudo ser el instrumento.

—¿Fue... —la joven vaciló y eligió cuidadosamente sus palabras— instantánea la muerte?

Duena volvió la cabeza por primera vez y miró a Sam.

Sam respondió que sí con la cabeza.

—Y no sólo eso, sino que no se dio cuenta, no sufrió.

La joven asió el borde del banco con delgados y largos dedos, miró una vez más el panorama de montañas.

—No era un hombre opulento ni importante —dijo Duena casi a las silenciosas colinas—. Trabajó toda su vida con la esperanza de labrarse un porvenir. Este festival hubiera sido su oportunidad en música. Es un mundillo injusto y es casi imposible llegar a alguna parte si no se pertenece al grupo que puede allanar el camino. Quien mató a mi padre mató todos sus sueños y esperanzas antes de que se realizasen.

Duena calló, pero siguió mirando al frente. Sam la miraba atentamente y se sentía enojado consigo mismo porque, en tan triste ocasión, la encontraba guapa. Quería ofrecerle su amparo; dejarla llorar con la cabeza reposando en su hombro, si ella

quería, tener la mano de ella en la suya para tranquilizarla. Lo que no pudo hacer materialmente, lo intentó con palabras.

—Señorita Mantoli, quiero decirle algo que puede aliviarla aunque no sea mucho consuelo para usted. Todos nosotros, en el departamento de policía, vamos a hacer cuanto podamos, por más que tengamos que trabajar, para descubrir y castigar al autor del crimen.

—Es usted muy amable, señor Wood —repuso Duena, como si realmente estuviese pensando en otra cosa. Y preguntó de improviso—: ¿Les va a ocasionar molestias la estancia del señor Tibbs?

Sam arrugó el entrecejo un momento.

—La verdad es que esto es difícil de contestar. Francamente, no lo sé.

—Porque es negro.

—Sí, porque es negro. Usted sabe cómo sentimos esas cosas aquí.

Al mirarle la joven fija y dulcemente, Sam experimentó una súbita emoción que no pudo analizar.

—Sí, lo sé —dijo Duena—. Algunas personas no quieren a los italianos, creen que somos diferentes. Harán una excepción con un Toscanini o una Sofía Loren, pero a los demás nos tienen por vendedores de hortalizas o *gangsters*.

Se echó atrás la cabellera con una mano, apartó la vista de Sam y miró a las montañas.

—¿Qué le parece si regresáramos? —sugirió Sam, muy molesto.

La joven se puso en pie.

—Muy bien. Gracias por su compañía. Me ha consolado.

Cuando llegaron a la puerta de la casa, ésta se abrió y apareció Eric Kaufmann. La tuvo abierta para Virgil Tibbs, que lo siguió, e hizo cuestión de cortesía estrecharle la mano. Hasta Sam comprendió que era una ceremoniosa manera de condescender con arrogancia.

—Señor Tibbs —dijo Kaufmann en voz lo bastante alta para que lo oyesen Sam y la joven—, no me importa lo que cueste ni lo que hayan ustedes de hacer. No soy rico, pero no pararé hasta ver castigado al asesino del maestro. —Quebróse su voz—. ¡Matar a golpes a un hombre como él! Sin dejarle defenderse... ¡Supérese usted!

Sam se preguntó cuánto del discurso era sincero y cuánto calculado para impresionar a Duena. Sam pensó que Kaufmann debía conocerla bien, y acaso... No se permitió acabar el pensamiento. Deseaba irracionalmente que la joven hubiese de alguna manera brotado del suelo a fin de ser el primero en conocerla y ampararla.

Juzgó que se estaba ablandando y que era hora de endurecerse.

Virgil Tibbs se excusó, y subieron al coche. Sam puso en marcha el motor y enfiló la carretera que llevaba a la ciudad. Cuando estuvieron lejos de la casa, preguntó:

—¿Ha adelantado algo?

—Sí —le respondió Tibbs.

Sam esperó a que le diese una explicación más completa y luego halló que tenía

que pedirla.

—¿En qué, Virgil?

—Mayormente en cosas de la vida de Mantoli y del festival musical. Los Endicott son poderosos patrocinadores. Esperaban que lo que se proponían hacer se convertiría en otro Festival Bach. Algunos proyectos de este género han tenido mucho éxito.

—A muchos de nosotros nos parecía una insensatez —dijo Sam.

—La respuesta a los primeros anuncios fue sorprendentemente alentadora —añadió Tibbs—. No entiendo mucho de música, pero, al parecer, Mantoli había organizado algunos programas especiales que atraen mucho a la clase de público que asiste a tales espectáculos. Al menos, estaban dispuestos a pagar su buen dinerillo por sentarse en troncos de árbol o sillas plegables toda una noche.

—¿Ha averiguado algo que nos ayude a resolver el problema que tenemos planteado? ¿Algo que señale a quien cometió el crimen?

—Es posible —respondió vagamente Tibbs. Y añadió—: El señor Endicott ha rogado que se lleve el cadáver de Mantoli a casa del empresario de pompas fúnebres lo antes posible.

Sam esperó un momento y luego desistió de seguir esperando.

—¿Y después, qué?

—Volvamos a la comisaria. Quiero ver a ese detenido, a Oberst.

—No me acordaba de él —confesó Sam—. ¿Para qué?

—Para hablar con él. Después de esto, depende mucho de la libertad de acción que quiera darme Gillespie.

Recorrieron el resto del camino en silencio. Sam, guiando el coche por las vueltas de la tortuosa carretera, intentaba decidir si quería o no que el hombre que estaba sentado a su lado triunfase en la empresa que había acometido. En su mente veía una clara imagen de Duena Mantoli; luego, como una linterna proyectora de imágenes, veía a Gillespie y, sin mirarle, al negro que estaba junto a él. Esto era lo que dolía. Un extraño podía ser buena persona, pero la idea de un negro se elevaba como mellada roca en medio de un canal. En el momento de llegar a la comisaría, Sam no había resuelto nada aún. Quería que el crimen fuese resuelto, pero quería que lo resolviese alguien a quien pudiera admirar y respetar. Lo malo era que no lograba figurarse quién pudiera ser.

6

Virgil Tibbs se detuvo ante la mesa e hizo un ruego. Después desapareció en dirección al lavabo para negros a fin de dar tiempo de que fuese considerado y de consultar a Gillespie. El jefe no estaba en la casa, y el agente de guardia hubo de decidir por sí mismo. Tras recordar las órdenes que le habían dado, tomó el partido de llamar a Arnold y rogarle que dejase entrar a Tibbs en la celda de Harvey Oberst.

Cuando se hubo abierto un poco la puerta de acero, Oberst se levantó a medias.

—No tienen que ponerlo aquí —protestó—. Pónganlo en otro sitio. No quiero que un neg...

La puerta de acero rechinó y se cerró.

—Quiere hablar con usted —dijo Arnold con aspereza, y se fue.

Oberst se dejó caer en un extremo de la dura tarima de tablas. Tibbs se sentó tranquilamente en el otro. Habíase quitado la chaqueta y la corbata y subido las mangas de la camisa. Cruzó sus delgados y morenos dedos sobre los muslos y guardó silencio sin hacer caso de Oberst. Los minutos pasaban sin ser advertidos, y ninguno de los dos intentaba hacer algo. Entonces Oberst empezó a inquietarse. Primero movió las manos, luego estiró los pies. Tras un momento de creciente nerviosidad recuperó su voz y habló.

—¿Qué hace usted con ropas de hombre blanco?

Tibbs pareció darse cuenta por primera vez de la presencia de Oberst.

—Se las compré a un blanco —respondió.

Harvey Oberst fijó ahora su atención en su compañero de celda y le miró de arriba abajo sin disimular que le estaba midiendo.

—¿Fue usted a la escuela?

Tibbs hizo una lenta señal afirmativa con la cabeza.

—Y a la Universidad.

Oberst montó en cólera.

—¿Se cree muy listo?

Virgil Tibbs siguió mirándose los dedos.

—Me gradué.

El silencio volvió por un momento.

—¿Dónde le dejaron ir a la Universidad?

—En California.

Oberst cambió de postura y puso los pies sobre la dura superficie de la tarima.

—Allí no les importa lo que hacen.

Tibbs no hizo caso del comentario.

—¿Quién es Dolores Purdy? —preguntó.

Oberst se inclinó hacia adelante.

—¡A usted no le importa! —bramó Oberst—. Una chica blanca.

Tibbs descruzó las manos, se volvió y puso los pies sobre la tarima, lo mismo que

había hecho Oberst.

—O contesta a mi pregunta o se arriesga a ser ahorcado por asesinato.

—No se engalle, negro. Usted no es nadie y no será nunca alguien. Ni la escuela superior ni la Universidad le hacen blanco, y usted lo sabe.

—No quiero ser blanco, pero poco importa ser blanco o negro cuando se está al extremo de una soga. Y después de haber estado unos meses pudriéndose debajo de tierra... digamos un poco más de un año desde ahora, nadie sabrá, ni le importará, de qué color era la piel. Ya no se tiene piel. ¿Es así como usted quiere la cosa?

Oberst se acercó al pecho las rodillas y se las abrazó como para defenderse.

—¿Y usted quién diablos se cree que es?

Pero había miedo en su voz.

—Soy policía. Busco al hombre que mató al que usted robó. Créalo o no, es así. También soy el único de aquí que cree que usted no es culpable de asesinato. Mejor será para usted que me secunde, porque es la mejor oportunidad que tiene.

—Usted no es policía —dijo Oberst después de una pausa.

Tibbs sacó del bolsillo de su camisa una tarjetita blanca.

—Trabajo en Pasadena. Soy investigador. Llámelo detective, si quiere. Me han agregado al departamento de policía de aquí para que descubra al que mató a Mantoli, o sea el hombre muerto que halló usted. No le importe cómo o por qué. O juega apostando por mí o será procesado por asesinato.

Oberst guardó silencio.

Tibbs esperó un minuto largo.

—¿Quién es Dolores Purdy? —volvió a preguntar.

Oberst se decidió:

—Una muchacha que vive cerca de mi casa. Una que va con muchos hombres.

—¿Qué edad tiene?

—Dieciséis, casi diecisiete años.

—¿Sabe cómo llamamos a este género en California? Codorniz de San Quintín.

Oberst reaccionó prontamente.

—Tuve un disgusto por culpa de ella, pero no por eso.

—¿Qué pasó?

Oberst no respondió.

—Puedo verlo en su ficha —le recordó Tibbs—. Pero prefiero que me lo diga usted.

Oberst confesó la derrota.

—Dolores es joven, pero está bien provista, si sabe lo que quiero decir. El tipo de chica a la que le está bien un suéter muy ajustado.

—Hay muchas de ellas —comentó Tibbs.

—Sí, pero Dolores está realmente orgullosa de lo que la Naturaleza ha hecho por ella. Le gusta enseñar... Un día la llevé a Clarke's Pond. No nos proponíamos nada malo. Tengo horror a la cadena de presidiarios.

Tibbs asintió.

—Me preguntó si yo creía que ella tenía buena figura y, cuando dije que sí, decidió mostrármela.

—¿Fue idea de ella?

—De ella, como usted dice. Yo no la moví a hacerlo, sólo que no se lo impedí.

—Pocos le censurarían por eso, pero era muy peligroso.

—Puede ser. Cuando se hubo quitado la ropa, salió un policía de los arbustos. Me detuvo.

—¿Y a la chica?

—La mandaron a su casa.

—¿Qué pasó después de esto?

—Me soltaron al poco tiempo y me dijeron que no volviese a tontear más con esa muchacha.

—¿La ha vuelto a ver desde entonces?

—Sí; vive en Third Street, esquina Polk. Yo vivo a media manzana de casas de allí. La veo a todas horas. Quiere que vuelva a salir con ella.

—¿No sucedió nada más?

—Nada más.

Tibbs se puso en pie, se asió de los barrotes de la celda y echó su peso hacia atrás para desentumecer sus brazos. Después, se sentó de nuevo.

—¿Se afeita todos los días? —preguntó.

Oberst, sorprendido, se tocó la barbilla.

—Generalmente, sí. Esta mañana no lo he hecho porque anoche no me acosté.

—¿Por qué?

—Porque fui a Canville a ver a un conocido que tengo allí. Teníamos... un par de citas.

—¿Regresó tarde?

—A eso de las dos, puede que más tarde. Entonces fue cuando hallé a ese sujeto en la carretera.

—¿Qué hizo usted? No me cuente lo que yo quiero oír; dígame lo que verdaderamente sucedió.

—El hombre estaba tendido boca abajo en la carretera. Me paré a ver si podía socorrerle. Pero estaba muerto.

—¿Cómo lo supo?

—Lo supe, y esto es todo.

—Siga.

—Vi la cartera en la carretera, a cuatro o cinco pasos de él.

Virgil Tibbs se inclinó hacia adelante.

—Esto tiene mucha importancia. No me importa si usted encontró la cartera o si se la sacó del bolsillo, esto da lo mismo. Pero ¿está absolutamente seguro de que la halló en la carretera junto a él?

—¡Lo juro! —respondió Oberst.

—¿Qué pasó después?

—La cogí y miré lo que contenía. Mucho dinero. Pensé que él ya no lo podría gastar y que, si la dejaba allí, otro se la llevaría.

—En eso no le falta razón. ¿Cómo fue que le detuvieron con la cartera encima?

—Estaba inquieto porque al hombre lo habían matado. Si me encontraban la cartera, lo iba a pasar mal. Por eso fui a ver al señor Jennings. Es el jefe del banco y le conozco porque trabajo para él los fines de semana. Él dijo que había que dar parte y llamó a la policía. Me trajeron aquí. No sé a qué me condenarán.

Tibbs se levantó.

—Déjeme que resuelva esto yo —aconsejó—. Si lo que ha declarado es cierto, nada tiene que temer.

Llamó fuerte para ser oído y esperó a que llegase Arnold para que le abriese la puerta.

Poco después fue a la oficina de señales meteorológicas para enterarse de las lluvias que habían caído durante el mes anterior.

Gillespie miró desde su mesa y vio a su nuevo ayudante de Pasadena en el marco de la puerta. No quería ver a Virgil Tibbs, no quería ver a nadie. Quería irse a casa, lavarse, comer algo y acostarse. Era tarde y estaba trabajando desde las primeras horas de la mañana.

—¿Qué hay? —preguntó.

Tibbs entró, pero no se sentó.

—Puesto que me ha confiado usted la investigación de la muerte de Mantoli, jefe Gillespie, quisiera pedirle que ponga en libertad a Harvey Oberst.

—¿Por qué?

Gillespie hizo la pregunta como un reto.

—Porque no es culpable del crimen, estoy seguro de ello, y por muchas de las razones que le he expuesto esta mañana. Técnicamente, puede usted tenerlo detenido por el robo de la cartera, pero he comprobado su declaración con el señor Jennings. Siendo testigo un ciudadano respetable, nunca logrará usted una prueba de culpabilidad contra Oberst.

Gillespie movió una mano para mostrar que no asumía responsabilidad.

—Bueno, que lo suelten. Bajo la responsabilidad de usted. Para mí es un sospechoso.

—Yo no quiero un sospechoso —replicó Tibbs—. Quiero el asesino. Estoy convencido de que Oberst no lo es. Gracias, señor.

Después de que Tibbs hubo salido del despacho, Gillespie notó con alguna satisfacción que, al menos, el negro había sabido lo bastante para decir «señor». Se puso en pie y miró con ceño los papeles que había sobre su mesa. Luego se encogió

de hombros y salió, pasando por el vestíbulo. La responsabilidad era de Virgil, y él quedaba exento de cualquier cosa que pasase.

Minutos después de medianoche, Sam Wood subió a su coche patrulla, comprobó que estaba lleno el depósito de gasolina y salió del espacio para aparcamiento de la policía. Tenía delante de sí ocho horas de estar solo en la ciudad, la cual se entregaría pronto al sueño. Pero esa noche las cosas eran diferentes. En alguna parte, probablemente todavía dentro de la ciudad, había un asesino. Un asesino para quien la vida humana no era tan importante como algo que quería hacer o tener.

Sam resolvió, mientras corría hacia el oeste por su acostumbrado camino, que esa noche tendría los ojos y los oídos abiertos como nunca los había tenido antes. Dejó que su imaginación se hiciese Dama y señora por un instante mientras él se representaba en la mente el descubrimiento y la captura de un asesino tan indudablemente autor de aquel crimen, que él no tendría que esperar más para llevarlo a la comisaría.

Pero Sam se dijo que la realidad era muy distinta. Todo se ponía en favor del asesino. Podía esconderse donde quisiera; desconocido y oculto, podría agredir a la hora y en el lugar que eligiese. Pensó que al desconocido criminal pudiera habersele ocurrido la idea de que él, Sam, había visto demasiado. En tal caso el asesino estaría acechándole esta noche. Por primera vez desde que se había puesto el uniforme de policía, aflojó el arma en su funda. Serían ocho horas largas.

En tanto el coche corría hacia el oeste por las ya desiertas y silenciosas calles, Sam tuvo una idea súbita. Ponerla en práctica podía ser peligroso, y podía ser abuso de autoridad. Incluso podrían llamarlo faltar a las obligaciones del cargo. A pesar de todos esos reparos, sabía que lo iba a hacer en cualquier caso. Dobló una esquina y enfiló la polvorienta carretera que llevaba a casa de los Endicott.

Al rodar las ruedas del coche por el enarenado, Sam estaba más serenamente resuelto de lo que había estado en su vida, Mantoli estaba muerto; nadie sabía por qué. Cualquiera que fuese el móvil, también podría utilizarse con su hija. Sam pensaba en la joven que había estado sentada junto a él contemplando las montañas y casi deseaba que el asesino anduviese otra vez al acecho esa noche, aunque no antes de que él llegase allí. Mientras la carretera subía, el aire parecía hacerse más fresco y puro. Sam encendió las luces y negoció hábilmente las curvas del camino semiparticular.

Había una luz vacilante sobre un parapeto blanco que ¡o primero que le indicó fue que estaba llegando otro coche en dirección contraria.

En el punto en que la carretera se ensanchaba un poco, Sam encendió los faros delanteros en posición de estacionamiento y esperó. Los faros del coche que se acercaba relucían más brillantemente sobre el cielo. Sam, al verlos, movido por un impulso, encendió el foco rojo. El conductor del otro vehículo accionó los frenos y

maniobró en dirección contraria. Sam le hirió con el rayo de luz de magnesio accionándolo desde la columna de la dirección con la mano izquierda y, cuando el conductor levantó el brazo para protegerse la vista, Sam reconoció a Eric Kaufmann.

—¿Qué hace usted en esta carretera a estas horas? —preguntó Sam.

—Voy a Atlanta. ¿Por qué me lo pregunta?

Sam sintió antagonismo en la voz, y esto no le gustó.

—¿Suele empezar a esta hora sus viajes a Atlanta?

Kaufmann se inclinó para asomarse a la ventanilla.

—¿Le importa a usted algo?

Sam caminó rápidamente desde su coche y se detuvo junto a Kaufmann, con la mano derecha puesta en la culata de su arma.

—Por si usted lo ha olvidado —respondió, pronunciando separadamente cada palabra—, le diré que hace menos de veinticuatro horas ha sido cometido un crimen en esta ciudad. En tanto no hayamos prendido al autor, nos importa todo, y más que nada los viajes largos que se emprenden pasada la medianoche. Ahora explíquese usted.

Kaufmann se pasó los dedos por la cara.

—Dispense, agente —se disculpó—. Estoy trastornado, y usted sabe por qué. Hasta hace poco he estado hablando sobre el festival con los Endicott. Debido a que ha sido adelantado mucho dinero para realizar este proyecto, hemos resuelto llevarlo a cabo, a pesar de la muerte de Enrico. Si lo aplazáramos para el año que viene, nos ocasionaría muchos perjuicios. Siento no saber explicarme mejor. —Kaufmann calló e hizo un esfuerzo por reponerse—. De todas formas, tengo que ir a Atlanta para ver qué se puede hacer a fin de encontrar un renombrado director de orquesta que quiera ocupar el puesto. Y tengo que arreglar lo de la orquesta. Estaba todo dispuesto, pero el suceso puede haberlo desbaratado.

Sam cedió un poco.

—Me parece bien eso, pero ¿por qué sale a esta hora? Según nos contó usted a Virgil y a mí, durmió muy poco anoche. No puede estar en muy buenas condiciones para conducir.

—Tiene razón en esto —asintió Kaufmann—. Francamente, me marchó porque no quiero estorbar. Duena está durmiendo ahora y necesita descanso y tranquilidad. Lo único razonable para mí era trasladarme a un motel. Así podré emprender el viaje temprano y estar por la tarde en la ciudad. ¿Hay algún inconveniente?

Sam sabía que eso era razonable y no quería que la antipatía que le inspiraba Kaufmann influyese en su juicio. Y recordaba que ese solitario camino de montaña no estaba en su zona de patrulla.

En efecto, estaba descuidando mucho su zona.

¿Y si el asesino anduviese al acecho...?

—¿Cómo están las cosas en la cima de la colina? —preguntó.

—Bien. Tirantes, por supuesto, pero no causan temor. ¿Va usted allí? Si va ahora,

los molestará y, posiblemente, les dará un susto. En su lugar, yo no iría.

Sam hizo señas a Kaufmann de que podía continuar el viaje.

—Tenga cuidado —aconsejó—. Salga de la carretera, tan pronto pueda y acuéstese. De otro modo, podría acabar en el depósito de cadáveres junto a su compañero.

Kaufmann retrocedió, pero no hizo comentarios.

—Está bien; lo haré. Sígame, si quiere. Pero déjelos en paz. Ya han tenido bastantes disgustos hoy.

Puso el coche en marcha y corrió cuesta abajo. Sam permaneció sin hacer ruido hasta que Kaufmann se hubo alejado bastante, luego hizo virar su coche y enfiló con precaución la estrecha carretera.

Teniendo controlado el coche en segunda marcha y con el freno, Sam iba pensando que Kaufmann y Duena eran probablemente muy buenos amigos. Al menos Kaufmann estaba en situación de ver con frecuencia a la joven, y, dada la manera de viajar que tenía esa gente, probablemente poseía la exclusiva. Este pensamiento ponía furioso a Sam. Había hablado con la joven una sola vez, el día en que había sido asesinado su padre, y, sin embargo, él creía tener derecho a interesarse por ella y ampararla.

El coche corría por el asfalto de la ciudad, y era más fácil conducirlo. Sam volvía a pensar que el asesino andaba suelto por la ciudad. Había, al menos, probabilidades de que estuviese todavía en la ciudad. Las calles estaban silenciosas y oscuras, excepto por los solitarios puntos de luz bajo las espaciadas farolas. Sam recordó una vez más que él era un blanco principal. El calor sofocante de la noche comenzó a impregnarse de una especie de frío que pendía de la oscuridad, esperando.

Poco tiempo antes Sam había leído un libro que trataba de una situación parecida a aquélla. El autor había usado una palabra para describirla, un vocablo raro e infrecuente que él había buscado en el diccionario. No se acordaba del vocablo ahora, pero estaba completamente seguro de que empezaba con M. Fuese lo que fuere lo que significaba aquel vocablo, estaba colgado del aire entonces.

Sam no era cobarde. Dispuesto a cumplir con su deber, rondó toda la ciudad. Cuando hubo terminado, tomó la precaución de aparcar en otro sitio para redactar su parte. No tentaría a la suerte deteniéndose delante de la farmacia Simón, como siempre hacía. Alguien que conociera sus costumbres nocturnas, podría estar allí acechándole. Escrito el parte, tuvo la impresión de que algo se le iba a agarrar al cogote. Condujo el coche a gran velocidad —velocidad con la que rara vez lo guiaba— hasta el puesto de refrescos y al refugio de sus brillantes luces.

Después de tomarse una tarta de limón y una cerveza, regresó a su coche y a la ciudad que tenía el deber de defender. No se le quitó la impresión de que estaba siendo vigilado en silencio, de que en algún momento había pasado junto al peligro, hasta que el cielo empezó a iluminarse. A las ocho de la mañana entró con su coche en el espacio para aparcamiento del Departamento de Policía. Aquella noche se había

ganado el sueldo.

Bill Gillespie esperaba con impaciencia que el operador le diese comunicación. Generalmente, encargaba a otro ese trabajo rutinario de averiguación, pero tenía razones personales para hacerlo él. Virgil Tibbs era su disculpa para todo lo que pasase, pero él no quería recurrir a eso, sino ser quien detuviese al asesino. El empleado del hotel se puso al aparato.

—¿Está inscrito en el registro Eric Kaufmann?

—Sí, señor.

—Sabe quién soy. Dígame ahora lo que sepa de lo que hizo Kaufmann anteanoche. Hora a la que llegó, cuándo se inscribió, etcétera. Aguarde un momento.

Gillespie tomó un bloc de papel. Empezó por escribir «Kaufmann» en la parte superior de la hoja y se detuvo a tiempo. Podía ser visto por alguien. Había sido idea suya verificar la coartada de Kaufmann y no quería descubrir sus planes a nadie.

—Hable.

—El señor Kaufmann se inscribió hace cuatro días. Tomó una habitación barata con cuarto de baño. Llegó anteayer después de medianoche, creo que a eso de las dos. El que hace el turno de noche confiesa que no puede precisar la hora porque estaba echando un sueñecito al entrar el señor Kaufmann y no miró el reloj. Le parece que fue a eso de las dos cuando el señor Kaufmann subió con él. Se acuerda de que le dijo que había cenado antes de venir al hotel y que temía haber cometido una imprudencia porque había tomado de postre tarta de cerezas...

Gillespie le atajó:

—¿Quiere explicarme por qué tiene tan bien preparadas todas estas cosas que me dice? ¿Esperaba que le telefonease?

—No, señor. Es porque ayer hablé con el que hace el turno de noche a ruegos de uno de ustedes que me telefoneó... Me parece recordar que dijo llamarse Tibbs.

El jefe refunfuñó por el teléfono:

—¡Ah! Está bien. Gracias. No diga a nadie que he telefoneado.

—Descuide usted, señor. El señor Tibbs ya nos advirtió de esto. Lo sabemos, sin embargo. Le deseo que detenga al asesino. Estoy seguro de que lo hará...

—Muchas gracias —concluyó Gillespie, que colgó el auricular.

Se dijo, repantigándose en el sillón, que no tenía motivos para estar enojado. Había mandado a Virgil que investigase el crimen y Tibbs cumplía sus órdenes. Era lo mejor que podía hacer. Sólo que Kaufmann estaba en libertad. En esto Arnold asomó la cabeza por la puerta.

—Jefe, ha telefoneado ese que trabaja de noche en el puesto de refrescos. Se ha quedado a desayunar antes de volver a casa. Dice que, en el restaurante, hay un hombre que ha llegado hace poco a la ciudad, y que cree que sabe algo del crimen.

—¿Cómo es el coche?

—Un Pontiac rosa de este año. Matrícula de California.

—Vaya a buscarlo —ordenó Gillespie—. Ruéguele cortésmente que me conceda unos minutos. Y tráigame a Ralph tan pronto pueda.

Gillespie se arrellanó y meditó un rato. Ralph no era digno de confianza, pero podía tener algo. El entendimiento de Ralph era limitado, pero a veces tenía un destello de inteligencia, el instinto de un animal ante sus enemigos. Para Ralph todo lo que alterase el estado en que se hallaba sería un enemigo. Pedir su cooperación a un automovilista de paso no estaba fuera de la norma, aun si el camarero que servía en el mostrador imaginaba cosas. Lo apremiante del caso ponía nervioso a Gillespie. Lo había consultado consigo mismo y decidido dominar un poco mejor su temple, al menos mientras el caso no estuviese resuelto. Él era todavía nuevo en el oficio, y un error podía costarle toda su futura carrera. Sabía que era capaz de equivocarse si no se tomaba tiempo en vigilar sus acciones.

Virgil apareció en la puerta de su despacho. Bill no quería ver al detective negro en aquel momento (en realidad no quería verle en ningún momento), pero reconocía que le era necesario cuando éste se hallaba ante él.

—Buenos días, Virgil —dijo perezosamente—. ¿Se adelanta algo?

—Creo que sí —respondió Tibbs.

Gillespie, receloso, se enderezó.

—Cuénteme.

—Lo haré con gusto cuando pueda, jefe Gillespie. Lo que he averiguado hasta ahora no merece que usted fije su atención en ello. Cuando haya algo que valga la pena, se lo comunicaré.

Gillespie pensó que el negro estaba poniendo obstáculos y no lo quería confesar, pero dejó correr la cosa.

Arnold asomó la cabeza por la puerta.

—Está aquí el señor Gottschalk, jefe.

—¿Quién es Gottschalk?

—El señor del Pontiac rosa.

—Que pase.

Gottschalk apareció en el marco de la puerta antes de que pudiese salir Virgil Tibbs. Era un hombre de edad madura, de porte distinguido e inteligente, cuya cabellera hacía tiempo que no había visto las tijeras del barbero.

—¿He cometido alguna falta? —preguntó repentinamente.

Bill Gillespie le hizo señas de que se sentase.

—Creo que no, señor Gottschalk. Pero le agradeceré que me conceda un poco de tiempo. Anteanoche se cometió un crimen, y suponemos que usted puede arrojar alguna luz sobre él.

No bien Gillespie hubo dicho esto, Virgil Tibbs dio media vuelta junto a la puerta, entró de nuevo en el despacho y se sentó. Gillespie lo vio, pero nada dijo.

—Su apellido es Gottschalk...

Era un claro ruego de Gillespie para que el otro declarase más cosas. Gottschalk

sacó del bolsillo de pecho su cartera y de ésta una tarjeta que puso sobre la mesa del jefe de policía.

—¿Me quiere dar una a mí? —dijo Tibbs.

—No faltaba más —Gottschalk le dio la tarjeta—. ¿Es usted... de la policía?

—Virgil Tibbs, para servirle. Investigo el crimen de que ha hablado el jefe Gillespie.

—Me perdonarán, pero no comprendo...

Gottschalk tendió la mano. Los dos hombres se la estrecharon sin levantarse del asiento. Tibbs guardó silencio, esperando a que Gillespie continuase el interrogatorio. Arnold apareció otra vez en el marco de la puerta.

—Ya está aquí Ralph.

Gillespie titubeó y empezó a levantarse como si fuese a salir de la sala. En esto entró Ralph, que miró a Gottschalk, le señaló con el dedo y exclamó dramáticamente:

—¡Es él!

Gillespie volvió a sentarse. Gottschalk alargó el cuello para mirar a Ralph y quedó muy asombrado. Arnold seguía en el marco de la puerta, indeciso sobre lo que tenía que hacer.

—¿Qué pasa con este señor, Ralph? —preguntó Gillespie con desenvoltura.

El camarero respiró hondo.

—Había olvidado todo hasta que este señor se presentó otra vez; quiero decir que estuvo en el restaurante la noche del crimen, unos cuarenta y cinco minutos antes de entrar el señor Wood.

—Sigo sin comprender —dijo Gottschalk.

—Antes de que él llegase, yo estaba limpiando el mostrador —prosiguió Ralph—, por lo que hubiese tenido que ver todos los coches que pasaban por allí. Sólo pasó el suyo.

—¿Vio de qué dirección venía? —preguntó Gillespie.

—Sí; iba hacia el sur.

—Siga.

—Supe después que Sam... el señor Wood, halló el cadáver del italiano en medio de la carretera. No pasó por ella ningún otro coche después del de este señor hasta que el señor Wood halló el cadáver. —Ralph calló y tragó saliva—. Por eso me figuré que fue él.

Gottschalk se alzó del asiento con sorprendente rapidez para un hombre de su corpulencia. Luego volvió a sentarse juiciosamente.

Bill Gillespie tuvo una inspiración.

—Esto es cosa suya, Virgil.

Le empezaba a atraer la idea de tener a su disposición una cabeza de turco que no se llevase la fama, sino todas las críticas, en caso de que fallase el tiro. Y, aunque no le gustaba reconocerlo, sabía que Tibbs tenía algo en la cabeza. Él no estaba aún preparado para calcular cuánto, pero acechaba el infausto recelo de que Tibbs pudiera

ser superior a todos los que componían las fuerzas locales, de las que formaba parte él. Gillespie se comparaba a un estudiante para piloto que está seguro de saber volar, pero que, teniendo que afrontar una situación inesperada frente a la que nunca se ha hallado antes, desea vivamente que su instructor asuma la responsabilidad. Gillespie jamás había tenido instructor en quien confiar, lo que aún empeoraba más las cosas.

—Leo en su tarjeta, señor Gottschalk, que usted es ingeniero de campo de pruebas.

—Si —respondió Gottschalk con razonable tono de voz—. Estamos muy atados al trabajo en el Cabo. Regresaba allí al pasar por aquí.

—¿Para presenciar el lanzamiento de ayer?

—Sí, señor Tibbs.

—¿Qué Cabo? —quiso saber Gillespie.

—Cabo Kennedy.

—¡Ah, claro!

Gillespie hizo señas con la cabeza a Tibbs para que continuase. Después miró a Ralph. El camarero estaba de pie con la boca abierta, como si le admirase que el hombre al que había señalado con el dedo como sospechoso tuviera algo que ver con los espectaculares acontecimientos de los que había leído algo en los periódicos.

—Después de salir del restaurante, señor Gottschalk, ¿prosiguió usted su viaje hacia el sur atravesando la ciudad?

—Sí. No salí de la carretera. No paré hasta que necesité gasolina, a unas ciento cincuenta millas.

—¿Qué obligaciones le impone su empleo?

—Guardar secreto.

—Así es que ha hecho o hace trabajo nuclear.

—Sí. Nuestra compañía tiene muchos contratos en el campo.

—Para aclarar un extremo, permítame que le pregunte por qué, a aquella hora, viajaba en coche en lugar de en avión o en tren.

—Es una pregunta muy atinada, señor Tibbs. Porque esperaba que mi esposa pudiera reunirse conmigo para pasar una semana en Keys después del lanzamiento, si todo salía bien. Generalmente, después de un lanzamiento, tengo necesidad de volver a la fábrica, y por eso estoy aquí ahora.

—En otras palabras, lo hizo usted para disponer de un coche en el caso de que su señora pudiese reunirse con usted para pasar una semana de vacaciones.

—Sí.

—¿Y el motivo de viajar a aquella hora?

—El calor. Era muy fuerte. Mi coche no tiene acondicionador de aire. Elegí la noche para viajar con mayor comodidad.

—Sólo me resta preguntarle si, al pasar por Wells, observó usted o no algo extraño. Supongo que no vio un cadáver en la carretera, pues se hubiese detenido. Pero ¿vio usted algo que pudiera ser útil? ¿Peatones? ¿Señales de movimiento?

Gottschalk sacudió la cabeza.

—No intento engañarles para evitarme complicaciones, y no faltó a la verdad diciéndoles que no vi absolutamente nada. Me perdonarán que les diga que la ciudad me pareció completamente muerta.

Tibbs se levantó.

—Ha sido usted muy útil, señor, y le estamos muy agradecidos por su buena voluntad al venir a declarar.

Gottschalk se puso en pie.

—¿Me puedo ir ya?

—Sí, señor. Legalmente, era usted libre de irse a cualquier hora y no tenía necesidad de venir aquí. Supongo que le dijeron claramente que se trataba de un puro ruego.

—Pues, en verdad —repuso Gottschalk—, no tuve esta impresión. Creí que pudiera haber incurrido en una de esas supuestas faltas de correr a velocidad excesiva de que tanto se habla. Temí que hubiese de pagar una multa.

—El jefe Gillespie y los demás gobernantes de la ciudad no hacen esas cosas. Le digo oficialmente que no es usted sospechoso en ningún modo.

—¡Qué descanso! Quisiera que todos los policías fuesen como ustedes. Me alegra ver que la democracia ha llegado al Sur en algo más concreto que la mera política.

Despejado el despacho, Gillespie hizo señas a Tibbs de que se quedase. No invitó a sentarse de nuevo a Tibbs, por lo que éste permaneció de pie esperando que los otros se hubiesen alejado. Entonces Gillespie tomó un lápiz y se puso a darle vueltas entre sus dedos.

—Virgil, le he dejado intervenir en el interrogatorio, puesto que usted investiga el caso. Pero ¿cree haber obrado con inteligencia al decir a ese hombre que, oficialmente, no recae sobre él sospecha alguna? Trabaja en una compañía muy importante. Si lo cuenta, y puede hacerlo, ¿qué hará usted si averigua que sabe más de lo que ha declarado? Reflexione sobre ello, si no lo ha hecho ya. Ese hombre se dirigía al sur pasando por la ciudad, y ha confesado que pasó por el lugar en que Sam Wood halló el cadáver. Y después de esto no se vio pasar ningún coche más. No parece culpable, pero se halló en el escenario del crimen aproximadamente a la hora en que fue perpetrado. Recuerde lo que dijo el médico sobre la hora en que ocurrió la muerte de Mantoli. A aquella mismísima hora pasó por allí su amigo Gottschalk. Y usted le ha dicho que no es oficialmente sospechoso.

Tibbs, si se enfadó, se abstuvo de mostrarlo.

—Son muy acertados sus juicios, jefe Gillespie. Estoy en todo de acuerdo con usted, menos en una cosa.

—¿En cuál?

—En que no mataron a Mantoli en el mismo sitio en que fue encontrado su cadáver.

A las cuatro de aquella tarde, Sam Wood se presentó en la comisaría a ver si había novedades. Al entrar vio que Pete, que estaba de guardia, le lanzaba una mirada significativa. Metióse en el lavabo, y, un momento después, se reunió Pete con él.

—Su amigo Virgil le ha dado un revolcón a Gillespie esta mañana.

Sam miró si estaban desocupados todos los retretes.

—¿Por qué?

—Porque Gillespie descubrió otro sospechoso, y Virgil le demostró su error.

—¿Otro sospechoso?

—Sí. Un sujeto que pasó en coche aquella noche en el momento en que se estaba cometiendo el crimen. Ralph, el camarero del restaurante, lo vio, y Gillespie ordenó que trajeran al hombre aquí. Luego se lo entregó a Virgil, y éste le puso en libertad.

—¿Y Gillespie lo consintió?

—Sí. Virgil y Gillespie hablaron después...

—Me lo figuro.

—No me comprende usted. Charla entre amigos. Virgil dijo algo a Gillespie. Arnold, al pasar por delante de la puerta, vio que Gillespie estaba tan humilde como Moisés escuchando lo que le explicaba Virgil. Arnold no oyó lo que decían, pero tenía que ser interesante.

—Se lo preguntaremos a Virgil. Le preguntaremos si adelanta.

—Muestra interés por su trabajo.

—¿Está ahora aquí?

—No. Ha estado fuera todo el día. Tomó ese cacharro viejo que le han dejado y se fue. Nadie sabe dónde ha ido.

—Puede que se haya sentido solo y haya ido a buscar una negra bonita que le haga compañía.

Sam se avergonzó en seguida de haber pronunciado estas palabras. Hubiese querido no haberlas dicho.

—No sé —respondió Pete hablando despacio—. Es muy inteligente para ser negro.

Sam se alegró de poder enmendar lo dicho:

—Bromeaba. Virgil vale mucho. No me extrañaría que saliese triunfador en esta empresa.

—Si triunfa, Gillespie le quitará la gloria.

—No es de los que se embriagan con eso.

—El negro más inteligente que he conocido —concluyó Pete, que añadió este notable tributo—: Se merece ser blanco.

Sam asintió a este juicio con un movimiento de cabeza.

El reverendo Amos Whiteburn, pese al calor que hacía ese día y a la acreditada sencillez de su casa, vestía su negro traje eclesiástico. La sala de recibir contenía muebles muy viejos y deslucidos. La alfombra era barata y estaba muy gastada, lo mismo que las cortinas de las ventanas. Empero, la reducida pieza estaba tan limpia y presentable como lo permitía su mobiliario.

—Desde que estoy en este país —dijo el reverendo Whiteburn con imperativa voz de bajo—, es la primera vez que me consulta la policía. Lo tengo por un honor.

—Acaso —insinuó Virgil Tibbs— su dirección espiritual ha sido tal que nunca ha habido necesidad de ello.

—Es usted muy amable, señor Tibbs, aunque yo no esté de acuerdo con esto. ¿Hace mucho que reside en el Sur?

—No más tiempo de la edad que tengo —confesó Tibbs—. Mi madre vive aquí. Intento persuadirla para que se mude a California, donde puedo darle mejor casa, pero ya tiene años y otro hijo en la costa oriental.

—Lo comprendo —convino el clérigo, y su recia voz conmovió la reducida estancia—. Para muchas personas que han vivido aquí toda su vida ha de ser muy fuerte el golpe de acostumbrarse a un clima de signo diferente.

Tibbs prosiguió:

—Le supongo enterado de que, hace dos noches, fue asesinado un hombre. Investigo el crimen con aprobación oficial. Ahora necesito averiguar dos cosas: el lugar en que fue cometido el crimen y, si puedo, el arma empleada.

El reverendo Whiteburn se inclinó hacia adelante, por lo que su silla se torció bajo su volumen.

—Tenía entendido que el pobre hombre halló la muerte en medio de la carretera.

—No —respondió Tibbs.

El clérigo se restregó la barbilla.

—¿Tiene usted libertad para proseguir?

—Esta es una conversación oficial —le dijo Tibbs—, y no ha de ser repetida a nadie.

—No lo será —le aseguró gravemente Whiteburn.

—El maestro Mantoli fue muerto en los suburbios o en esta zona general.

El clérigo se movió otra vez en su incómodo asiento.

—¿Cómo ha determinado usted eso?

—Examinando el cadáver y tras una razonable deducción.

Whiteburn titubeó y habló luego midiendo sus palabras:

—¿Hay algún sospechoso, directa o indirectamente, entre nuestra gente, señor Tibbs?

—Que yo sepa —respondió Tibbs midiendo igualmente sus palabras—, nadie ha insinuado que el asesino sea necesariamente un negro.

—Esto es en si un pequeño milagro —repuso el clérigo—. Pero le he interrumpido. Siga, haga el favor.

Tibbs miró a aquel hombre corpulento, que parecía un boxeador de peso fuerte retirado, y se dispuso a empezar el asalto.

—Mantoli fue muerto con una estaca de madera, de pino, creo; pero no lo sabré de fijo hasta recibir el dictamen del laboratorio de Productos Forestales. Hallé una astilla en el cadáver, y la mandé allí. Tengo que encontrar ese trozo de madera. Intentar hacerlo solo, sería casi imposible. Recorro a usted porque me han dicho que despliega mucha actividad en los programas sociales de los negros jóvenes.

Las arrugas de la meditación surcaron la frente del reverendo Whiteburn. Juntó las yemas de los dedos y luego las separó muy suavemente.

—Si fue usado como porra, no pudo ser muy grande. Habría de ser algo corto.

—Sí; como de unos sesenta centímetros de largo.

—¡Hum! Tal vez fuese un trozo de leña.

Whiteburn volvió a callar. Y Tibbs esperó con paciencia hasta que el hombrón dijo:

—Le diré lo que se puede hacer, señor Tibbs. Diré a los chicos y muchachas de diez a quince años, socios de nuestro club, que necesito hacer provisión de leña para la iglesia. Los mandaré a buscar trozos convenientes, pero insistiré en que no tomen nada del montón de leña de nadie, aunque se lo ofrezcan. Haré que sea como un juego. Cuando me los traigan, y me traerán muchos, procuraré encontrar lo que usted busca, si hay señales que lo muestren.

—Sangre seca, de color pardusco, en un extremo. No les parecerá sangre a los chicos. Es una probabilidad muy remota en el mejor de los casos.

El reverendo Whiteburn dio por concluido el asunto.

—Nos pondremos a hacerlo en seguida. No puedo prometerle resultados, por supuesto, pero cogeremos gran cantidad de leña suelta. Y los niños no necesitan saber el verdadero fin que se persigue con esto.

—Podríamos emplearle en California —dijo el admirado Tibbs.

El visitado se limitó a responder:

—Soy necesario aquí.

Bill Gillespie descolgó el receptor de su teléfono al sonar el timbre.

—¡Diga!

—Bill, si dispone de un momento, pásese por mi despacho. Están reunidos conmigo algunos concejales, y quisiera que usted asistiese a la reunión.

Gillespie conoció al alcalde por la voz.

—Ahora mismo voy, Frank.

Colgó el aparato. Al pasar por el vestíbulo lanzó al agente de guardia una mirada penetrante y observó con satisfacción una llamita de miedo en los ojos del hombre

cuando éste le miró a él. Salió y anduvo bajo el brillante sol, sintiéndose muy bien y pensando que, fuera lo que fuese lo que Frank Schubert tuviera en la mente, él podría resolverlo sin dificultad.

Pero no fue tan fácil. Schubert le recibió en su despacho y movió el brazo hacia los otros tres hombres que estaban esperando.

—Ya conoce usted a los señores Dennis, Shubie y Watkins.

—En efecto. Buenas tardes, señores.

Gillespie se sentó con aire de dirigente bien conceptuado que ha sido llamado a testimoniar. Y quería estar callado y mostrarse cortés por grave que fuese la cuestión de que se tratase, pues los cuatro hombres que estaban ante él tenían bastantes votos en el consejo para deponerle de su cargo.

—Bill, estos muchachos me han pedido que le invite a usted a discutir sobre el asesinato de Mantoli. Naturalmente, estamos muy preocupados por ello.

Watkins interrumpió:

—Dejándonos de rodeos, señor Gillespie, queremos saber qué se hace y qué se logra.

—¿No es eso preguntar lo mismo? —respondió Gillespie.

—Quiero decir que necesitaremos saber qué se hace para aclarar el misterio en que está envuelto el crimen y qué fundamento tienen esos rumores que circulan acerca de que usted tiene un policía negro en la comisaria.

Gillespie enderezó sus hombros.

—Contestaré a sus preguntas por orden inverso, señor Watkins. Uno de nuestros hombres obró con precipitación y detuvo a un negro en la estación. Llevaba encima una importante suma en metálico.

—Cumplió con su deber —dijo Watkins.

—Al tomarle declaración, afirmó que era policía en California. Lo he comprobado y, por supuesto, lo es.

—Esto no es California —terció Shubie.

—Lo sé —repuso con aspereza Gillespie, que se refrenó prontamente—. Lo siento, pero, cuando pienso en él, me enfurezco. —Miró a Shubie y vio que su explicación había sido satisfactoria—. De todos modos, George Endicott intervino en esto. No quiero ser irrespetuoso con un concejal, pero creo que no sabe lo que es dirigir un departamento de policía. El señor Endicott habló con el jefe de policía a cuyas órdenes actúa Virgil y se enteró de que es especialista en homicidios. Por eso pidió que nos lo dejaran para que nos ayudase.

—¿Ese Virgil es el negro? —preguntó Watkins.

—El mismo —contestó Gillespie—. El señor Schubert, y conste que esto no es pasarle la carga, me dijo que lo emplease, y él es quien manda. Hice lo que me ordenó.

—Pues... ¡no me gusta esto! —exclamó Watkins, y medio se puso en pie—. No quiero que un negro ande por la ciudad interrogando a los blancos como si creyese

que él es alguien. Pretendió hablar con mi empleado en el restaurante, pero Ralph no le dejó entrar. Y estuvo en el banco obrando como si fuera un blanco. Algunos de los muchachos están dispuestos a enseñarle el lugar que le corresponde, y lo harán si usted no lo echa de aquí.

Gillespie miró a Frank Schubert y esperó a que el alcalde recogiese la pelota. Schubert, al ver que era el centro de la atención, tomó de su mesa un fajo de periódicos.

—Mantoli no era una celebridad, pero, al ser asesinado, se hizo noticia. Se ha hecho más noticia desde que un policía negro investiga el caso. Si no ha leído usted la prensa, más vale que le eche un vistazo. Estamos acaparando la atención de la prensa. Menos mal que, hasta ahora, ha sido para bien y publicidad gratuita para el festival musical.

Dennis habló por primera vez:

—¡Valiente cochinado!

Schubert le miró como armándose de paciencia, pero comprendió que su tarea iba a ser difícil.

—Luke, sé que usted ha estado en contra del festival musical, y está en su derecho. Pero, le agrade o no, estamos metidos en él ahora, y tendremos que celebrarlo. De resultar un fracaso, tendrá usted razón, y nadie lo negará. Y si fuese un éxito, daría dinero a la ciudad y todos saldríamos ganando.

—Pudiera ser —rectificó Dennis.

Schubert volvió a los periódicos.

—Señores, un momento antes de llegar ustedes, me han telefoneado del *Newsweek*. Quisieran publicar un reportaje sobre la actuación de Tibbs. Si lo publicasen, supondría publicidad nacional para todos nosotros.

—¿Y qué opinaría nuestra gente? —preguntó Watkins.

—Eso importa poco, Will. Estamos comprometidos con ese negro hasta que podamos desembarazarnos de él o hasta que Bill resuelva el caso. —Schubert volvió hacia Gillespie—. Sobre esto quería preguntarle. No exijo prisas, pero ¿cuándo espera usted poder sacarnos de este apuro?

Gillespie puso enojo en su voz al contestar:

—Hay un procedimiento que da buenos resultados. Lo seguimos. Además, yo investigo personalmente. No puedo decirles aún, señores, cuándo tendremos encerrado al asesino, pero sí puedo decirles, en confianza, que algo vamos descubriendo. Por otra parte, tengo bien sujeto a Virgil, y, si se excediese en sus atribuciones, le impondría un severo castigo. Sé que estuvo en el banco, pero se portó muy respetuosamente. Y hasta ahora nada ha hecho que me dé lugar a reprenderle.

—Sigue sin gustarme —insistió Watkins—. Ninguna revista de Nueva York, dirigida por un puñado de simpatizantes de los negros, nos tiene que decir lo que hay que hacer en nuestra ciudad. Gobernamos esta ciudad porque vivimos en ella.

Frank Schubert dio un manotazo en el tablero de la mesa.

—Todos opinamos igual, no cabe duda. Pero hay que ser prácticos. Gillespie tiene a ese negro donde quiere que esté. En cuanto al *Newsweek*, no sé quién lo dirige, ni me importa saberlo. Me gusta el periódico y estoy suscrito. Seamos razonables. Tenemos que luchar contra la tempestad si queremos pasar el charco.

—No me importa lo que hagamos —replicó Watkins—. Lo que quiero es verme libre de ese negro antes de que los muchachos se impacienten y le causen algún daño, pues entonces tendremos una publicidad que no deseamos. Incluso podría venir aquí el FBI...

Schubert dio otro puñetazo en la mesa.

—¡Claro, claro! Pero la cuestión es que todos queremos que sea resuelto el caso y desembarazarnos del inteligente negro. Bill dice que domina la situación, y, si lo dice, es que es cierto. —Y dirigiéndose a Gillespie—: Ya sabe, Bill, que estamos con usted. Realice su labor, pero no tarde mucho en hacerlo. Cuando la haya concluido, todo quedará resuelto, y tal vez entonces volvamos a la normalidad.

Dennis le contradijo.

—No; no podremos volver a ella. Primero tenemos que dar ese maldito festival musical y tener a nuestras mujeres encerradas todas las noches mientras haya turistas en la ciudad. Estamos en un lío; si lo desenredásemos, podría ser que volviéramos a la normalidad.

Schubert se balanceó, a punto de estallar, pero pudo dominarse.

—Esto no nos lleva a ninguna parte. Creo que nos entendemos todos —añadió con firmeza—. Bill tiene trabajo. Y yo también. Gracias por haber venido. Les tendremos al corriente.

Levantóse la sesión en silencio.

Gillespie, mientras regresaba a su despacho, iba cerrando y abriendo los puños. Debía haber un procedimiento para la investigación de crímenes. Lo descubriría y lo pondría en práctica. Tenía personal a sus órdenes y lo haría trabajar.

Sam Wood, al presentarse aquella noche a las once y cuarto, se quedó sorprendido cuando vio a Virgil sentado en el vestíbulo. Más se sorprendió aún al saber que Virgil le estaba esperando.

Después que Sam hubo firmado en la lista de asistencia, se le acercó Tibbs y le dijo:

—Si no le importa, quisiera ir en el coche con usted esta noche.

A Sam le extrañó el ruego. Podía pensar varias razones por las que el detective negro quisiese o no acompañarle.

—¿Toda la noche?

—Toda la noche.

—No sé lo que dirá Gillespie —titubeó Sam.

—Me dijo que hiciese lo que me pareciera.

—Venga usted, pues.

A Sam no le gustaba la idea de pasar ocho horas en compañía de Tibbs, pero pensó que, después de tres años de rondar solo por su demarcación, no le molestaría llevar un pasajero por una noche. En verdad la noche se prestaba a ello. Recordó su inquietud de la noche anterior. Y si se negase a llevar a Tibbs, Gillespie podría reprenderle. El agente de guardia era testigo de que Tibbs se lo había pedido y dicho que Gillespie lo había autorizado. Sam resolvió resignarse y se dirigió a su coche patrulla.

Cuando Sam se hubo sentado detrás del volante, Tibbs abrió la puerta delantera junto a su colega. Sam asió con manos firmes el volante y se preguntó si convenía decir algo al respecto. Sin embargo, habían hecho lo mismo cuando fueron a casa de los Endicott. Podía, pues, sufrirlo otra vez. Puso el motor en marcha y salió, maniobrando marcha atrás, del aparcamiento de la policía.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó tan pronto como el coche estuvo bastante lejos de la comisaría.

—Si no es mucha molestia —respondió Tibbs—, exactamente lo mismo que hizo la noche en que fue asesinado Mantoli. ¿Cree que puede?

—Puedo. Y lo haré en el mismo tiempo, con una diferencia no mayor de cinco minutos.

—Eso ayudará mucho. ¿Quiere que calle mientras usted guía?

—Hable cuanto guste —replicó Sam—. No me molestará.

No obstante, corrieron en silencio un rato. Sam ponía un continuo y creciente orgullo profesional en guiar diestramente su coche por todos los caminos que recorrían. Consultó su reloj.

—¿Observa algo?

—Que hace mucho calor a medianoche —respondió Tibbs.

—Creía que lo sabía.

—¡*Touché!* —exclamó Tibbs.

—¿Qué quiere decir esta palabra? —preguntó Sam.

—Es un término de esgrima. Se emplea cuando uno de los combatientes ha recibido un golpe del adversario. Literalmente, significa «tocado».

—¿En qué idioma?

—Francés.

—Tiene usted mucha cultura, Virgil, se lo concedo.

Sam dobló en silencio una esquina y miró su reloj.

—Yo no sé conducir tan bien como usted —repuso Tibbs—. Nunca he visto a nadie que lo haga mejor.

Sam sintióse halagado a pesar suyo. Sabía que, si no podía hacer otras cosas, sabía conducir bien un coche. Le alegraba que lo reconociesen. Era verdad que había recibido muy poca instrucción, pero también lo era que comenzaba a gustarle Tibbs como persona.

—Puede que usted lo sepa, Virgil. No hace mucho leí una novela en que un hombre estaba muy asustado. Andaba de noche temiendo que alguien se arrojase sobre él y creía oler miedo en el aire, si esto tiene sentido. El autor empleaba una palabra, de la que no me acuerdo, pero que empezaba con M. Algo así como... el «miau» que hace el gato. La busqué en el diccionario.

—¡Hum! Déjeme pensar. Pudiera ser «miasma».

—¡Eso es! —exclamó Sam—. Me ha tenido preocupado. Es una palabra extraña. ¿Cómo la sabe usted?

—La he leído también en un libro. Más de una vez, por lo que ha quedado grabada en mi memoria. Pura coincidencia.

—¡Ojalá hubiese podido ir más tiempo a la escuela! —dijo Sam, asombrado de su estallido de confianza—. Fui algún tiempo a la escuela superior y luego me puse a trabajar en un garaje, y allí estuve hasta que conseguí este empleo.

—¿Fue a la escuela del FBI? —preguntó Tibbs.

—No tuve esa suerte. Esto me recuerda que he de preguntarle algo.

Tibbs esperó un momento.

—Pregúntemelo.

—Acaso sea cosa que no debiera importarme, pero me han contado que usted ha dicho a Gillespie algo que parece haberle agitado. Me gustaría saber qué es.

Virgil Tibbs miró por la ventanilla y examinó el pavimento por el que rodaban.

—Le he dicho que Mantoli no fue asesinado en el lugar en que usted halló su cadáver, que el cuerpo fue llevado y abandonado allí. Por eso no recaen sospechas sobre Gottschalk, el ingeniero de cohetes. El cadáver no estaba allí cuando el ingeniero pasó. Lo trasladaron desde el escenario del crimen a la carretera, y usted lo halló minutos después.

—¿Cómo sabe usted todo esto?

—Usted también lo sabría, Sam, si hubiese tenido ocasión de examinar el cadáver.

Sam dio un respingo ante el uso de su nombre de pila. Cuando empezaba a gustarle el negro, éste hizo algo para insinuar la igualdad, y esto Sam no podía permitirlo. Decidió dejarlo correr, de momento. En cambio, hizo una pregunta. Bastó una palabra:

—¿Cómo?

—Por las palmas de las manos.

—Empiece por el principio.

Sam intentó que pareciese una orden, pero, formadas las palabras, salieron en tono más suave.

—Bien, Sam. Volvamos al momento en que Mantoli fue golpeado en la cabeza. Sabemos ahora que el golpe fue mortal, pero no está claro si el hombre murió instantáneamente o si estuvo consciente unos segundos después de haber sido golpeado.

Sam hizo subir el coche por una pendiente suave y volvió a consultar su reloj. Cumplía exactamente el horario. Y escuchaba con profunda atención.

—Si el hombre hubiese muerto instantáneamente o le hubiesen dejado inconsciente los golpes, ¿qué habría pasado?

—Que se habría caído.

—Sí, pero ¿cómo se habría caído? Recuerde que estaba inconsciente ó muerto.

Sam reflexionó un momento.

—Creo que como un saco de patatas.

Miró a Tibbs, que estaba medio vuelto hacia él, con el brazo reposando sobre el borde de la ventanilla.

—Esa es la verdad a todas luces. Separaría las rodillas, doblaría la espalda, echaría la cabeza hacia adelante y daría con su cuerpo en tierra, quedando más o menos como un montón informe.

El entendimiento de Sam saltaba hacia adelante conforme la luz empezaba a alumbrar.

—Pero el cadáver de Mantoli estaba extendido, con las manos sobre la cabeza.

—Cierto —asintió Tibbs—. Vi las fotografías del cadáver tal como usted lo halló.

—Espere —interrumpió Sam—. Supongamos que estuvo consciente durante unos segundos después de ser golpeado...

—Siga —invitó Tibbs.

—Echaría los brazos hacia adelante para librarse.

—Ya empieza usted a parecer un especialista en homicidios —le animó Virgil.

—Y yo lo hallé en esa postura.

—Sí.

—Por lo que pudo estar consciente después de recibir los golpes.

Sam estaba tan interesado en la conversación que dejó de doblar una esquina. Volviendo la cabeza para mirar atrás, dio una vuelta en U a un cuarto de la manzana de casas y pisó el acelerador para recuperar el tiempo perdido.

—Me inclino a creer que no —respondió Tibbs.

—Puede que yo no haya comprendido bien alguna de las circunstancias.

—Suponga que Mantoli hubiese sido agredido donde usted lo halló. Para estar su cadáver extendido de ese modo hubiese tenido que intentar impedir con las manos su caída.

—¡Ahora lo comprendo! —exclamó Sam—. Si hubiese hecho eso, el pavimento le habría arañado las manos, y probablemente arrancado algo de piel.

—¿Y qué deduce usted de esto?

—Que si no hubo desolladuras en las manos ni señales análogas, no fue allí donde cayó.

—O, si cayó —concluyó Tibbs—, alguien se ocupó de extender el cadáver después.

—Sí, aunque no es de creer —añadió Sam—. Porque estaba en medio de la

carretera, y podía haber pasado un coche en cualquier momento. Yo mismo.

—Tiene usted talla de verdadero profesional, Sam.

Esta vez Sam no se dio cuenta de que Tibbs había usado su nombre de pila. Su pensamiento saltaba al frente de él: Sam Wood, detective profesional, especialista en homicidios. Luego recordó que el negro que estaba sentado a su lado era precisamente eso.

—¿Cómo aprendió su profesión, Virgil?

—Recibiendo una de las mejores instrucciones del mundo y tras diez años de práctica. Todos los que ingresan en las fuerzas de Pasadena empiezan por ir a la escuela. Es asombroso lo que enseñan en relativamente poco tiempo.

Sam reflexionó profundamente un momento antes de hacer su siguiente pregunta:

—Virgil, le voy a preguntar algo que no le va a gustar. Pero necesito saberlo. ¿Por qué le admitieron a usted? No pretendo ofenderle, sino preguntarle cómo un hombre de color ha logrado todos esos beneficios. Y ahora, aunque se haya enfadado, contésteme.

Tibbs replicó con una pregunta propia:

—Usted ha vivido siempre en el Sur, ¿verdad?

—Nunca he ido más allá de Atlanta —confesó Sam.

—Entonces, puede que le cueste creerlo, pero hay lugares en este país donde un hombre de color, por usar las palabras de usted, es simplemente un ser humano como todos los demás. No todos piensan y sienten así, pero hay bastantes que lo hacen en mi tierra. A veces pasan semanas sin que nadie me recuerde que soy negro. Aquí, ni quince minutos. Si usted fuese a alguna parte en que la gente le despreciase por su acento sureño, y todo lo que usted hiciera fuese hablar con naturalidad y del mejor modo que pudiera y supiese, se formaría una ligera idea de lo que es ser constantemente execrado por algo de lo que uno no tiene culpa y que no debiera constituir diferencia alguna.

Sam movió la cabeza.

—Algunos de aquí lo matarían si le oyesen decir eso.

—Me da la razón —respondió Tibbs.

Sam estuvo meditando sobre eso un rato. Luego resolvió que ya había sostenido bastante conversación y permaneció callado hasta que el coche llegó al borde de la acera, delante de la farmacia Simón. Consultó su reloj. Había hecho el recorrido en un minuto menos de lo acostumbrado. Tomó el bloc de papel y se puso a redactar despacio su parte. Después volvió a mirar el reloj, que le dijo que había logrado gastar la mitad del minuto ahorrado. Con clara conciencia, anotó la hora y luego, encendiendo la lámpara del techo, entregó en silencio el bloc a Tibbs.

El detective negro lo leyó atentamente y se lo devolvió a Sam. Este supo, sin preguntarlo, que Tibbs había observado que las horas de la noche eran idénticas a las de la noche fatal. Y estaba en lo cierto.

—¡Asombroso, Sam! —le dijo Tibbs—. Pocos hombres he conocido que

hubiesen podido hacer esto y tan bien como usted. —Hizo una pausa—. La parte siguiente es la más difícil, usted lo sabe, por supuesto.

—Claro que lo sé, señor Tibbs.

Sam puso una gota de veneno en su voz.

—Por esto está justificada la confianza que tengo en usted —repuso Tibbs.

Esta respuesta desconcertó a Sam. No estaba seguro de la intención que encerraba. Pero no había modo de saberlo.

—Vámonos —dijo, y puso el coche en marcha.

Irritado aún, cruzó la vía férrea y entró en el barrio negro de la ciudad. Al llegar se inclinó sobre el volante y miró si había perros durmiendo en la calle. No había ninguno. Desanduvo con cuidado su camino, dejando atrás las casitas de madera sin pintar, cruzó el apartadero y subió por la calle que llevaba más allá de la casa de los Purdy.

Sam, en el último momento, se acordó de Dolores. ¿Y si la joven estuviese levantada? Había sucedido antes dos veces. Eso ofrecería a un negro una visión de una chica blanca y bonita sin ropa encima. Dos esquinas antes de llegar a la casa de Purdy, viró a la derecha y bajó dos manzanas de casas. Un oscuro sentimiento de culpa luchó por ser reconocido, pero fue vencido. Sam creía que la ligera desviación no iba a ser descubierta.

Al final de las dos manzanas, Sam torció de nuevo a la izquierda y siguió calle arriba tal como había conducido toda la noche. Cuando el coche traqueteó de pronto al rodar por un pedazo de camino sin pavimentar, se asustó porque recordó que en la esquina próxima había una travesía que le conducía de nuevo a su camino. Y era la manzana que estaba más allá de la casa de los Purdy. Al llegar a la esquina, la dobló despacio, volvió a la calzada y siguió avanzando hasta llegar a la carretera. Se detuvo, como de costumbre, y luego viró a la derecha hacia el restaurante.

Al aminorar la velocidad, se preguntó qué haría con Virgil mientras él estuviese en el restaurante. No se le había ocurrido una respuesta clara en el momento de entrar en el espacio para aparcamiento. Consultó su reloj.

—¿Conforme al horario aún? —preguntó Tibbs.

Sam respondió que sí con la cabeza y añadió:

—Paro aquí un cuarto de hora para comer algo.

Antes de que pudiese decir más, Tibbs le sacó de su turbación:

—Entre y no se dé prisa. Le esperaré aquí.

Dentro del restaurante, en el que no admitían negros, la conciencia de Sam mordió en su estado de ánimo. Había sido despertada por el ligero desvío, que no tenía importancia en sí y había sido hecho con buen motivo, pero enojaba a Sam tener a un hombre esperando, aunque fuese negro, mientras él restauraba sus fuerzas con relativa comodidad. Dijo a Ralph:

—Hazme un bocadillo de jamón y envuelve un pedazo de pastel. Añade un vaso de leche y pajas.

—¿Es para ese policía negro? —preguntó Ralph—. Si es para él, se ha acabado todo.

Sam se irguió en toda su estatura.

—¡Haz lo que te he dicho! ¡A ti no te importa para quién es!

Ralph se echó a temblar, pero no cedió.

—El amo se enfadará —replicó.

—Date prisa —ordenó Sam.

Ralph obedeció de mala gana. Al dejar Sam un dólar en el mostrador, el mozo lo cogió y devolvió el cambio como si tocara algo sucio. Y cuando el policía hubo cerrado la puerta tras sí, el delgado joven torció la boca con una sonrisa de desprecio. «¡Profesa afecto a los negros!». Pasara lo que pasara, se lo contaría a su patrono. Este era concejal, y a él Sam no le atropellaría.

El desagrado de Ralph no enojó a Sam, sino que más bien contribuyó a tranquilizar su conciencia. Al dar la comida a Virgil Tibbs, sintióse orgulloso de sí. Puso en marcha el coche, corrió carretera abajo, miró su reloj y recibió el premio que había ganado... Cumplía el horario al minuto. Condujo el coche al lugar en que había hallado el cadáver, encendió las luces rojas de aviso y paró.

—¿Cuánto se aproxima al tiempo? —preguntó Tibbs.

—Al minuto —respondió Sam.

—Muchas gracias —dijo Tibbs—. Me ha ayudado mucho, más de lo que usted se figura. Y le agradezco la comida que me ha traído.

Hizo una pausa para morder en el bocadillo y beber un sorbo de leche.

—Y ahora voy a preguntarle una cosa. ¿Por qué cambió deliberadamente de camino cuando cruzamos la vía férrea hace poco?

Cuando a Bill Gillespie le comunicaron que había sido elegido para jefe de policía de la pequeña ciudad de Wells, lo celebró comprando varios libros sobre administración policiaca e investigación del crimen. Durante las primeras semanas de residir en Wells le hicieron experimentar cierta sensación de importancia, pese al hecho de no hallar tiempo para leerlos. Tras la reunión en el despacho del alcalde Schubert, decidió devorarlos sin demora. En el silencio de las primeras horas de la noche, luego de comer bien y haberse puesto las zapatillas, se sentaba bajo buena luz y hacía un gran esfuerzo por estudiar.

Empezó por *Investigación de homicidios*, de Snyder. Antes de adelantar mucho en la lectura, dióse cuenta del número de cosas que no conocía, del número de cosas que hubiese debido hacer y no había realizado. Allí estaba, por ejemplo, la cuestión del cadáver. En lugar del atento examen que hubiese debido efectuar, u ordenar que lo hicieran por él, se había limitado a echarle una mirada y marcharse en seguida. Además, lo había hecho ante testigos.

Afortunadamente, los testigos no conocían, seguramente, su incompetencia.

Recordó que Virgil Tibbs había estado allí. Y no sólo eso, sino que al ser invitado a ello Tibbs había hecho lo que fue, al parecer, un examen muy a fondo del cadáver, aun cuando, en aquel momento, su interés fuese puramente académico.

Gillespie dejó el libro y cruzó las manos detrás de su cabeza. En una rara posición de ánimo propensa a la imparcialidad, reconoció que ello era un tanto que se había apuntado a su favor el detective negro. Luego se le ocurrió la feliz idea de que aún podía pedir a Tibbs un informe sobre sus descubrimientos, y de este modo llenar el vacío que había en sus propias investigaciones. Lo único que se oponía a eso era que con ello reconocía en Tibbs alguna aptitud evidente para ejercer su profesión. Gillespie sopesó el asunto y resolvió que el precio, por no ser demasiado elevado, podía pagarse. Él quedaría mejor si solicitaba el informe. Lo haría por la mañana.

Cuando al fin se acostó, le pareció que la noche había sido muy provechosa y durmió bien.

Por la mañana quedaba un vestigio de su sensación de bienestar. Mientras se afeitaba y desayunaba, esbozó los proyectos que se proponía llevar a cabo. Al llegar a su despacho, Eric Kaufmann le estaba esperando para hablar con él. Gillespie le recibió y le señaló con la mano una silla.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó.

—Vengo a solicitar una licencia de uso de armas —respondió Kaufmann, yendo directamente al grano.

—¿Para llevar pistola? ¿Por qué? ¿Suele llevar grandes cantidades de dinero?

—¡Qué más quisiera yo! —repuso Kaufmann—. El maestro Mantoli lo hacía con frecuencia... pero yo no estoy acostumbrado a eso.

—Entonces ¿para qué quiere la pistola?

Kaufmann se inclinó hacia adelante.

—No quisiera tener que censurar a su departamento, jefe Gillespie, y le ruego que no tome la cosa como una crítica para usted, pero hay un criminal suelto en esta ciudad. Mató al maestro. Su hija o yo podríamos ser la siguiente víctima. Mientras no sepamos, al menos, por qué fue cometido el crimen, me sentiré más tranquilo si me puedo defender.

—¿Va usted a quedarse algún tiempo aquí?

—Sí. El señor Endicott y el comité me han rogado que siga desempeñando las funciones de administrador de los asuntos del festival, al menos hasta que pueda ser nombrada otra persona. Duena... la señorita Mantoli, va a quedarse aquí después de los conciertos, hospedada en casa de los Endicott. No tiene otro sitio adonde ir.

—Tenía entendido que iba a regresar a Italia con el cadáver de su padre.

—Acompañará el cadáver a Italia, pero regresará casi inmediatamente. Después de todo, ha nacido en este país. Mantoli era ciudadano americano, aunque todos sus parientes siguen viviendo en la madre patria.

Gillespie dióse por satisfecho.

—Señor Kaufmann, ¿ha sido condenado alguna vez por delito o falta?

Kaufmann reaccionó.

—¡No, señor! Ni siquiera he tenido que pagar una multa por exceso de velocidad.

Gillespie habló por el interfono:

—Arnold, haga el favor de llenar una solicitud de licencia de uso de armas a nombre del señor Kaufmann, y tómele las huellas dactilares.

—Muchísimas gracias —dijo Kaufmann—. ¿Puedo ir a comprarme una pistola ahora?

—Legalmente, no —contestó Gillespie—. Primero hay que tramitar la solicitud.

—¿Se tarda muchos días?

—Pocos. Sin embargo, si cree correr riesgos, aunque estoy seguro de que podemos protegerle, vaya a comprarse la pistola y tráigala aquí para que sea registrada. Luego le daré permiso para llevarla en la ciudad hasta que llegue la licencia. Pero si va a Atlanta o a otro sitio, no la lleve.

Kaufmann se puso en pie.

—Repito las gracias por sus atenciones.

—No se merecen.

Gillespie se levantó, estrechó la mano de Kaufmann y luego volvió a sentarse cuando éste se hubo ido.

Un momento después, Pete, que estaba de guardia, entró con el parte del día.

—¿Hay novedades? —preguntó Gillespie.

Pete sacudió la cabeza.

—Casi nada. Sobre el caso Mantoli, nada que pueda ayudar. —Pete titubeó un momento—. ¿Sabe que Sam Wood tuvo compañía parte de la noche de ayer?

Gillespie hizo uso de sus cejas para signos de interrogación.

—Le acompañó Virgil —explicó Pete—. Entró aquí minutos después de medianoche y pidió que le llevaran. Usted había dado órdenes de que se diese cooperación a Virgil, y por eso Sam lo llevó.

—Apuesto que a Sam no le gustó —comentó Gillespie.

—Me figuro que no —repuso Pete—. Me han dicho que Sam regresó a eso de las cuatro y se lo quitó de encima. Sam estaba furioso.

—¿Dónde está Virgil ahora?

—No lo sé. Se ha llevado un mapa de la ciudad y se ha ido en el coche que usted le proporcionó.

—Cuando vuelva dígame que quiero hablarle —ordenó Gillespie.

—Muy bien, señor. A propósito, hay una carta en el montón que está sobre su mesa que no hemos abierto porque en el sobre han puesto «en propia mano».

—Gracias.

Gillespie despidió al agente con un movimiento de cabeza. Buscó la carta en la pila que tenía delante de sí. Al encontrarla y ver que en el sobre no constaba el nombre del remitente, supo lo que podía esperar. Rompió el sobre con mal humor y leyó tan rápidamente como pudo lo que la hoja de papel contenía:

«Gillespie: Puede ser que usted se haya preguntado por qué le dieron el cargo que ocupa cuando muchos hombres más aptos para desempeñarlo no fueron aceptados. Porque usted viene del Sur, y nos figurábamos que usted poseía talla para tener a los negros en el lugar que les corresponde. No queremos la integración. Queremos tener a los malditos negros fuera de nuestras escuelas, fuera de todos los sitios en que quieren que estén los que simpatizan con ellos. No les queremos tampoco en nuestro Departamento de Policía. Así es que desembarácese de esa eminencia que hace trabajar para usted y échelo a patadas de la ciudad. Si no lo hace usted, lo haremos nosotros en su lugar, y lo decimos en serio. De lo contrario, le echaremos a usted también.

»Ha sido advertido».

La ira, que Gillespie sabía era su más arduo problema, crecía dentro de él hasta hacerle difícil dominarse. Sabía que tenía que estudiar la carta para descubrir la pista del remitente, pero que no la hallaría. Hizo del papel una pelota en su manaza y la tiró furiosamente a la papelera. Le pondrían en su lugar, ¡vaya si le pondrían! Deseaba ardientemente que se atreviesen. Apretó los puños y los tuvo en alto, donde él pudiese verlos. Los blancos pobres sureños no iban a enseñar a un tejano lo que tenía que hacer. Y tanto si les gustaba como no, él era el jefe de policía, y no le iban a quitar el cargo. No se había calmado cuando llamaron por el interfono.

—¡Diga!

—Telefonea Virgil para preguntar en qué garaje reparan nuestros coches oficiales.

Le he dicho que usted quiere hablar con él. Va a llegar.

La primera reacción del jefe fue enfurecerse con el detective negro que le había puesto en aquella situación. Luego su estado de ánimo giró como una veleta en una nueva dirección. Habíanle ordenado deshacerse de Tibbs. Precisamente a causa de esto, resolvió mantenerle en su puesto por tanto tiempo como él quisiera. Estaba forjando contramedidas en su mente cuando llamaron a la puerta. Alzó la cabeza y vio la causa de su inquietud esperando respetuosamente en el umbral de la puerta.

—¿Deseaba hablarme? —preguntó Tibbs.

Gillespie hizo un esfuerzo consciente para hablar sin que se notara la cólera en su voz.

—Sí, Virgil. Deseo saber cuándo me va a entregar el informe sobre el examen del cadáver de Mantoli.

El rostro de Tibbs, generalmente inexpresivo, se iluminó con manifiesta sorpresa.

—Se lo entregué al señor Arnold hace dos días. Creía que estaba en poder de usted.

Gillespie se defendió:

—Tal vez esté en mi mesa. Quería preguntarle también por qué anoche salió en coche con el señor Wood.

—Porque necesito saber con certeza dónde estuvo antes de la hora en que halló el cadáver, por qué calles pasó y cuándo.

—¿Lo considera importante?

—Sí.

—Comprendo. ¿Y ha averiguado algo de lo que quería saber?

—Casi. Es posible que el resto lo averigüe esta mañana.

—Tengo entendido, Virgil, que Sam le echó de aquí anoche y se arrepintió después. ¿Qué hizo usted para enojar al señor Wood? Suele ser hombre sensato.

Tibbs vaciló y juntó los dedos antes de responder:

—El señor Wood y yo nos condujimos correctamente, aunque en un punto me engañó un poco, y, cuando yo lo comenté, él me echó de aquí sin ceremonia.

—¿Qué quiere decir con eso de que el señor Wood le engañó? Sea claro.

—Ya que usted me lo pide, jefe Gillespie, le diré que le pedí que siguiese otra vez el mismo camino que la noche del crimen y, en un punto, hizo una ligera desviación.

Gillespie volvió a mecerse en su silla.

—Virgil, ha de comprender usted que el señor Wood hace más de tres años que ronda las calles de la ciudad por la parte del cementerio. Tiene por regla cambiar de camino continuamente para que nadie pueda prever dónde estará a una hora determinada. No se puede esperar que recuerde cada vuelta que da en una noche determinada, aunque sólo haga un par de días de ello.

—Gracias, señor. ¿Tiene que preguntarme algo más?

Gillespie reflexionó. Quiso hallar ofensa en la respuesta de Tibbs pero, si alguna había, no resultaba aparente.

—No, nada más.

No bien el negro hubo salido del despacho, el jefe se hundió en su silla. Se le había ocurrido de pronto una idea que no le agradaba. Pero se extrañó de que no hubiese pensado en ello antes. La idea daba miedo, pero podía ser la solución.

Cerró los ojos y vio mentalmente a alguien que, moviendo en el aire un trozo de madera, asestaba con mano asesina un golpe despiadado que rompía el cráneo a un italiano y hacía que éste diera con su cuerpo en tierra. Y era Sam Wood el hombre que él veía moviendo la porra y quitando la vida a un ser humano.

No cabía duda de que Sam había tenido la ocasión. Para Sam, hubiese sido fácil; para cualquier otro, un riesgo tremendo. Si Sam hubiese agredido al hombre, aunque fuese a altas horas de la noche, su víctima hubiera estado desprevenida, pensando que nada tenía que temer de un policía que iba de uniforme. Gillespie tuvo de pronto una corazonada; descolgó el receptor del teléfono, llamó al banco y pidió hablar con el señor Jennings.

—Necesito preguntarle, en confianza, algo que se refiere a uno de nuestros hombres. ¿Conoce usted a Sam Wood?

—Le conozco muy bien —respondió prontamente Jennings.

—Lo que quisiera saber —continuó Gillespie— es si su cuenta ha registrado algún movimiento extraordinario. Entregas o retiradas de fondos. ¿Ha solicitado algún préstamo?

—No facilitamos este género de información —respondió el señor Jennings, obviamente incomodado—. Y menos por teléfono. Usted comprenderá que el secreto profesional...

Gillespie dominó su enojo otra vez.

—Bueno, bueno. Comprendo las precauciones. No le critico, pues cumple con su deber. Pero no ha contestado a mi pregunta.

—Déjeme que lo entienda claramente, señor Gillespie. ¿Es una petición oficial?

—Considérela oficial.

—Pues, en ese caso, le atenderemos. Haga el favor de pasar por mi despacho a su comodidad. Le dejaré ver los libros.

—¿No me los podrían traer?

—Si me exhibe un mandato judicial, con mucho gusto. De lo contrario, no permitimos que los libros salgan del banco, ni tenemos costumbre de extender certificaciones.

Convencido de que no podría lograr más, Gillespie colgó el receptor. Estaba disgustado porque la conversación no le había dado una insinuación en ningún sentido. El robo no parecía ser el móvil. Kaufmann había declarado que Mantoli acostumbraba llevar encima grandes cantidades de dinero. Sam Wood hubiese podido matarle y robarle, dejando en la cartera dinero bastante para alejar las sospechas. Eso había sucedido antes.

Arnold apareció en el marco de la puerta. Traía en la mano unas hojas de papel.

—Me ha dicho Virgil que quiere ver el informe sobre el cadáver de Mantoli.

—¡Claro que quiero verlo! ¿Por qué no me lo ha entregado antes?

—Por creer que no lo necesitaba.

Dicho esto, Arnold se encogió de hombros y se fue.

Bill Gillespie leyó el informe, párrafo por párrafo. No le gustaba el documento por ser obra de un inferior, de alguien que, al mismo tiempo, le superaba en lo que él podía haber hecho o había hecho. Mas esto le libraría de posibles dificultades graves en la silla de los testigos, si a tanto llegasen las cosas. También se enteró de muchas cosas del maestro Mantoli que no conocía. Por más que quisiera, no podía dejar de sentirse sorprendido por el hecho de que el autor del informe fuera un negro. Los negros no tenían derecho a ser inteligentes.

Sonó el timbre del teléfono.

Frank Schubert estaba al aparato.

—Siento molestarle, Bill. Mi teléfono no ha parado en todo el día. ¿Puede decirme algo más de lo que dijo ayer acerca del caso? El consejo está muy inquieto, y todas las personas que conozco en la ciudad me han telefoneado para preguntar cuándo va a ser prendido el asesino.

—¡Maldita sea, Frank! Diga usted a esa gente que nos deje en paz, que me deje a mí llevar a cabo la investigación. Con prisas nada se hace bien, debiera usted saberlo.

El alcalde Schubert titubeó:

—Está bien, Bill. Comprendo lo que siente. Otra cosa..., ¿ha despedido ya al negro de California?

—No, ni pienso hacerlo —respondió Gillespie, haciendo un esfuerzo por dominar su voz.

—Sería lo mejor, Bill.

—Tengo motivos personales y no lo haré. —Gillespie alzó la voz a pesar suyo—. Frank, tengo que salir ahora. Le prometo que, tan pronto sepa algo nuevo, se lo telefonearé.

—Está bien, Bill —dijo Schubert y colgó el receptor.

Gillespie comprendió que también la paciencia del alcalde empezaba a acabarse. Y si Frank Schubert se enfadaba demasiado, eso supondría el fin de su carrera como jefe de policía.

Insertó una clavija en el interfono y preguntó:

—¿Dónde está Virgil?

—Ha salido —respondió Pete—. Le ha telefoneado no sé qué reverendo y se ha ido corriendo en el coche. ¿Le necesita?

—Más tarde —dijo Gillespie, que cerró el circuito.

Le embargaban una docena de emociones diferentes, todas moviéndose en direcciones distintas. Se levantó, se puso el sombrero y echó a andar hacia su coche. Algo se iba a resolver de todos modos; iba al banco para hablar con Jennings.

El gerente del banco le recibió cortésmente y mandó traer en seguida la ficha de

Sam Wood. Complació a Gillespie el observar que su palabra y su presencia tenían algún peso en esa ciudad que él empezaba a odiar cordialmente. Cuando la ficha fue entregada, Jennings la leyó en silencio y la tuvo entre sus manos en tanto habló:

—El señor Wood tiene cuenta con nosotros hace varios años. Nunca ha arrojado saldos superiores a unos pocos centenares de dólares. Dos veces ha estado en descubierto, pero él hizo ingresos prontamente para defender su crédito. Las entregas y retiradas han sido regulares por algún tiempo.

—¿Hay algo más? —preguntó Gillespie con impaciencia.

—A eso iba —respondió Jennings sin perder la serenidad—. Hace dos días se presentó el señor Wood a pagar la hipoteca que gravaba su finca. La finca es pequeña y el préstamo poca cosa. Depositó un cheque que, según dijo, era un legado que había recibido por correo y algo más de seiscientos dólares en efectivo.

—¡Seiscientos dólares en efectivo! —repitió Gillespie—. Me parece muy extraño.

—Sí y no —repuso el banquero—. Muchas personas siguen guardando sus ahorros en los colchones y en jarras, pese al mucho dinero que se pierde con eso cada año.

—Pero no lo hacen si tienen cuenta en el banco desde hace años —replicó Gillespie.

La entidad de las pruebas empezaba a hundirse. Él había querido dar un largo paso al frente y éste había quedado en un pasito.

Sam Wood tenía por costumbre personarse en la comisaria a eso de las cuatro todos los días. Ese día no tenía necesidad de hacerlo, pero creyó que debía hacerlo para guardar las apariencias. Durante la última parte de la noche, solo en casa, había llegado a comprender la injusticia que había cometido con su compañero impuesto. Había estado largo rato imaginándose cómo había sido descubierto su pequeño engaño, pero, puesto que lo había sido, Sam no quería tropezarse con Virgil Tibbs.

Al entrar en el vestíbulo vio a Eric Kaufmann hablando con Pete ante la mesa. Aquél mostraba una pistola pequeña y Pete, al parecer, tomaba nota de la marca y del número de serie.

Kaufmann miró alrededor, vio a Sam y se acercó a éste.

—¿Puedo hablar con usted un momento? —preguntó—. Termine en seguida.

—Sí, señor.

Sam se sentó en un banco arrimado a la pared, donde, al menos, había un poco de aislamiento. Dos minutos después, Kaufmann se guardó la pistola en el bolsillo y vino a sentarse junto a Sam.

—Ante todo quiero justificarme con usted. Lamento profundamente mi actitud de la otra noche. Estaba muy inquieto y trastornado, aunque esto no es disculpa.

—Olvídelo —dijo Sam amablemente.

—Al pensar en ello comprendí la previsión de usted al recorrer todo el camino

hasta la casa de los Endicott para velar por todos nosotros. Duena y yo le estamos muy agradecidos.

La última frase produjo a Sam el efecto de un golpe en la boca del estómago. Estuvo un momento sin contestar.

—Pensándolo de nuevo —prosiguió Kaufmann—, vine aquí a solicitar la licencia de uso de armas.

—¿Sabe disparar una pistola? —preguntó Sam.

—No mucho. Pero no me propongo usarla. Basta con apuntar a alguien, si es necesario. Sólo la quiero para eso, hasta que esto haya terminado. Me figuro que adelantan ustedes.

—No puedo hablar —contestó Sam.

Estaba seguro de que era una respuesta prudente.

—Lo comprendo. ¡Ah, sí! Antes de que se me olvide... Duena me ha rogado que le dé las gracias por las atenciones que tuvo con ella el día que fue asesinado su padre. Todavía no se ha repuesto del golpe, pero se lo toma mejor de lo que podía esperarse. Si usted la conociese como yo, sabría que es una mujer extraordinaria.

—Estoy seguro de que lo es —dijo Sam, sintiendo de veras lo dicho. Decidió arriesgarse—, Me extraña que usted no se haya casado con ella.

—Mucho lo deseo —repuso Kaufmann—. De no haber pasado lo que ha pasado, todo hubiese marchado bien. Cuando esto haya terminado y podamos irnos de aquí, ella resolverá.

—Tiene usted muchas probabilidades —dijo Sam, atormentándose a sabiendas.

—Así lo espero.

—Le deseo buena suerte —mintió Sam cordialmente.

Estrechó la mano de Kaufmann. Kaufmann le agradaba más ese día, pese a todo. Era agradable cobrar afecto a las personas y que éstas se lo tuvieran a él. Sam paseó la vista para ver si Virgil Tibbs estaba allí.

Pete le vio mirar y le llamó para que se acercase a la mesa.

—El jefe le llama.

—Voy allá.

Pasó por el pasillo que llevaba al despacho de Gillespie. Se detuvo y entró un momento en el lavabo a alisarse el pelo y colocarse bien la camisa. Aunque Gillespie le merecía poco respeto, quería, al entrar en el despacho del jefe, estar presentable como correspondía a un agente de policía competente y digno de confianza. Siguió andando pasillo abajo y llamó respetuosamente a la puerta cerrada.

Poco antes de las seis, Virgil Tibbs hizo entrar en el espacio para aparcamiento el coche que le habían alquilado y se apeó despacio. Antes de cerrar la portezuela sacó algo y, luego, subió las escaleras que llevaban al vestíbulo.

El agente de guardia, sentado a su mesa, miró a Tibbs.

—¿Está aquí por casualidad el jefe Gillespie?

—Sí, pero me parece que no quiere que le molesten en este momento.

—¿Tiene visita?

—No. De no ser muy importante lo que tiene que decirle...

—Dígale que estoy aquí y que necesito verle —respondió Tibbs.

El agente tardó bastante en insertar la clavija en el interfono.

—Virgil desea hablar con usted. Le he dicho que usted ha dado orden de que no le molesten, pero insiste...

—Que pase —ordenó la voz de Gillespie.

—Vaya —dijo el agente, que volvió a enfrascarse en la lectura del periódico.

Tibbs recorrió el pasillo y llamó a la puerta del despacho de Gillespie.

En ese momento la voz de Gillespie atravesó el panel:

—He dicho ya que pase.

Virgil Tibbs abrió la puerta y entró sin hacer ruido en el despacho de Gillespie. Al mirar al hombrón, que estaba sentado detrás de su mesa, vio en seguida que estaba muy agitado.

—¿Tan importante es lo que tiene que decirme, Virgil?

No había viveza en las palabras de Gillespie. Hablaba con la voz del hombre que ha hecho una jugada fuerte y arriesgada y se pregunta si no ha cometido un error.

Tibbs puso encima de la mesa de Gillespie un trozo de madera. Era un trozo de una rama, de un diámetro de unos cinco centímetros y como medio metro de longitud. Gillespie la miró sin hablar.

—¿Qué quiere que haga con esto?

—Es el arma con que se cometió el crimen —le respondió Tibbs.

Gillespie tomó el fatal trozo de madera y lo examinó con curiosidad. Había en un extremo manchas inequívocas que eran una espantosa prueba de lo que probablemente había hecho. El jefe diole vueltas entre sus dedos y la miró a lo largo para ver cuán recta era.

—¿Dónde lo ha encontrado? —preguntó.

—Me han ayudado algo —reconoció Tibbs, que esperó a que le hicieran más preguntas.

Gillespie siguió dando vueltas entre sus dedos al trozo de madera. Como no hablara, Tibbs preguntó:

—¿Pasa algo desagradable?

—Le dije a usted una vez que nosotros sabíamos resolver nuestros asuntos. No es que no aprecie que me haya traído esto. Su informe sobre el cadáver de Mantoli es muy satisfactorio. Y mejor es que le diga... que he detenido yo mismo al asesino de Mantoli hace cosa de una hora.

Oyóse el ruido que hizo Tibbs al respirar.

—¿Me puede decir...?

—¿Quién es?

—¿...si ha confesado? —concluyó Tibbs.

—No. Ha negado, por supuesto. —Gillespie calló y volvió a coger el mortífero trozo de madera—. Pero lo hizo él, me consta. —Examinó de nuevo el instrumento y lo levantó para tantear su peso—. ¿Qué le revela a usted esto, Virgil?

—Sería más preciso decir que confirma lo que yo sabía ya, jefe Gillespie.

—¿Y qué es?

—Quién es el asesino —respondió Tibbs.

Gillespie volvió a dejar el trozo de madera sobre la mesa.

—¡Hum! Eso hay que demostrarlo. Y ahora, si quiere ver a su amigo Sam, le encontrará en la primera celda, al fondo del pasillo.

Virgil Tibbs miró a Gillespie con asombro e incredulidad y luego miró por la ventana un momento mientras reconcentraba sus ideas.

—¿Sam Wood? —preguntó como si la idea escapara a su comprensión.

—Sí, Sam Wood —respondió Gillespie.

Tibbs se dejó caer en silencio en una silla, ante la mesa de Gillespie.

—Señor —dijo al fin Tibbs, midiendo las palabras—, sé que no le gustará oír esto, pero debo decírselo. El señor Wood no es culpable. Piense en las consecuencias que esto traerá para su carrera, si no le pone en libertad. —Calló y miró fijamente a Gillespie con sus oscuros ojos pardos—. Sepa, señor, que me consta que ha arrestado usted a un inocente.

En su infancia, Bill Gillespie había sido considerado desde el principio como más corpulento que sus compañeros de clase y que los otros chicos con los que alternaba. Debido a esto podía dictar las condiciones de los juegos a los que se entregaban e imponer su voluntad en los que no eran físicamente sus iguales. Para su buen nombre, es preciso reconocer que Gillespie no abusaba de su talla para ser un matón ni para avasallar deliberadamente a los que hubiesen querido no someterse a él. Pero ese caudillaje automático le privaba de una temprana educación en uno de los más importantes conocimientos que hubiese debido adquirir: diplomacia, tacto. Él no lo ignoraba y, a veces, le dolía.

Más le dolía la noche después de haber prendido a Sam Wood como presunto asesino. Daba vueltas en la cama y golpes en las almohadas, las cuales, aunque dóciles, no le prestaban la menor ayuda. Se levantó, pues, y se preparó café. En su mente se representaba de nuevo la escena que habíase desarrollado en su despacho. Ningún hombre se había alzado antes contra él como Sam Wood, y él le admiraba por ello. Gillespie, por supuesto, había vencido, como siempre vencía, pero a la sazón atormentadoras dudas desfilaban ante él hasta dar la impresión de filas como una falange romana. Lo que más contribuía a eso era la porfía de Virgil Tibbs en sostener que Sam Wood era inocente. Gillespie no quería tener en mucho al investigador negro, como había dicho claramente, pero sabía que el de Pasadena gozaba fama de inteligente y de tener una excelente hoja de servicios.

Gillespie deseaba, casi rogaba a Dios por ello, tener pruebas fidedignas e irrecusables en pro de su juicio. Apreciaba a Sam Wood, aparte del hecho de que le merecía un pobre concepto como policía, pero odiaba a los delincuentes y estaba cierto de que Sam Wood había cometido el crimen.

Sólo que Sam Wood había negado tal acusación, y luego Virgil Tibbs le había defendido. Gillespie volvió a acostarse y durmió el sueño inquieto del culpable. Por la mañana no se sintió mejor y fue a su despacho deseando, por primera vez, no haber aceptado el nombramiento para un empleo en cuyo desempeño demostraba carecer de aptitudes.

Pudo percibir la tirantez en el aire al cruzar el vestíbulo. Pete le saludó respetuosamente, como siempre, pero las palabras estaban tan vacías como cáscara de huevo roto. Gillespie se sentó, como un práctico hombre de negocios, detrás de su mesa y se puso a leer el montón de correo que le estaba esperando. Mientras leía, formóse una idea en su mente. Volvería a examinar las pruebas que poseía, y, si se pudiesen explicar satisfactoriamente, consideraría la posibilidad de dejar en libertad a Sam. Sabía que no podría hacerlo sin consecuencias graves, pero tranquilizaba su conciencia el sentir que obraba con rectitud.

En esto se dio cuenta de que sucedía algo en el vestíbulo. Oía voces y le parecía que pronunciaban su nombre. Le hubiera gustado ir a ver qué ocurría, pero la

dignidad de su cargo le exigía que esperase a ser llamado.

No tuvo que esperar mucho. Arnold apareció en el marco de la puerta y se detuvo para ser reconocido.

—Señor, vienen a presentar una denuncia, y me permito opinar que debiera usted oírles. ¿Les hago entrar?

El jefe respondió que sí con la cabeza. Se oyeron pisadas confusas en el pasillo, y dos personas fueron introducidas en el despacho. Una era un hombre huesudo, de rostro extremadamente enjuto y surcado por un laberinto de arrugas finas como cabellos. Vestía ropas de trabajo y echaba hacia adelante los hombros, en actitud de perpetuo recelo. Usaba gafas con montura de acero que daban a su cara más severidad. Apretaba las comisuras de los labios por la fuerza de la costumbre. La primera reacción de Gillespie ante él fue pensar que sería un ser vil si se embriagase.

La otra persona era una joven, a la que Gillespie calculó una edad entre quince y diecisiete años. Vestía una combinación de suéter y falda que realzaba la redonda madurez de su cuerpo. Estaba algo llenita de carnes, detalle que acentuaban los tacones bajos de sus zapatos. La ropa, muy ajustada al cuerpo, no velaba ninguna parte de éste y empujaba los senos hacia arriba en una exagerada e inevitable ostentación. Gillespie pensó que le chica era de las que iban a caer, si no había caído ya.

—¿El jefe Gillespie? —preguntó el hombre.

Bastaron las tres palabras para mostrar la falta de educación de aquel sujeto y para tranquilizar a Gillespie convenciéndole de que podría dominarle.

—Sí —respondió Gillespie—. ¿Qué viene a denunciar?

—Me apellido Purdy, y ésta es mi hija Dolores.

Dolores, después de ser presentada, hizo asomar a sus labios una ancha sonrisa que tenía la intención de ser cautivadora y significativa. Gillespie volvió a mirar al padre de Dolores.

—Ha dado un tropezón, jefe, y por eso venimos.

—¿El de siempre?

—Sí, está embarazada.

Gillespie se volvió hacia la joven.

—¿Qué edad tiene usted, Dolores?

—Dieciséis años —respondió ésta sin turbarse.

Su padre le puso una mano sobre el hombro.

—Esto no es del todo cierto. Verá usted. Dolores estuvo algún tiempo enferma y se atrasó en sus estudios en la escuela. Los niños son muy crueles con quienes, como Dolores, no adelantan lo que debieran adelantar. Por eso dijimos que tenía quince años cuando nos vinimos aquí a vivir el año pasado. La verdad es que entonces tenía diecisiete, así es que ahora tiene dieciocho.

—Esto cambia mucho la cosa —explicó Gillespie—. En este Estado, el yacer con mujer de dieciséis años, si queda embarazada, es estupro, aunque se realice con el

consentimiento de ella.

—De no estar casada —dijo Purdy.

—Cierto, de no estar casada. Pero si es de dieciocho o mayor, aunque consienta, es ayuntamiento ilícito, delito menos grave.

Purdy puso una cara más seria aún. Miró como si estuviese oyendo algo que esperara oír desde muy lejos.

—Si un hombre abusa de una niña inocente como mi Dolores y la engaña diciéndole palabritas dulces, ¿no es esto estupro?

Gillespie sacudió la cabeza.

—Eso es seducción, y, aunque delito grave, no lo es tanto como el estupro. El estupro es delito grave como el homicidio o el robo con armas. Siéntense y cuéntenme lo que ha pasado.

Al oír esta indirecta, Arnold desapareció del marco de la puerta. Una vez sentados Purdy y su hija, zumbó el interfono. Bill insertó la clavija.

—Virgil está en el vestíbulo, jefe. Pregunta si le da permiso para entrar. Dice que tiene que contarle algo importante sobre el caso en que está trabajando.

Gillespie respiró hondo para no acceder al ruego. Pero se le ocurrió una idea sádica. Se preguntó si le gustaría a Purdy contar lo que le había pasado a su hija delante de un negro. Purdy le había interrumpido, mientras explicaba la ley, para corregirle, y eso le había desagradado.

—Dígale que puede entrar.

Tibbs entró en el despacho haciendo el menor ruido posible y se sentó en el banco como si estuviese allí esperando órdenes para hacer algún trabajo.

—Mándele usted salir de aquí —dijo Purdy—. No hablaré delante de un negro.

—Le necesito aquí —replicó Gillespie—. Hágase cuenta de que no está y siga.

Purdy no quiso ceder.

—Hágale salir primero.

Con sorpresa de Gillespie, Tibbs se levantó en silencio y echó a andar hacia la puerta. Gillespie le miró con ira, y Tibbs dijo muy de prisa:

—He olvidado una cosa. Volveré.

Cuando Purdy dejó de mirarle, Tibbs señaló el interfono; luego salió y cerró la puerta.

Puesto que la situación había sido resuelta sin desprestigio, Gillespie puso en otro sitio de la mesa algunos papeles que había sobre ella, abrió un cajón, miró su interior y, luego, insertó una clavija en el interfono. Después se repantigó en el sillón.

—Ya estamos solos. Dígame ahora lo que tiene que decir.

—Dolores es en realidad una buena chica. Nunca ha hecho nada malo, como no sean las tonterías que hacen los muchachos. Sin que yo me enterase, ese sujeto, que le dobla la edad, tenía relaciones con ella. No está casado. La llevaba a sitios...

—Y cuando se enteró, ¿por qué no lo impidió usted? —preguntó Gillespie.

Purdy se irritó.

—Porque trabajo de noche, señor. No tengo tiempo para estar en casa y ver lo que hacen los chicos. Además, Dolores no me lo contó hasta después.

—Es un hombre muy simpático —añadió Dolores—. No encontraba defecto en él. Se portaba muy bien conmigo.

—Cíñase al asunto —dijo Gillespie—. ¿Qué pasó?

—Una noche, era muy tarde. Dolores dormía. Se levantó de la cama para verse con ese sujeto, y entonces fue...

Gillespie se volvió hacia la joven.

—Cuénteme todo.

Dolores hizo cuanto pudo por mostrarse tímida, y supo remedarlo muy bien.

—Como ha dicho papá, siempre estaba muy atento conmigo. Estábamos sentados, muy juntitos, hablando, y entonces...

Dolores se interrumpió tan sólo por falta de palabras.

El jefe tomó un lápiz y dio con él un golpecito en la mesa.

—Le ruego que me diga una cosa. ¿Usó ese hombre la fuerza de modo que usted tuvo que luchar con él, u obró de tal manera que la hizo ir más allá de lo que debiera?

Dolores titubeó largo rato, lo bastante para dar a Gillespie la respuesta que éste necesitaba.

—No comprendí nada muy bien en aquel momento —dijo al fin la joven.

Gillespie dejó que se relajase un poco su cuerpo.

—Bien, Dolores. Ese hombre le ha hecho agravio, y, por supuesto, será preso por ello. Podemos acusarle de seducción, y ya es bastante. Dígame ahora quién es.

Purdy no quiso seguir callado por más tiempo.

—Lo conoce usted. Por eso hemos venido a verle. Es el policía que ronda de noche y que se supone protege a las mujeres todo el tiempo. Sé su nombre... Sam Wood.

Cuando Bill Gillespie volvió a quedarse solo habló por el interfono y dio una orden.

—Que venga Virgil.

—No está aquí —respondió la voz de Pete.

—¿Dónde demonios está? —preguntó Gillespie—. Pensaba que estaba escuchando en el interfono.

—Estuvo, sí, señor. Al terminar la visita, dijo que había sido el tonto más grande del mundo, y se fue.

—¿Eso es todo?

—Sí, señor; salvo que telefoneó un momento antes de salir.

Pete mintió a su jefe en esto. La mentira no era grave, y Pete la juzgaba obra de caridad. El detective negro, al atravesar el vestíbulo, habíase detenido un instante para decir: «Dígale a Sam Wood que no esté inquieto». Pete necesitó sólo una fracción de segundo para decidir no contárselo a Gillespie. Podía costarle caro al hombre que lo dijo.

El coche viejo que el mecánico Jess había alquilado a Virgil Tibbs había sido provisto de un motor con suficiente pero no muy generosa potencia; por tanto, tuvo que trabajar lo suyo para seguir las curvas del tortuoso camino que llevaba a casa de los Endicott. Al llegar a la cima, el radiador daba señales del esfuerzo hecho. Tibbs aparcó junto a la casa y se apeó. Un momento después llamó al timbre.

George Endicott abrió la puerta en seguida.

—Pase usted, señor Tibbs —invitó con cortesía pero sin cordialidad.

Llevóle a la espectacular sala de estar, se sentó e hizo señas al visitante de que tomase asiento.

—¿Para qué quiere hablarme? —preguntó.

—Para hacerle algunas preguntas en las que hubiese debido pensar hace tiempo —respondió Tibbs—. Debido a algunos sucesos que han ocurrido en la ciudad, son ahora muy urgentes. Por eso le he rogado que me reciba.

—Está bien —asintió Endicott—. Hágalas y procuraré contestarlas.

—Gracias, señor. Creo que el maestro Mantoli estuvo aquí antes en la noche en que fue asesinado. ¿Es cierto?

—Sí.

—¿Quién fue el primero en irse?

—El señor Kaufmann.

—¿A qué hora?

—Diría que a las diez. —Endicott reflexionó un momento—. No lo recuerdo exactamente. No creo que nadie se fijase en la hora. Estábamos muy ocupados en otras cosas.

—¿Quiénes estaban aquí aquella noche?

—Enrico Mantoli, su hija, mi esposa y yo y el señor Kaufmann.

Virgil Tibbs se inclinó hacia adelante y entrelazó sus dedos. Los miró fijamente, como si pensara la siguiente pregunta.

—¿Recuerda a qué hora se fue el maestro Mantoli?

—A las once o las once y media.

Tibbs esperó un momento.

—Al irse, ¿cómo fue de aquí a la ciudad?

Esta vez Endicott hizo una pausa antes de responder:

—Lo llevé en coche.

—¿Fueron solos los dos?

—Sí. Al marcharnos nosotros, se retiraron las señoras.

—¿A qué hora regresó usted?

—Cosa de una hora después, no se lo puedo decir con exactitud. Ya le he dicho que estuvimos ocupados en otros asuntos aquella noche.

—¿Dónde dejó usted al maestro Mantoli?

Endicott dio muestras de impaciencia.

—En su hotel. Le habíamos ofrecido hospedarle en casa, pero él rehusó, porque era persona muy considerada y sabía que, si aceptaba, mi esposa y yo habríamos de cederle nuestro cuarto. El cuarto de invitados ya estaba ocupado por su hija. Por eso decidió quedarse en el hotel, a pesar de ser éste de segunda categoría.

—Durante el tiempo que duró el viaje —prosiguió Tibbs—, ¿vieron ustedes a alguien?

Endicott miró fijamente a su visitante.

—Señor Tibbs, no me acaba de gustar el tono de su pregunta. ¿Me pide que pruebe una coartada? ¿Insinúa que yo maté a un amigo muy íntimo y querido?

Virgil Tibbs juntó más los dedos.

—Señor Endicott, yo no insinúo nada. Me limito pura y simplemente a indagar. Si vio usted a alguien a aquella hora mientras estuvo en la ciudad, eso pudiera dar una pista que nos llevase al descubrimiento del autor del crimen.

Endicott miró a través de la ventana la hermosa vista que se extendía kilómetros hasta las montañas lejanas.

—Usted dispense —dijo—. Tiene que explorar toda posibilidad, por supuesto.

Los dos hombres fueron interrumpidos cuando entraron en la estancia Grace Endicott y Duena Mantoli. Tibbs se puso en pie, y se saludaron. Tibbs observó que la joven parecía haber recobrado su presencia de ánimo, que sus ojos estaban serenos y que le miraban a él como si su Duena ya no estuviese asustada.

Una vez sentados todos, Grace Endicott hizo una pregunta:

—¿Adelanta usted mucho?

—Creo que sí, señora Endicott —respondió Tibbs—, sobre todo hoy. Pero los adelantos en una investigación policíaca son cosa difícil de definir. Se puede actuar semanas enteras en algo y hallar que conduce a un callejón sin salida. Nunca se está seguro mientras no se tiene la última prueba que se necesita, no sólo para identificar al criminal, sino también para probar su crimen sin que ello deje lugar a dudas.

—Nos parece bien la teoría —le atajó George Endicott—, pero ahora nos interesan más los hechos. ¿Se sabe cuándo se procederá a una detención?

Virgil Tibbs se miró los dedos.

—Ya hay un detenido —repuso—, pero estoy convencido de que no es el autor del delito.

—¿Por qué ha sido detenido, pues? —quiso saber Endicott.

Tibbs alzó la vista.

—Porque el jefe Gillespie no tiene bastante confianza en mi opinión para poner en libertad al detenido.

—¿Quién es? —preguntó Grace Endicott—. ¿Le conocemos?

—Le conocen ustedes. Es el agente Wood. Estuvo aquí conmigo la otra vez que les visité.

Duena Mantoli se irguió en la silla.

—¿Se refiere al señor que estuvo tan amable conmigo el día...?

—Al mismo, señorita Mantoli.

—¿Le acusan —Duena vaciló y después se obligó a decir las palabras— de haber matado a mi padre?

—De eso y de algo más —respondió Tibbs—. Y aunque nadie parece darme la razón en este momento, yo estoy enteramente convencido de que es inocente.

—Si tal es el caso, ¿por qué no lo prueba usted? —preguntó Endicott.

Cuando Tibbs miró, hubo un fuego dominado en sus ojos. Endicott se asustó al ver que el enjuto negro mostraba tal señal de interna vitalidad.

—Esto es precisamente lo que intento hacer, y por lo que le hago lógicamente estas preguntas.

Endicott se levantó y se acercó a la ventana. Reinó el silencio en la estancia hasta que habló.

—¿Le dejará Gillespie probarlo? —preguntó sin mirar alrededor.

—Mi obligación es ahora defenderle de sus propios errores —dijo Tibbs con suavidad—. Uno de ellos es Sam Wood. Cuando haya hecho esto, le entregaré la persona que le ha causado todo este trastorno, de tal manera que hasta él acabará por conocer la verdad. Después regresaré a mi tierra, donde tengo derecho a andar por la acera.

Endicott se volvió.

—Durante el tiempo que estuve fuera de casa, señor Tibbs, no vi a nadie y no creo que el maestro Mantoli viera a alguien. O sea hasta el momento en que le dejé ante la puerta de su hotel. Entonces nos despedimos, y yo volví a casa. No hay nadie, que yo sepa, que pueda probar lo que digo, pero es lo que pasó.

—Gracias —respondió Tibbs—. Ahora voy a hacerle unas preguntas más y le ruego que ponga mucho cuidado en las contestaciones. Mucho depende de ellas. En primer lugar, me han dicho que el señor Mantoli solía llevar fuertes sumas de dinero. ¿Sabe si hizo eso... la última vez que salió con usted?

—No tengo la más remota idea. Enrico ya no acostumbraba llevar eso que usted llama fuertes sumas de dinero. A veces llevaba encima unos centenares de dólares, no mucho más, que yo sepa.

—¿Era impulsivo?

—La pregunta es difícil de contestar.

—Creo poder decir que lo era —terció Duena inesperadamente—. A veces tomaba de repente una decisión sobre un asunto, pero generalmente acertaba. Si supone que tenía un carácter irascible, le diré que no.

Tibbs hizo su siguiente pregunta a la joven.

—Señorita Mantoli, ¿era su padre la clase de hombre que gana amigos fácilmente?

—Todo el mundo le quería —respondió Duena.

En aquel triste momento, todos los que estaban en la estancia comprendieron al mismo tiempo que había habido una persona que no le quería. Pero nadie expresó con

palabras el pensamiento.

—La última pregunta —dijo Tibbs, dirigiéndose a Duena—. Si yo hubiese tenido el honor de conocer a su padre, ¿cree usted que yo le habría sido persona grata?

Duena alzó el mentón y aceptó el reto.

—Estoy segura de que sí. Jamás he conocido a nadie tan libre de prejuicios.

Tibbs se puso en pie.

—Muchas gracias. Tanto si lo creen como no, me han ayudado ustedes mucho. Creo que, dentro de poco, podrán saber el porqué.

—Bueno es saberlo —dijo Endicott.

Duena habíase alzado de su asiento.

—Tengo que ir a la ciudad —anunció—. Supongo que el señor Tibbs tendrá la amabilidad de llevarme.

—Mi coche es muy malo —dijo Tibbs—, pero lo haré con mucho gusto.

—Haga el favor de esperarme un momento —rogó Duena, que se retiró sin dar más explicaciones.

Al regreso de la joven y cuando estaban en la puerta a punto de salir, George Endicott se frotó la barbilla, pensativo por un momento.

—¿Cómo volverá usted? —preguntó.

—Si no encuentro quién me lleve en coche —prometió la joven—, le telefonaré.

—¿Cree que no correrá riesgos?

—Si necesito defensa, se la pediré al señor Tibbs.

Tibbs acomodó a la joven en su coche, subió a él y puso en marcha el motor. En el breve espacio de tiempo en que Duena habíase excusado, se había mudado de vestido y puesto un sombrerito muy femenino. Tibbs pensó que estaba encantadora, pero, además, presintió que había formado en su mente un firme propósito. Había algo en su mentón que no desapareció hasta que estuvieron dentro de la ciudad.

—¿Adónde la llevo? —preguntó Tibbs.

—A la comisaría de policía.

—¿Le parece buena idea?

—Sí.

Tibbs guió sin hacer comentario hasta que llegaron al aparcamiento oficial. Subió con ella la escalera que llevaba al vestíbulo. Duena se dirigió derechamente a la mesa.

—Deseada hablar con el señor Wood.

Pete se quedó pasmado.

—El señor Wood no está de servicio ahora.

—Lo sé —repuso Duena Mantoli—. Está detenido. Tengo que verle.

Pete dijo por el interfono:

—Una señorita desea hablar con Sam. La acompaña Virgil.

La voz de Gillespie salió de la caja.

—¿Quién es?

—Duena Mantoli —dijo ésta—. Dígale que el señor Tibbs ha tenido la amabilidad de traerme al rogárselo yo.

Pete repitió sus palabras por el interfono.

—Lo siento. Mejor es que no lo haga —aconsejó poco después Pete.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó Duena.

—El jefe Gillespie.

Duena volvió a hacer un gesto con el mentón.

—Lléveme a ver al señor Gillespie, haga el favor. Si no quiere recibirme, telefonaré al alcalde.

Pete la acompañó por el pasillo al despacho de Gillespie.

Sam Wood había llegado al punto en que su voluntad había renunciado, por pura fatiga, a mantener los extremos de ira, frustración, desesperación y amargo desengaño que le habían afligido durante las horas que había estado sentado solo. Ya no le importaba nada de eso. Nunca había pensado que pudiera ser declarado culpable, pero su carrera de policía había terminado; jamás podría volver a ella. Poco después de la hora de comer, cuando Gillespie abandonó su despacho, Arnold había ido a contarle las novedades. Sam sabía ya que le acusaban, no sólo de asesinato, sino también de seducción. Estaba lleno hasta el borde su cáliz de infortunio y de agotamiento moral.

Sam estaba sentado con los antebrazos sobre sus rodillas y la cabeza baja. No era una actitud de vergüenza o vencimiento, sino simplemente de cansancio de los huesos. Se había agotado a fuerza de pensar y tratar de dominar los impulsos que intentaban, uno tras otro, mandar en su alma y su cuerpo. Pete vino y se paró junto a los barrotes.

—Tiene visita.

—¿Mi abogado? —preguntó Sam.

—Está todavía fuera de la ciudad, se espera que regrese esta noche. El visitante es otra persona.

Pete metió la llave y abrió a medias la puerta. Sam le miraba con apacible curiosidad cuando su corazón dio un gran salto. Duena Mantoli estaba entrando en la desagradable celda. Sam se puso en pie, profundamente turbado. No se había afeitado esa mañana, no llevaba corbata y el cuello de su camisa estaba desabrochado. En aquel momento, estas cosas le desasosegaban más que las acusaciones suspendidas sobre su cabeza.

—Buenas tardes, señor Wood —dijo Duena sosegadamente—. Por favor, siéntese usted.

Sam, desconcertado, se sentó en la dura tabla que hacía de incómodo lecho. Duena sentóse, erguida y graciosa, a cosa de un metro de él. Sam no dijo nada; no confiaba ni en su espíritu ni en su voz.

—Señor Wood —dijo Duena claramente y sin emoción—, me han dicho que le han acusado de haber matado a mi padre. —Tembló su labio inferior por un momento, luego, recobró el dominio sobre sí misma; se dulcificó un poco el tono de su voz y toda ceremonia desapareció de sus palabras—. He venido con el señor Tibbs, que me ha dicho que usted no lo hizo.

Sam asió el borde de la tarima con toda la fuerza de sus dedos. Su voluntad, rebelándose una vez más contra las reglas de urbanidad, le dijo que abrazase apretadamente a la joven. Por eso se estuvo quieto y se preguntó si se esperaba que dijese algo.

—No lo hice —respondió, mirando al suelo de hormigón.

—Hábleme de la noche... en que halló a mi padre. —Duena miró a la pared de la celda—. Quiero saberlo todo.

Las palabras no querían acudir a los labios de Sam.

—Pues lo hallé, esto es todo. Estuve patrullando toda aquella noche. Entré en el restaurante, como siempre, y después bajé por la carretera. Entonces fue cuando lo encontré.

Duena seguía mirando a la pared.

—Señor Wood, creo que el señor Tibbs tiene razón. No creo que haya sido usted. —Se volvió para mirar a Sam—. Cuando le conocí, me hallaba todavía bajo los primeros efectos del golpe..., lo que es lógico en tales momentos. Pero, aun entonces, le tuve por hombre de bien, y eso sigo creyendo.

Sam volvió la cabeza para mirarla.

—¿De verdad cree que soy inocente?

—Tengo mi manera de saberlo —repuso Duena—, una prueba muy clara. ¿Se someterá a ella?

Una sensación de nueva vida empezó a fluir en Sam. Su cansada mente volvía a estar alerta. Y entonces, de golpe, sintióse hombre otra vez. Miró a la joven.

—Dígame lo que es, y lo haré.

—Está bien. Póngase de pie.

Sam obedeció, oponiendo resistencia al deseo de esconderse en su camisa, lamentando no tener puesta la corbata. Sentíase a la vez eficiente y torpe.

En esto, con gran confusión suya, la joven se levantó y se acercó a él. Sam notó que se aceleraban los latidos de su corazón, como si algún mecanismo misterioso dentro de su cuerpo vertiese adrenalina en su corriente sanguínea. Y se asustó súbitamente por primera vez en muchos años.

—¿Verdad que te llamas Sam? Quiero que me llames Duena, y nos tuteemos. ¡Dilo!

—Sí, señora... —respondió Sam, maravillado. Y repitió obedientemente—: Duena.

—Abrázame, Sam. ¡Fuerte, pero que muy fuerte!

La voluntad de Sam, que había dicho que no tantos centenares de veces durante

las últimas veinticuatro horas, se negaba a dejarle obedecer. Como él no se moviese, la joven echó su cabeza hacia atrás. Con la mano derecha se quitó el sombrero. Después sacudió rápidamente la cabeza y dejó que su cabellera castaño oscuro ondeara bajando por la parte posterior de su cuello.

—Dijiste que lo harías —desafió—. ¡Pues hazlo!

Y tras pronunciar las dos últimas palabras, acercóse más a él y le puso las manos sobre los hombros.

Sam, sin pensarlo, sin que ninguna otra cosa le importase, enlazó a Duena. En un instante confuso, supo que ella era ardiente y hermosa, que se entregaba. Hubiese querido no soltarla nunca. Los barrotes de la celda desaparecían en la oleada de virilidad que sentía dentro de sí.

—Mírame —dijo Duena.

Sam la miró. Sam había tenido antes en sus brazos a otras mujeres, pero en toda su vida nada se había parecido a la sensación que experimentaba aquel momento.

—Ahora mírame y di: Duena, yo no maté a tu padre. ¡Dilo!

Sam habló a través del nudo que tenía en la garganta:

—Duena... —Lo intentó de nuevo—. Duena, yo no maté a tu padre.

Sam deshizo el abrazo. Sus brazos cayeron a sus costados.

Y fuerte y valeroso como era, a punto estuvo de echarse a llorar. La reacción había sido excesivamente fuerte.

Mientras luchaba por recobrar la serenidad, hacía se más fuerte la presión de las manos de ella sobre sus hombros. Duena le quitó las manos de los hombros y con ellas le enlazó el cuello.

—Te creo —dijo.

Y entonces Sam, antes de que comprendiese lo que le pasaba, sintió que le hacían bajar la cabeza, el cálido cuerpo de Duena pegado al suyo y, después, una fría y electrizante presión al apretar ella sus labios sobre los labios de él.

Duena se rehízo antes de que él pudiera moverse.

Con mucha calma, recogió su sombrero, que estaba en el suelo; buscó un espejo por la celda, en la que no había ninguno, y tomó su bolso, que había dejado sobre un extremo de la tarima.

—¿Cómo voy a salir? —preguntó.

Sam llenó de aire sus pulmones y llamó a Pete.

Durante toda la larga tarde, Sam estuvo sosegadamente sentado y viviendo de nuevo una y otra vez los pocos breves minutos que le habían dado una nueva razón de vivir. Hasta se permitía esperar que saldría con bien del mal trance en que se hallaba, y respetado de todos.

Infundíale inconmensurable brío el saber que Duena creía en él, aun cuando era acusado de haber dado muerte a su padre. ¡Y la fe de Duena le salvaría!

Pero se acordaba de algo más. La figura de la necia Dolores Purdy se elevaba en su pensamiento. Los océanos de la eternidad separaban a esa mujer de la joven que él había tenido en sus brazos hacía poco. Pero Dolores le acusaba de haberla seducido. ¿Qué pensaría Duena cuando se enterase de eso?

Los castillos de ensueño que había levantado Sam se hundían, caían y se convertían en montones de árida arena sin espíritu.

Caía la tarde cuando Virgil Tibbs entró el viejo coche alquilado en la pequeña gasolinera y garaje que regentaba el mecánico Jess. El hombre trabajaba en un Lincoln grande, con acondicionamiento de aire, que estaba en la parte trasera del garaje.

—Vengo por gasolina, Jess —dijo Tibbs—. Me parece que mañana le podré devolver el coche.

—¿Se marcha ya? —preguntó Jess al hacer funcionar la bomba.

—Eso creo, pero que quede entre nosotros, no se lo cuente a nadie.

—Descuide.

Jess aplicó la manguera y empezó a echar gasolina en el depósito.

—¡Bonito coche! —exclamó Tibbs, indicando el Lincoln—. ¿Cómo es que lo repara usted?

—Es de unos turistas —respondió Jess lacónicamente—. El garaje de la carretera, donde los dejan para reparar, me los manda luego a mí para que los repare. ¡Ya quisiera yo cobrar por mi trabajo lo que ellos hacen pagar!

—Pagan más impuestos por estar en la carretera —explicó Tibbs.

Jess acabó de llenar el depósito y dijo:

—Aguarde un momento.

Desapareció por un lado del taller y regresó al cabo de tres minutos.

—Cenará usted con nosotros —dijo con llaneza Jess.

—Se lo agradezco, pero no puedo quedarme —respondió Tibbs.

—Es que tengo un hijo, de trece años, que nunca ha visto un verdadero detective. Se lo he prometido.

Tibbs salió del coche en silencio. Minutos después se sentaba a ingerir una modesta cena de carne y pan, seguramente más copiosa que de costumbre en honor del invitado. A su derecha, Andy, el hijo de Jess, seguía con la vista todos los movimientos que él hacía, lo que no le dejaba comer tranquilo. Finalmente, cuando el chico no pudo contenerse más, rompió a hablar:

—¿Nos quiere contar su primer caso?

Y esperaba con los ojos brillantes.

Tibbs accedió.

—Fue un caso de contrabando de narcóticos. En Pasadena se vendían capsulitas de heroína. Nos destinaron a mí y a otros agentes a investigar el caso.

—¿Era usted detective entonces? —le interrumpió el niño.

—No, pero llevaba cinco años de servicios en las fuerzas, y me dieron una oportunidad. Un día, en un puesto de limpiabotas de la parte baja de la ciudad, un hombre se estaba haciendo lustrar los zapatos; cuando acabó de leer el periódico, se lo ofreció a otro que estaba aguardando que le sirviesen. La cuestión era que los zapatos del primer hombre eran nuevos y no necesitaban limpieza.

—¿Cómo lo averiguó usted?

—El limpiabotas era yo. Nadie suponía que un negro que hiciera ese trabajo fuese agente de policía.

—Así es que, si usted hubiera sido blanco, no lo hubiese podido hacer.

—Tienes razón —asintió Tibbs—. Aunque, por supuesto, los habríamos cogido más tarde o más temprano. Pero ése fue mi verdadero primer caso.

Andy volvió a ponerse a comer e intentó ejecutar el arduo trabajo de masticar el alimento y pasarlo al estómago sin quitar la vista del sensacional invitado que estaba sentado a la mesa de su padre.

Después de cenar, Tibbs se excusó diciendo que tenía cosas urgentes que hacer. Puesto que la casa de Jess estaba cerca del garaje, Virgil se despidió en la puerta y echó a andar hacia la oscura calle en la que había dejado el coche. Mentalmente estaba examinando lo que tenía que hacer. No sería agradable, y habría problemas. Pero, como había aprendido hacía muchos años, tenía que resolver los problemas si quería seguir ejerciendo su profesión. Era más difícil hacerlo en Wells, eso era todo. Tenía aún ocupada la mente en estos pensamientos cuando un aviso... ¡Demasiado tarde!

Se volvió y vio las caras de los dos hombres que lo habían seguido hasta allí. Al acercarse éstos, vio que uno de ellos tenía en la mano una estaca y la había levantado para golpear con ella. Tibbs cobró ánimos, aun sabiendo que se hallaba en una situación de inferioridad. Al balancearse el hombre, Virgil saltó hacia él y metió su hombro izquierdo en la axila derecha del otro. El trozo de madera bajó. Entonces Tibbs asió el antebrazo del hombre y, en el mismo instante, enderezó sus rodillas con toda su fuerza.

El brazo del agresor estaba sobre el hombro de Tibbs. Tenía el cuerpo inclinado hacia adelante, de modo que cuando Tibbs dobló su espalda hacia adelante no tuvo más remedio que agarrarse al hombro del detective hasta que éste le hizo caer de espaldas. En el mismo movimiento coordinado, Tibbs tiró con fuerza de la muñeca del agresor. El hombre gritó al golpear su nuca la acera.

Después, Tibbs se enfrentó al otro hombre, que era corpulento, aunque torpe, y estaba desarmado. El hombre se abalanzó hacia él con los puños cerrados. Tibbs esquivó el primer golpe, asió la muñeca del otro y tiró de ella hasta hacerle caer pesadamente. Tibbs recogió el trozo de madera, que se parecía mucho al arma con que fue cometido el crimen, y entonces vio al hijo de Jess, que, atraído por el ruido, le estaba mirando con una mezcla de espanto e incredulidad.

—Andy, ve a decir a tu padre que venga en seguida. Y telefona a la policía para que haga lo mismo.

Andy corrió a cumplir la orden. Encontró a su padre a medio camino y le comunicó el mensaje. Un momento después se había reunido con Tibbs el mecánico, que abría y cerraba los puños como si esperase la ocasión de reñir combate.

—Me han agredido —dijo Tibbs—. Ayúdeme a vigilarles.

Jess miró a los dos hombres.

—¡Que nadie se mueva! —ordenó.

El primer asaltante se quejaba en voz baja y tenía el brazo derecho torcido en una posición innatural.

Andy regresó y dijo:

—Ya vienen. Les he dicho que dos hombres han agredido al señor Tibbs y que traigan el médico.

—Muy bien, hijo —dijo Jess—. Ve a buscarme una herramienta de las que usamos para los neumáticos. No la necesito, pero pudiera ser útil.

Andy se fue y volvió a poco con la herramienta.

—Es una suerte que tengamos teléfono por si nos llaman con urgencia para alguna reparación —dijo Jess a Tibbs.

Se oyó el ulular de una sirena procedente de la dirección de la carretera. Viéronse luces rojas en la calle, y el coche patrulla obedeció a las señas de Andy y se detuvo junto al bordillo de la acera. Iban en él dos hombres de uniforme. Tibbs señaló a los cuerpos tendidos todavía sobre el pavimento.

—Agresión con arma mortífera —dijo Tibbs—. Prefiero presentar la denuncia en la comisaría.

—¿Presentar la denuncia? —preguntó uno de los hombres que vestía uniforme.

—Me parece que es Virgil —dijo su compañero.

—Soy Virgil —respondió Tibbs—. Cuidado con el hombre de la derecha; creo que tiene un brazo dislocado o roto.

Al llegar a la comisaría, Gillespie los esperaba en el vestíbulo.

—¿Qué ha pasado?

—He cenado con el mecánico Jess, el mismo que usted me presentó —le respondió Tibbs—. Al salir y dirigirme a mi coche, dos hombres se han arrojado sobre mí. Uno de ellos intentó golpearme con un trozo de madera.

Gillespie pareció extrañamente complacido.

—¡Tráiganlos a mi despacho! —ordenó.

Una vez reunidos todos, el jefe se sentó detrás de su mesa y miró a los dos hombres un minuto largo, sin hablar. Luego respiró hondo e hizo temblar la sala con la potencia de su voz.

—¿Quién de vosotros dos me ha mandado un anónimo?

No hubo respuesta. El silencio fue roto por el zumbido del interfono. Gillespie insertó la clavija.

—Está aquí el médico que usted ha mandado llamar —anunció la voz del agente de guardia.

—Que pase.

Un momento después el agente introdujo a un hombre, muy delgado, un negro de edad madura que traía un maletín del color de su cutis.

—Soy el doctor Harding.

Gillespie señaló con el dedo al hombre del brazo lesionado.

—¡Cúrelo! —ordenó—. Al saber que dos individuos habían agredido a Virgil, me figuré que éste había resultado herido, por lo que le dije al agente de guardia que llamase a un médico de color. Ya que está usted aquí, haga la cura.

El doctor Harding y examinó a su paciente.

—Tendrá que estar echado. ¿Dónde se le puede poner?

—¡No me toque usted! —dijo el hombre—. Quiero que me atienda mi médico.

—¡A callar! —bramó Gillespie—. No me gusta la gente que me escribe cartas para decirme lo que he de hacer. Le damos un médico, como manda la ley.

—No estará usted mucho tiempo en esta ciudad —replicó el hombre.

—¡El que a mí me dé la gana! —exclamó Gillespie—. Llévadlo a una celda, y que el doctor le cure allí.

Se llevaron al hombre. Gillespie dirigió su atención al otro.

—¿Qué se proponían? Hable, o les va a costar caro.

—Me tiene sin cuidado —repuso el hombre—. Pediré juicio por jurado. Y usted sabe lo que eso supone.

—¡Claro que lo sé! Y le diré lo que voy a hacer. Telefonar al periódico y contarles que usted y su compañero han agredido a un pobre negro y que éste les ha vencido a ustedes dos. Después podrá pedir el juicio por jurado.

—Yo denuncio que ese negro y su compañero nos golpearon con porras —dijo el hombre todavía engallado—. Nosotros no nos metíamos con nadie, íbamos a nuestros quehaceres.

—Sí, al barrio de los negros. Dos respetables ciudadanos que iban a una casa de citas, de mujeres de color, y fueron asaltados con violencia. ¡Qué listos! De todas formas, van a llevar las de perder.

—Me niego a declarar —sostuvo tercamente el hombre.

Gillespie se volvió hacia Tibbs.

—No es usted blanco, pero veo que sabe luchar.

—La honra es del que me enseñó a luchar —respondió Tibbs—. Se llama Takahaski, aunque no es caucásiano. —Se volvió hacia la puerta y añadió—: Tengo que volver a un trabajo que estoy a punto de terminar. Si usted me lo permite, ahora voy a seguir con mi tarea.

Con sorpresa de Tibbs, Gillespie se levantó y anduvo con él pasillo abajo. Cuando nadie podía oírles, el jefe dijo:

—Virgil, usted es lo bastante inteligente para saber que tiene que marcharse de esta ciudad. Esta noche ha tenido usted suerte. Otra vez pueden dispararle un tiro, y no salir ileso. Le aconsejo que se vaya... antes de que tenga que actuar en otro crimen. Diré a Pasadena que ha realizado usted, para mí, una excelente labor.

—Me iré, jefe Gillespie, después de haberle entregado al asesino de Mantoli junto con la prueba de su delito. Primero he de hacer esto, y acaso usted comprenda por qué.

—No asumiré la responsabilidad —dijo Gillespie.

—De acuerdo.

Y Tibbs cruzó el vestíbulo.

Duena Mantoli se hallaba, aquella apacible tarde, en el mirador donde, pocos días antes, Sam Wood había estado sentado junto a ella. Ahora estaba sola, contemplando el silencioso desfile de montañas, abismada en sus tristes pensamientos. Sabía ya que Sam Wood estaba acusado de haber seducido una muchacha de dieciséis años, hija de un obrero casi analfabeto.

Aunque no quería hacerlo, se comparaba fríamente con lo que era en su imaginación la otra mujer. Veíase, con creciente vergüenza, en la celda de una cárcel, alzándose sobre las puntas de los pies para besar en los labios al hombre en quien había puesto su fe. Ya había perdido la fe, lo que hacía que su acción, vista con mirada retrospectiva, fuese despreciable y vulgar. Cruzó los brazos. Sabía que se había portado como una tonta. Era irremediable suponer que la educación y lo que se llama comúnmente decoro jamás podrían extirpar los instintos primarios del impulso sexual. Sam Wood era un hombre corpulento y fuerte, y era soltero. La joven, fuere quien fuese, había podido darle satisfacción animal.

Duena se estremeció, y asomaron a sus ojos lágrimas de ira. Continuó sentada allí hasta que Endicott, inquieto, vino a buscarla y se la llevó a casa.

El sábado, poco después de las nueve de la mañana, Dolores Purdy, al oír sonar el timbre de la puerta, salió a abrirla. Antes gastó un momento en arreglarse, porque una mujer nunca puede adivinar con qué intención vienen a visitarla. Cuando, tras abrir la puerta, vio el rostro de cutis oscuro de Virgil Tibbs, se operó un cambio repentino en su disposición de ánimo.

—Los negros, por la puerta trasera.

—Este, no —respondió Tibbs—, Vengo a hablar con su padre.

Dolores le dio con la puerta en las narices. Un minuto después la abrió de nuevo Purdy con expresión de profundo desagrado en la cara.

—¡Váyase!

—No tiene más remedio que recibirme —le dijo Tibbs, que, sin perder la calma, entró—. Soy de la policía y vengo a hablar con usted y su hija.

—¡Lárguese, o le parto en dos!

—Si lo intenta, no me hago responsable de lo que le ocurra. Dos individuos lo intentaron anoche.

—Me lo han contado. Usted y su compañero les dieron de golpes; uno de ellos está en el hospital.

—Si no quiere hacerle compañía, calle y siéntese —ordenó Tibbs—. No estoy

dispuesto a tolerar respuestas insolentes, hechas por ignorancia, ni de usted ni de nadie. Ha presentado usted una denuncia, y vengo a tratar de ella.

—No añadiré nada más —replicó Purdy—. No quiero que un negro se sienta en mi sala de recibir.

Tibbs entró y se sentó.

—Estoy aquí para evitar que le encierren en la cárcel.

Dolores entró.

—Papá, dile que se marche.

—Me iré en cuanto acabe. Antes sabrán ustedes dos que mi presencia en esta casa es el suceso más feliz que hubiese podido ocurrirles.

—Los negros traen mala suerte —dijo Dolores.

—Señor Purdy —comenzó Tibbs dando por supuesto que había empezado la conversación—, usted y su hija estuvieron en la comisaría a denunciar que alguien había hecho agravio a esta señorita. Nuestra misión es ahora defender su buena fama y castigar al culpable.

—Fue Sam Wood —dijo Purdy.

Tibbs hizo una seña afirmativa con la cabeza.

—Eso dijeron ustedes. El jefe Gillespie se quedó muy sorprendido. El señor Wood lleva muchos años en las fuerzas. Siempre se le ha tenido por persona de conducta intachable.

—Está preso por asesinato.

Purdy alzó la voz hasta convertirla casi en grito.

Tibbs hizo otra seña afirmativa con la cabeza.

—Lo sé. No voy a hacer revelaciones indiscretas; pero puede que haya algún motivo que usted no conozca. Yo estuve entre rejas casi tres semanas hasta que el hombre que estaba encerrado allí también me confesó algo que la policía necesitaba saber.

—Policía negro...

Purdy pronunció estas dos palabras como si fulminase una maldición.

—Volvamos ahora al caso de su hija —dijo Tibbs sosegadamente—. Siempre que sucede una cosa como ésta, si el acusado confiesa su delito, asunto terminado. Pero Wood es hombre obstinado y no querrá confesar. Habrá que presentar toda clase de pruebas. Ustedes me pueden ayudar a probar que Sam es culpable.

—¿Quiere decir que he de repetir lo que he declarado ya? —preguntó Dolores.

—¿Qué pruebas? —quiso saber Purdy.

—En un caso de este género es mucho lo que hay que hacer. La ley lo dice. Es difícil para un hombre probar que no ha tenido relaciones con una mujer. La única manera de hacerlo es mediante la realización de análisis clínicos.

—¿Cómo se entiende eso? —preguntó Purdy—. Es mi hija natural...

—Nadie lo duda —repuso Tibbs—. Y todos saben que es usted persona respetable. Pero, como Sam Wood afirma que no ha hablado nunca con su hija, la

policía pedirá que se practiquen determinadas pruebas para adquirir certeza de ello.

—No hay prueba que demuestre quién hizo eso a una mujer —protestó Dolores.

—Cierto —asintió Tibbs—, pero puede mostrar que determinada persona no lo hizo.

—¿En qué consiste esa prueba? —preguntó Purdy.

—En primer lugar, en un análisis de sangre. No hace daño. Un pinchacito en una vena del antebrazo para extraer la cantidad suficiente que llene unos tubos de ensayo.

—¡No me dejaré pinchar! —exclamó Dolores.

—¿Y quién hace eso? —preguntó Purdy.

—Un médico —respondió Tibbs—. Todos esos análisis son hechos por médicos. Nadie más tocará a su hija.

—Vale más que sea así —dijo Purdy.

—Y después la reconocerán —prosiguió Tibbs— para ver si ha sido violada, como ella dice. Y también para saber si está o no embarazada.

Purdy se puso en pie, con expresión de ira en el rostro.

—Nadie examinará a mi hija de esa manera. ¡Márchese usted ya!

Tibbs no se movió de la silla.

—No hago más que advertirle. Debe usted saber esas cosas antes de que ocurran.

—Nadie examinará a mi hija de esa manera —repitió Purdy.

—Lo único que puede librarla es la confesión de ese hombre —recalcó Tibbs—. El dice que es inocente. Ustedes han presentado la denuncia, y por eso los médicos habrán de examinarla.

—Gillespie lo puede impedir.

Tibbs sacudió la cabeza.

—Le gustaría hacerlo, ni que decir tiene, pero la ley no se lo permite. Y ahora quiero decirle algo muy importante. Pero no diga a nadie que se lo he dicho yo. No quiero ver a una persona inocente como usted envuelta en un proceso.

—No me pueden hacer nada, porque yo nada he hecho. —Purdy dejó que la histeria se apoderase de su voz—. Ya le he dicho que es hija natural mía.

—Sí que lo es —replicó Tibbs poniendo súbita autoridad en su tono—. Pero suponga que comparece ante el tribunal y dice que Sam Wood es el hombre que la ha agraviado. Suponga también que el médico comete un error y dice que no ha sido él. Eso le hace reo de falsedad y perjurio y se puede ser condenado a presidio por ello. Por eso le advierto a usted, para que pueda defenderse.

—Los médicos no cometen errores como éstos —protestó Dolores, forzando la voz.

—A veces, sí —repuso Tibbs—, y los jurados los creen. Si me cuenta usted lo sucedido, procuraré que Sam Wood confiese. Y si confiesa, nada tendrán ustedes que temer.

—¿Quiere decir que nos dejarán en paz? —quiso saber.

—Sí —respondió Tibbs.

Purdy se volvió hacia su hija.

—Díselo —ordenó.

Dolores se movió rápidamente en su silla e hizo cuanto pudo por parecer una virgen ultrajada.

—Pasa siempre por aquí de noche y mira por las ventanas —empezó diciendo Dolores—. Hubiese debido decírselo a papá, pero me daba un poco de miedo porque es policía... Una noche que papá había salido, llamó a la puerta. Dijo que estaba de servicio, que buscaba muchachas que quisieran ser reina del festival musical. Me dijo que yo era muy mona y que quería proponerme.

Se interrumpió y miró. Tibbs le hizo señas con la cabeza para que continuase hablando.

—Habló mucho con palabras cariñosas y me dijo que, aunque trabajaba de noche, conocía a muchísimas personas y conseguiría bastantes votos para que yo ganase la elección. Si triunfaba, me darían un premio, que sería un viaje a Nueva York. No recuerdo mucho más. Me hizo tomar una bebida que me dijo que no me haría daño, sino que me sabría muy bien. Dijo que yo era la futura reina y que todos deseaban que lo fuese, que en Nueva York aprendería a cantar y a bailar y hasta saldría tal vez en las películas, que podría hacer que todo eso se convirtiese en realidad y que yo tendría que estarle agradecida... Después de esto, sólo recuerdo que, al marcharse, me dijo que no estuviera inquieta, que él había tomado precauciones. Estas fueron sus palabras: que había tomado precauciones.

Tibbs se levantó.

—¿Está segura de que fue Sam? No quisiera cometer errores que pudiesen perjudicarla a usted.

Dolores miró. Su rostro era una máscara.

—Fue Sam —contestó.

Virgil Tibbs salió de la casa y se alejó de ella en su coche. Fue a la comisaría de policía y tuvo una conferencia telefónica con Gottschalk, el ingeniero de cohetes. Hizo una visita a Harvey Oberst, a quien no le gustaba ser visto con un negro, pero que recordaba que ese negro le había sacado de la cárcel. Luego, visitó al reverendo Amos Whiteburn y habló con dos niños que le fueron presentados por él. Después regresó a la comisaría y telefoneó a un hotel de Atlanta. Hecho todo esto, visitó a dos negros residentes en Wells, y a cuatro blancos, dos de los cuales se negaron a recibirle. E hizo también una visita al doctor Harding. Cuando hubo terminado, estaba rendido de cansancio. Había dormido muy poco y estaba harto de luchar con la oposición, en lo que no tenía culpa. Pero, al menos, había obtenido su premio. Estaba dispuesto ya a hablar con Gillespie.

Por la mañana, tras una desagradable e inquieta noche, Duena Mantoli se levantó y supo que había tomado una resolución. Tomó una larga y refrescante ducha. Después se miró un minuto en el espejo. Vióse más guapa que nunca y supo también que había puesto mucho de su parte para mantenerse en ese estado. Muy bien; físicamente, podía competir con todo lo que llevase faldas. Lo que debía hacer ahora era reclamar otra parte de su herencia. Era el momento de hacer uso de su talento.

Se vistió y bajó a desayunar. George y Grace Endicott la esperaban.

—Hemos tenido noticias de Eric —le dijo Grace apenas se sentó—, y muy buenas dos de ellas. En primer lugar, ha conseguido la colaboración de un célebre director de orquesta para salvar el festival.

—¿Quién es? —preguntó Duena.

—Eric no lo ha dicho. La otra noticia es que la agencia encargada de la venta de las localidades está vendiendo más de lo que esperaba.

—Me alegra oírlo —dijo Duena. Se bebió un vaso de zumo de naranja y, luego, les dijo la decisión que había tomado—. Van a creer ustedes que he perdido el juicio cuando oigan lo que voy a hacer. Ir a la ciudad a hablar con el señor Schubert.

—¿Para qué? —preguntó Endicott.

—No me gusta el giro que están tomando las cosas. Algo no marcha bien. Está preso un hombre al que yo creo inocente. No comprendo por qué no ha sido puesto en libertad bajo fianza o procesado, sean los que sean los procedimientos judiciales.

Terció Grace Endicott.

—Yo no lo haría, Duena. Francamente, ni usted ni yo somos peritos en la materia, y todo lo que podemos hacer es estorbar a los que lo son. Con eso no se remedian las cosas, sino que se empeoran.

Duena se sirvió más zumo de naranja y se lo bebió.

—No me comprende usted. El señor Wood, el agente que estuvo aquí... aquel día, está en la cárcel. No es culpable, lo sé. No me pregunte por qué, pero lo sé. Por eso necesito hablar con el alcalde.

George Endicott eligió cuidadosamente sus palabras.

—Duena, creo que usted pasa por una crisis sentimental. Sea valerosa y deje que los hombres lo resuelvan. Si Wood es inocente, no estará mucho tiempo preso. Y, además, actúa Tibbs, que me da la impresión de ser competente.

—Esto no le ayudará mucho aquí —repuso Duena, que, cambiando el tema de la conversación, preguntó—: ¿Va usted a bajar hoy a la ciudad?

—Sí, esta tarde.

—¿Me querrá llevar en su coche? Pudiera ser que fuese de compras.

Endicott dio su aquiescencia con un movimiento de cabeza.

Frank Schubert compuso su postura en la silla, consciente de la retadora femineidad de su visitante. Se preguntó qué le había dicho la joven a George Endicott para que la trajese allí, pero era evidente que lo había logrado.

—Señorita Mantoli —empezó—, voy a ser muy franco con usted. En efecto, le voy a dar alguna información confidencial. ¿Promete guardar el secreto?

—Lo prometo —respondió Duena.

—Muy bien. Ignoro lo que usted sabe acerca de la economía del Sur, pero ciertas regiones se hallan en muy grave situación. Wells es una de ellas. No estamos en la carretera principal, sino en una carretera de enlace por la que acaso pasa un coche de cada cincuenta. Supone esto que perdemos muchos ingresos por la falta del turismo. La agricultura está en crisis por estos contornos. La industria, hasta ahora, no ha venido a instalarse aquí, y, hablando con franqueza, tanto la ciudad como muchos de sus habitantes están arruinados.

Duena, que escuchaba atentamente, asintió con la cabeza.

—Comprendimos, los concejales y yo, que algo había que hacer para evitar que se agravase la situación. George, aquí presente, nos brindó la idea de un festival musical. El proyecto no pudo realizarse al principio, pero él nos convenció de que nos pondría en el mapa turístico. Si sucediese, sería un recurso muy valioso para aliviar la situación. Por eso, aunque con algunas dudas, hemos llevado adelante el proyecto. Tengo entendido que ahora se venden muchas localidades, por lo que George parece haber demostrado que estaba en lo cierto.

»Ahora se plantea otra cuestión que, directa o indirectamente, le concierne a usted. El cargo de jefe de policía quedó vacante y hubo que cubrirlo. Ninguno de los hombres que servían en las fuerzas reunía condiciones para desempeñarlo. Por eso se nos ocurrió una idea. Creímos que, si anunciásemos la vacante, podríamos atraer a un buen letrado que aceptase el empleo por poco sueldo, por amor al oficio y para adquirir experiencia. Cuando mejorase la situación, aumentaríamos el sueldo para que él siguiese ejerciendo el cargo o para tomar otra persona que le sustituyese si lo consideráramos conveniente.

»Pues bien, resultó que acertamos. Hubo varios solicitantes que se conformaban con el sueldo ofrecido por el adelanto en la carrera que suponía el cargo. Uno de ellos fue Bill Gillespie. Algunos concejales —calló sus nombres— insistieron en que fuese un sureño, porque, al menos, haría cuanto pudiese por mantener nuestras tradicionales relaciones raciales. Uno del Norte podría imponernos la integración antes de que nosotros lo quisiéramos.

—¿Por eso nombraron a Gillespie? —preguntó Duena.

—Sí. Tenía muy buena hoja de servicios. Le digo en confianza que considero hicimos una mala elección, pero, al menos, los concejales de que he hablado se mostraron conformes.

Schubert miró a su alrededor para asegurarse de que nadie estaba escuchando y se inclinó hacia adelante para hacer más confidenciales sus palabras.

—Si está en la cárcel un inocente, saldrá muy pronto de ella. Se lo prometo a usted. Pero comprenda usted que existen pruebas contra él. He hablado con algunos concejales, y le digo a George, aquí presente, que, si Gillespie no resuelve esto dentro de pocos días, será destituido. El cumplimiento de su contrato depende del período de prueba, que no ha vencido aún. Pero no se preocupe usted, pues todo se arreglará.

Duena Mantoli y George Endicott salieron del despacho del alcalde minutos antes de las cuatro. Les habían avisado de que Eric Kaufmann estaría de vuelta a primeras horas de la noche. Al proponer George Endicott quedarse a cenar tranquilamente y recoger a Kaufmann después, Duena quiso aprovechar la ocasión. Era todavía demasiado temprano para cenar, y ella tenía otra idea.

—He de hablar con el señor Tibbs —explicó.

—Sería mejor que lo dejase para otro momento —aconsejó Endicott—. Si lo hiciese ahora, podría cometer, por inadvertencia, un error que trajera graves consecuencias.

Duena le miró con una expresión en que hubo mezcla de desilusión y reproche. George Endicott se dijo de pronto que, obrando en su calidad de concejal, quizá fuera oportuno cambiar unas palabras con Bill Gillespie.

Arnold dijo, a través de los barrotes, a Sam Wood:

—Tiene otro visitante.

Abrió la puerta para que pasase Virgil Tibbs. El detective de Pasadena entró sin ser invitado y se sentó en el borde de la dura tarima.

—¿Qué le trae por aquí, Virgil? —preguntó Sam.

—El decirle a usted que voy a hablar con Gillespie tan pronto llegue. Le probaré de manera convincente la inocencia de usted. Confío en que haré que le pongan en libertad.

Sam habló sin inflexión.

—Le creía inteligente. ¿Por qué no deja esto y se vuelve a su tierra?

—Porque no he cumplido aún mi misión —respondió Tibbs—. En el mundo hay mucha gente que, si no logra llevar a cabo lo que emprende, es porque no pone los medios para ello. Yo he de acabar dos cosas: probar, como he dicho, la inocencia de usted y entregar el asesino a Gillespie. Después podré marcharme a mi tierra.

—Le deseo buena suerte.

Sam dijo esto sin mirar a Virgil.

—Antes de hablar con Gillespie, deseo aclarar un par de extremos con usted —dijo Tibbs—. Estoy seguro de que conozco las soluciones, pero, cuanto menos haya de conjeturar, más certero va a ser mi juicio.

Sam se encogió de hombros.

—¿Qué se propone usted?

—La noche en que patrullamos juntos usted cambió un poco el camino y lo hizo adrede. Entonces no supe por qué. Ahora creo que lo sé. Quiso evitar el tener que pasar por delante de la casa de los Purdy, ¿no es cierto?

Sam dio señales de vida.

—Virgil, quisiera que no se metiese en esto. Sé que intenta ayudar, pero...

—También creo —continuó Virgil— que sé por qué no quiso pasar por delante de la casa de los Purdy aquella noche.

—¿Ha pasado usted por allí? —preguntó Sam, receloso.

—No, no me hizo falta —respondió Tibbs—. Harvey Oberst me contó todo lo que necesitaba saber el día que estuvo en la comisaría.

Calló y hubo un rato de silencio. A veces le parecía conveniente dar a su interlocutor la oportunidad de reflexionar. Sabía que Sam estaba pensando, y eso era lo que precisamente quería que hiciese. Finalmente, Sam rompió el silencio.

—Volvamos al principio, Virgil. Ha dicho usted varias veces que cambié el camino aquella noche. ¿Por qué cree eso?

—Porque aquella noche se desvió usted de un corto trecho de polvorienta carretera. Poco después, mientras le estuve esperando fuera del restaurante, vi el polvo que la carretera había dejado en el coche.

—Eso no tiene nada de extraño —interrumpió Sam.

—Concedido, pero la noche que me encontró usted en la estación de ferrocarril no había polvo en el coche. Eso significa que no pasó usted por la polvorienta carretera antes de encontrarme.

—Puede que usted no viera el polvo.

—Me fijé mucho. Además, se me ocurrió la idea de que el coche había sido lavado aquella tarde, y lo comprobé después en el garaje donde lavan los coches oficiales. Hubiese sido visible hasta una mota de polvo.

—¿Quiere decir que cuando yo le detuve..., le llevé a la comisaría para tomarle declaración, tuvo tiempo de ver cuánto polvo había en mi coche? Estaba usted demasiado asustado para ello, Virgil.

—No lo estaba. Callé hasta saber el motivo. Era lo mejor que podía hacerse. Pero seguí observando. Me han enseñado a hacerlo.

—¿Cómo sabe, por ejemplo, que no había llovido, que la lluvia no se había llevado el polvo de aquel trecho de la carretera?

—Leí los boletines meteorológicos.

Volvió a reinar el silencio. Sam reflexionó y llegó a la conclusión de que seguir manteniendo esa actitud no sólo era un disparate, sino también probablemente inútil. Quisiera reconocerlo o no, Tibbs sabía su oficio. Sam pensó que, al menos, le defendía un hombre cuya raza había levantado una barrera que a él le había sido casi imposible saltar. Era un pensamiento consolador. Sam resolvió dar a Tibbs el premio que se merecía.

—Lleva usted razón hasta ahora.

—¡Ojalá me lo hubiese dicho antes, Sam! Se hubiera ganado mucho tiempo..., para usted, quiero decir. —Tibbs se puso en pie, con sorpresa de Sam—. Para su conocimiento, le diré que he tenido una conversación con el señor Purdy y su hija Dolores. Los he asustado un poco con la amenaza de someter a la joven a reconocimiento médico a fin de probar los hechos denunciados. Les he dado cita para esta tarde en la comisaría al objeto de proceder a tal examen, aunque sin decirles en qué consistirá éste. Si consigo que Dolores abandone la querrela delante de testigos, de modo que quede probado que usted es inocente del delito que se le imputa, lo demás será más fácil.

Sam sintió por primera vez el deseo de cooperar.

—Virgil, acaso yo pueda ayudar de algún modo a que usted descubra quién forzó a la chica.

—Gracias, Sam. Creo que ya tengo la solución.

Cuando dijeron a Bill Gillespie que deseaba hablarle Virgil Tibbs, decidió tener a éste esperando unos minutos sólo para ponerle en el lugar que le correspondía estar. Tras haber pasado lo que juzgó tiempo disciplinario, dijo por el interfono que podía pasar.

A causa de la espera, Tibbs entró en el despacho de Gillespie casi en el mismo momento en que Endicott, acompañado de Duena Mantoli, entraba en el vestíbulo de la comisaría de policía. A Endicott le enojaba esa visita, pero comprendía que tenía en sus manos a una joven resuelta y prefería ejercer alguna influencia. Se acercó a la mesa.

—Desearíamos hablar con el jefe Gillespie. ¿Está desocupado ahora?

Pete, sabiendo que se dirigía a un concejal y al hombre más rico de Wells, respondió:

—Pueden ustedes pasar. Sólo está aquí Virgil.

Recorrieron el pasillo y George llamó con los nudillos a un lado de la puerta abierta. Gillespie alzó la vista y, al ver quién era, dijo:

—Pase.

Se puso en pie y entonces vio que Duena aparecía también en el marco de la puerta.

—Hagan el favor de sentarse —invitó después que le fue presentada la joven—. Retírese, Virgil. Hablaremos más tarde.

Virgil no se movió.

—Lo que tengo que decir es muy grave, jefe Gillespie. Puesto que la señorita Mantoli y el señor Endicott están aquí, acaso fuera mejor que lo oyesen también.

Gillespie levantó el puño para dar un golpe en la mesa. No consentiría que nadie le replicase, y menos un hombre que estaba en el lado indebido de la línea de color.

Endicott se hizo cargo de la situación y habló el primero:

—Parece interesante. Con su permiso, Bill, me gustaría oír lo que tiene que decir el señor Tibbs.

—A mi también —añadió Duena.

Gillespie no vio otra salida. Jurando mentalmente tomarse un pronto y mortal desquite cuando estuviera a solas con Tibbs, aceptó su temporal derrota.

—Como usted guste, señor Endicott.

Se sentaron todos.

—Antes de empezar —dijo Virgil—, me permito rogar que traigan a Sam Wood para que lo oiga. —Miró a Gillespie—. Puede que el jefe Gillespie quiera hacerle también algunas preguntas.

Bufando de rabia, puesto en un aprieto, Gillespie dio una orden por el interfono. Un momento después Sam Wood fue introducido en la sala. Gillespie, en silencio, señaló con la cabeza una silla y Wood se sentó. Con otra seña de cabeza, despidió a Arnold, que había traído al preso. Dominando aún un peligroso ímpetu interno, miró severamente a Tibbs.

—Bien, Virgil. Hable.

Tibbs entrelazó sus dedos, se los miró un par de segundos y empezó a hablar.

—Voy a empezar por la persona de la joven Dolores Purdy. La señorita Purdy es hija de un hombre manifiestamente atrasado cuya educación y nivel mental son ambos subnormales. No conozco a la madre de Dolores, por lo que faltan los antecedentes familiares.

—Sé todo eso —bramó Gillespie.

Tibbs esperó un momento y continuó:

—Dolores Purdy tiene dieciocho años. Pasa por tener dieciséis, porque no quiere que se le burlen en la escuela por estar atrasada dos grados. El hecho de tener realmente dieciocho años la pone en la edad de consentimiento, por lo que la cuestión de estupro queda descartada.

»Ahora bien, la señorita Purdy tiene una característica que consta muy claramente en las fichas policíacas. Es exhibicionista. Por alguna razón tiene la idea de que su cuerpo es encantador y apto para causar emoción viva a todos los que lo ven... si son hombres, claro está. Esto es bastante corriente en mujeres de su edad que sienten, de un modo u otro, que han sido privadas de la aceptación social. Creen que pueden salvar este obstáculo observando una conducta sensacional, excitante, irresistible para los hombres.

Miró a Duena para ver cómo ésta se tomaba sus palabras. La joven mostraba franco interés, lo mismo que los otros tres hombres. Prosiguió así:

—Lo que generalmente sucede es que en esas circunstancias una joven se entrega a un hombre con la esperanza de atarle a ella por amor a su perfección, a su superioridad física. Eso produce efecto a veces, otras mueve a repudiar.

»Según Harvey Oberst, que es un poco mayor que ella, Dolores se mostró a él sin

que él le pidiese ese favor. Creo que eso es cierto porque hay dos pruebas que lo demuestran. La primera es la presentación de la denuncia contra el señor Wood. Es grave cosa venir a una comisaría de policía a acusar a un agente popular y respetado. Y, en lugar de mostrarse, al menos, turbada, se presenta con un vestido que revela las formas y el sujetador puesto de un modo que empuja hacia arriba los senos en una posición forzada que llama poderosamente la atención. No es ésta la manera de obrar de una joven honesta que ha sido violada.

Tibbs hizo una pausa y aguardó un momento; pero ninguno de sus cuatro oyentes dio señales de querer interrumpirle.

—Llegamos ahora al caso del señor Wood. En la noche del crimen el señor Wood pasó en su coche patrulla por delante de la casa de los Purdy. Esto era enteramente compatible con el celoso cumplimiento de su deber. Había recorrido ya casi toda la otra parte de la ciudad, y, para él, patrullar esa zona era a la vez derecho y obligación. Pasó pocos minutos después de las tres de la madrugada. No me han dicho lo que pasó en aquel momento, pero yo me lo imagino. Noches después, yendo yo con él, el señor Wood evitó pasar por delante de la casa de los Purdy. Como no supe por qué, llegué a la conclusión de que tenía algo que ocultar. Mi confianza en él vaciló por un momento. Me equivoqué, y, por haber pensado eso de él, pido perdón.

—¿Cómo supo dónde viven los Purdy? —preguntó Gillespie.

—Me lo dijo Harvey Oberst cuando le interrogué aquí hace unos días y lo comprobé con las fichas.

Gillespie hizo un movimiento con la cabeza para mostrar que le había producido satisfacción la respuesta.

—Ahora, juntando las piezas que de momento tenemos, he aquí lo sucedido tal como yo puedo reconstruirlo. Algún tiempo atrás la señorita Purdy cometió una imprudencia con un hombre conocido suyo y acabó embarazada o creyendo que lo estaba. Quién es el hombre no tiene importancia en este momento, excepto que ella no podía o no quería casarse con él. Creyéndose en ese estado, hizo lo que han hecho muchas jóvenes: buscar a alguien a quien echar la culpa y que no pudiera defenderse, que fuese marido deseable o fuente de ingresos con que pagar los gastos del tocólogo y de criar el hijo. Afortunadamente, esta variación del viejo juego es conocida a fondo en los círculos policíacos, por lo que las aseveraciones de una mujer rara vez son tomadas en consideración sin pruebas que las justifiquen. Por supuesto, el señor Gillespie sabe esto muy bien.

»La señorita Purdy sabía que el señor Wood patrullaba de noche la ciudad por la parte del cementerio, y, por tanto, podría creerse que él hubiese estado una o más veces en su casa durante el año que los Purdy llevan viviendo en Wells. En segundo lugar, sabía que estaba soltero y podía caer en la trampa del matrimonio. Por último, sentíase atraída hacia él, al menos hasta cierto grado, como lo demuestra el hecho de que se mostró a él, al menos una vez, durante las rondas nocturnas, probablemente de modo que pareciese casualidad. Yo he de suponer que eso ha sucedido más de una

vez, aunque no con bastante frecuencia para que recayesen sospechas sobre un probo agente de policía fiel cumplidor de su deber. —Tibbs miró a Sam Wood—. No quisiera, señor Wood, ponerle en una situación embarazosa, sobre todo delante de la señorita Mantoli, pero ¿puede confirmar esto?

Sam tardó un momento en hallar las palabras. Todo lo que dijo fue:

—Sí.

—Y ahora viene una cuestión de probabilidad —prosiguió Tibbs—. Si el señor Wood fuese culpable de aceptar los favores de tales mujeres, o de invitarlas, esta tendencia hubiérase hecho evidente en algún momento durante los tres años anteriores en que ha estado vigilando la ciudad para evitar desórdenes. Esto no es del todo cierto, porque hay personas que han llevado siempre una vida ejemplar y cometido un crimen o bien un robo en un banco. Sin embargo, el señor Wood es célibe, con derecho, por tanto, a invitar a chicas jóvenes. Si hubiese abusado de una joven ignorante, seguramente no gozaría de la buena fama que tiene en Wells. Nadie conoce la reputación de un hombre mejor que un banco, y el banco en que él hace sus operaciones tiene formado muy buen concepto del señor Wood; me lo han dicho allí.

»En suma —dijo Virgil, respirando hondo—, creo que es falsa la denuncia contra el señor Wood presentada por Dolores Purdy.

—¿Podría hacérselo confesar? —preguntó Endicott.

Zumbó el interfono.

Bill Gillespie insertó la clavija.

—El señor Purdy y su hija vienen a hablar con usted —dijo la voz.

Gillespie miró a las cuatro personas al rostro.

—Que pasen —ordenó—. Y traiga un par de sillas.

Hubo un tenso silencio mientras se oían las pisadas de los Purdy en el pasillo. Todos miraron hacia la puerta.

La primera en entrar fue Dolores, que lo hizo con pasos cortos y lentos. La cara de su padre estaba tan enjuta y severa como siempre, y las arrugas junto a las comisuras de los labios parecían haberse hecho más profundas. Arnold, que venía detrás de ellos, entró las dos sillas y las colocó. Nadie habló hasta que éste se hubo retirado.

—Siéntense —dijo Gillespie.

Purdy señaló con la cabeza hacia Tibbs.

—Haga salir a este hombre.

Gillespie pareció crecer en estatura en su silla.

—Se quedará —replicó, señalando hacia las sillas.

Los Purdy se sentaron.

—No hablaré delante de un negro —dijo Dolores.

Gillespie no le hizo caso.

—Hay que seguir los procedimientos —dijo a los Purdy—. En la parte médica se empleará un buen rato. ¿Tienen algo que declarar antes de que empecemos?

Hubo un largo silencio. Gillespie se arrellanó en su sillón y éste crujió bajo su peso. Y luego volvió a reinar el silencio.

Dolores se agitó en su silla y se alisó la falda con las manos.

—Supongo que sufrí un error.

—Ya nos lo dijo la otra vez —replicó Gillespie.

Dolores esperó a que su roma inteligencia hallase las palabras que necesitaba.

—Quiero decir que no estoy segura de que fuese él.

—¿Se refiere al señor Wood? —preguntó Gillespie.

—Sí.

Purdy carraspeó y se puso en pie para tomar la palabra.

—Dolores no duerme bien a veces. Vio pasar por delante de casa el coche patrulla. Sabía quién iba en él. Después se acostó y soñó con él. Y esto fue lo que le dio la idea.

—¿Quiere eso decir que su hija, por haber visto en el coche patrulla al señor Wood, soñó que éste tenía relaciones con ella?

Los músculos de la mandíbula de Purdy se movieron nerviosamente antes de responder él:

—Algo así.

Gillespie se inclinó hacia adelante.

—Me cuesta trabajo creer que una joven como Dolores soñase una cosa así tan vivamente que la indujese a venir aquí a presentar una denuncia. Si hubiese sido unos meses más joven habría podido poner en peligro la vida de un hombre.

—No es tan joven —dijo Purdy—. Ya tiene edad para hacer lo que quiera.

—¿Me reconocerán después de esto? —preguntó Dolores.

—No —respondió Gillespie—. Si usted y su padre declaran aquí ante testigos que es falsa la denuncia que han presentado contra el señor Wood, no habrá necesidad de reconocimiento médico.

—Ya no es necesario —añadió Dolores.

Duena Mantoli carraspeó, y después la sala quedó callada otra vez.

Rompió el silencio Virgil Tibbs.

—Ha sido usted muy valerosa al venir aquí esta tarde —dijo a Dolores—. Muchas mujeres no lo hubiesen hecho.

—Me lo ha mandado papá —confesó ingenuamente Dolores.

—Hay algo que usted puede hacer para ayudar —prosiguió Tibbs—, si quiere hacerlo. Es más importante de lo que usted pueda figurarse. ¿Puede decirnos qué ocurrió para que le hiciera soñar con el señor Wood?

—Ya he dicho que lo vio pasar y eso le hizo pensar en ello —dijo coléricamente Purdy.

Tibbs no hizo caso de lo dicho por el padre y miró a Dolores. Esta se dio cuenta. Se alisó de nuevo la falda y, por primera vez, mostró señales de turbación.

—La verdad es que es un real mozo —respondió hablando despacio—. No he

hablado nunca con él, pero me han contado muchas cosas. Tiene coche y un buen empleo. Pensé que le gustaría yo. Y como se dice que no tiene novia...

—Yo soy su novia —dijo Duena.

Sam la miró con asombro e incredulidad.

Dolores miró también a Duena. Después se volvió con indiferencia para mirar a Gillespie. Estaba éste como anonadado.

—No puede casarse con mi hija porque es demasiado viejo para ella —dijo Purdy.

Bill Gillespie tomó una determinación.

—Puesto que ustedes dos han declarado ser falsa la denuncia contra el señor Wood, por lo que atañe a mi departamento, daremos por concluido este incidente. Esto no quiere decir que el señor Wood no proceda contra ustedes por delito contra el honor. Me figuro que lo hará.

—No procederé contra nadie —dijo Sam.

Purdy se volvió hacia su hija, se puso en pie y dijo:

—Vámonos a casa.

Dolores se levantó después de él y, luego, volviéndose, dirigió una sonrisa forzada a Sam.

—Lo siento de veras.

Sam se acordó de que era un caballero y se puso en pie. Lo mismo hizo Virgil Tibbs. George Endicott siguió sentado. Los Purdy se fueron sin decir nada más. Cuando se hubieron marchado, la atmósfera tardó un momento en aclararse.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Gillespie.

Virgil Tibbs le respondió:

—Ha sido retirada la denuncia contra el señor Wood. ¿Quiere aclarar algún otro extremo antes de ponerle en libertad?

—Sí, quiero que me diga por qué tenía seiscientos dólares en efectivo, que empleó en pagar la hipoteca.

Tibbs habló antes de que Sam pudiese hacerlo.

—Creo que puedo contestar a esto. El banco, le dijo a usted que tenía esa cantidad en efectivo, pero no le dijo en qué clase de efectivo.

—El efectivo es efectivo —repuso Gillespie.

—En este caso, no —respondió Tibbs—. Yo lo pregunté y me dijeron que el dinero consistía mayormente en monedas: de cincuenta, veinticinco, diez y cinco centavos. Había algunos billetes también, pero el de mayor cantidad era de cinco dólares.

—¿Quiere decir que eran ahorros?

—Sí. No fue manera muy inteligente de obrar, porque si los hubiese depositado en el banco, habría ganado intereses, unos dieciocho dólares al año. Y el dinero hubiese estado mucho más seguro. Me inclino a creer que estuvo ahorrando así desde que ingresó en la policía, para pagar la hipoteca. Probablemente sobre la base de un

tanto que se impuso a sí mismo.

—Procuré que fuese de cincuenta centavos diarios —explicó Sam.

—En realidad, ahorró usted más —le dijo Tibbs. Llegó a los cuatro dólares cada semana. Pero ¿por qué no los puso en el banco?

—Porque no quería gastarlos. Los destiné a pagar la hipoteca y no quise tocar ni un centavo.

—Ya está aclarado esto —dijo Tibbs a Gillespie—. ¿Le va a poner en libertad?

Gillespie miró a George Endicott antes de contestar. Parecía haberse quedado sin alma.

—Sí.

—Entonces le ruego que le reponga inmediatamente en su empleo, para que pueda hacer su ronda acostumbrada esta noche.

—Quisiera pasar una noche en casa primero —dijo Sam.

—Creo que tiene importancia que guíe el coche esta noche, y, si no le molesta, iré con usted —respondió Tibbs. Y dirigiéndose a Gillespie—: Le voy a dar una garantía. Si no ocurre nada nuevo antes de la madrugada, el señor Wood detendrá al asesino de Mantoli.

Cuando Sam Wood cruzó el vestíbulo de la comisaría de policía y salió al aire libre, experimentó la sensación de haber vivido un mal sueño. Los extremos de ira, de afrenta y desesperación que había sentido habíanse apagado todos ya, y él volvía a estar donde había estado antes de que todo empezara. Menos por una cosa: había tenido en sus brazos a Duena Mantoli, y ella le había besado. Y, en presencia de testigos, había dicho que era su novia.

Por supuesto, no lo era y Sam lo sabía. Lo había dicho para desconcertar a Dolores Purdy, y lo había logrado. Durante un hermoso momento, Sam se permitió imaginar que lo había dicho de veras. Apartó de ello su pensamiento y recordó que era la hora de cenar.

Entró en el café que era el único en la ciudad que servía bistecs que se podían comer, y pidió uno.

El dueño vino a hablar con él.

—Me alegro de verle, señor Wood.

Sam adivinó la intención que llevaba el hombre y respondió en el mismo tono.

—Y yo de haber venido. Dígale al cocinero que me haga un buen bistec.

—Ya se lo he dicho. Me voy a permitir preguntarle una cosa. No me la diga, si no quiere. Toda la ciudad desea saberlo. ¿Qué pasa con ese policía negro que trabaja con ustedes?

—¿Con Virgil? ¿Qué quiere saber?

—¿A qué ha venido?

—Es especialista en homicidios. Se hallaba disponible aquí, y el jefe le ha autorizado a actuar. Esto es todo.

—Ha de ser muy molesto para usted —se atrevió a decir el dueño del café.

—Para mí, no. Es muy inteligente y me ha sacado de un aprieto.

Sam se sintió orgulloso de defender al hombre que le había defendido a él.

—Sí, pero es un negro —insistió el dueño.

—No en el oprobioso sentido que da usted a esa palabra. Virgil no es un negro. Es de color, es moreno; pero no es un negro, pese a tener la piel de ese color. He conocido a muchos blancos que no eran inteligentes como él.

El dueño nada replicó a esto.

—Algunos son inteligentes, ya lo sé. Uno de ellos incluso escribió un libro. Aquí está el bistec.

El dueño mandó con gestos que se lo sirvieran. Incluso trajo la botella de salsa de tomate. Se dijo que Sam Wood tenía que ser disculpado de todo lo que decía porque había pasado por un mal trance.

Sam, después de comer, regresó a casa y abrió las ventanas para que saliese el aire enrarecido. Se quitó el uniforme y se lo cepilló. Después se duchó, se rasuró con la máquina eléctrica y se metió en la cama para descansar un rato. Se acordó un

momento de la promesa de Virgil de que iba a prender a un asesino esa noche. Conforme iba creciendo su deseo de dormir, parecíale eso un poco irreal. Le venció el sueño y durmió profundamente hasta que el despertador sonó a las once.

Virgil Tibbs le estaba esperando en el vestíbulo de la comisaría cuando él llegó. Sam dio el parte, como de costumbre. El agente de guardia luchó por fingir que no ocurría nada nuevo. Con el bloc de partes bajo el brazo y en la mano la llave del coche patrulla, Sam hizo una seña con la cabeza a Tibbs.

—Vámonos.

Cuando hubieron salido, juntos como la otra vez, Sam preguntó:

—¿Por dónde quiere que pase, Virgil?

—Por donde quiera —respondió Tibbs—. Esta noche me da igual, con tal de que no sea por delante de la casa de los Purdy.

Sam hizo la pregunta que se proponía formular a última hora.

—¿Cree que el asesino de Mantoli estará por las calles esta noche?

—Casi estoy seguro de que sí.

—¿No sería mejor ir a casa de los Endicott para saber si están tranquilos.

—Estoy seguro de que la señorita Mantoli lo está. Vaya usted, si quiere; pero hay mejores razones para que no subamos allí.

—Dijo usted que yo detendré al asesino. ¿Me puede contar algo de esto ahora?

—Prefiero no hacerlo, Sam. Si lo hiciese, usted podría revelar algo en el momento menos oportuno. Es muy difícil hacer las cosas callando y como sin saber que se hacen. Mientras no ha llegado la hora, cuantos menos sean los que lo sepan, mejor.

—¿Podemos hacer algo ahora?

Tibbs miró por la ventanilla.

—Sam, sin que usted se ofenda, ¿quiere tener confianza en mí y dejarme que resuelva esto? Le prometo que usted estará allí cuando suceda. Estoy disponiéndolo todo para que usted practique la detención.

—Bien, Virgil.

Sam estaba contrariado.

La noche nunca había sido tan larga. Hablaron de California y de lo que era la costa del Pacífico, donde Sam no había estado nunca. También de béisbol y de boxeo.

—Es un modo muy duro de ganarse la vida —dijo Tibbs—. Conozco boxeadores para los que no todo es gloria. No todo acaba cuando suena la campana. Cuando cesan los aplausos, si los hay, se hallan en el vestuario, donde les espera el médico. Y el médico cose cortes en los ojos y la boca que duelen terriblemente.

—Quisiera saber, Virgil, por qué hay tantos boxeadores de color. ¿Es porque son mejores o porque es más fácil para ellos?

—No es más fácil, y no sé por qué. Hablé con uno en cierta ocasión que había

peleado en un combate en Texas. Le dieron una soberana paliza, aunque luchó con valentía. Fue vencido. Al clavarle el médico la aguja de la jeringuilla en las contusiones, lanzó un grito espantoso. El médico le dijo que había supuesto que a él no le dolería, ya que era un negro.

Sam recordó la conversación que había tenido con Ralph en el restaurante. Parecía que eso había sido semanas atrás. Pero fue en la noche del crimen.

—¿Y qué me dice de los dos sujetos que le agredieron? No sé qué ha sido de ellos.

—El concejal Watkins los hizo poner en libertad. Me dijo que, si sabía lo que me convenía, cerrase el pico, pues de lo contrario sería procesado por haberle roto un brazo a uno de ellos.

—¿Cree que eran hombres pagados por Watkins?

—Eso creo. Y si es así tendrá que pagar encima gastos de médico y farmacia. Y hay otros que me buscan ahora.

Tibbs dijo esto último tan tranquilamente como si estuviese hablando de que iba a llover al día siguiente o al otro.

—¡Que se atrevan estando yo presente! —dijo Sam.

—Gracias, Sam. No me sorprenderán otra vez. El judo es un buen sistema, pero no va muy allá. De ser atacado por varios, sólo se puede hacer caer a uno o dos.

—¿Hay algo mejor que el judo?

—Sí; el *aikido*, sobre todo para dominar a sospechosos a los que no se quiere hacer daño. La policía de Los Angeles lo usa mucho. Cuando los pendencieros están en el suelo, el karate es la última palabra. El hombre que domina el karate dispone de un arma mortífera.

—¿Hay muchos en este país?

Tibbs hizo una pausa antes de contestar:

—Sí, conozco algunos. Muchas de las cosas que cuentan del karate no son verdad; por ejemplo, que estropea las manos. Pero, como modo de defenderse, el karate es lo mejor que hay en la técnica de la lucha sin armas. El entrenamiento es cosa seria, pero vale la pena.

Sam bajó por la calle Mayor. Dejó que el runruneo del motor se mezclase con el silencio de la noche. Lanzó una mirada a la valla de estacas en que estaban instalados los contadores de estacionamiento y corrió hacia la orilla de la acera frente a la farmacia Simón.

—¿Hay riesgo en parar aquí esta noche?

—Me figuro que no —le respondió Virgil.

Sam paró y tomó el bloc para escribir.

—Tenemos compañía —dijo Tibbs.

Sam miró, asustado. Vio movimiento en las densas y silenciosas sombras que llenaban la entrada de la farmacia. Una persona salió de la oscuridad y echó a andar hacia ellos. Era un hombre muy alto que andaba haciendo poco ruido. Un instante

después, Sam reconoció a Bill Gillespie.

El jefe de policía se agachó y apoyó los antebrazos en el borde de la ventanilla del coche.

—¿Cómo os va, muchachos?

Sam pensó que era difícil contestar.

—Bien, por ahora. Sin novedad. Un par de luces encendidas...

Gillespie abrió la portezuela trasera.

—Creo que me gustará ir un rato en coche —dijo. Subió y cerró la portezuela. Y como la parte trasera del asiento de delante le apretaba las rodillas, añadió—: No hay mucho sitio aquí.

Sam movió hacia adelante el asiento unos cinco centímetros, para hacer más sitio.

—¿Adónde le llevo?

—A cualquier parte —respondió Gillespie—. Virgil dijo que le mostrada a usted el asesino esta noche, y me gustaría ver cómo lo hace.

Sam lanzó una mirada al hombre callado que iba sentado junto a él. Había comprendido que, por primera vez en su carrera policíaca, tenía un compañero. Sentía que podía confiar en él, a pesar de su color. Virgil sabía pensar y obrar, y ambas cosas podían ser necesarias antes de que acabase la noche.

Arrancó, cruzó la carretera y entró en el barrio de chozas de la ciudad. Guiaba despacio y mirando, como de costumbre, por si había perros durmiendo en la calle. Vio uno y dio un rodeo.

El garaje del mecánico Jess estaba silencioso y a oscuras. Igual estaba la pequeña rectoría del reverendo Amos Whiteburn. Ardía una lamparilla en el consultorio y residencia del doctor Harding, el cual atendía las dolencias físicas de los ciudadanos negros de Wells. El coche cruzó la vía del tren y enfiló la calle que llevaba a la casa de los Purdy. Sam reflexionó sobre lo que debería hacer. Siguió adelante. Después de lo que había sucedido, todo tendría que estar tranquilo esa noche. La casa de los Purdy estaba a oscuras y callada.

—Se percibe una cosa extraña a esta hora de la noche —dijo Gillespie.

Sam asintió con la cabeza.

—Siempre lo noto. Miasma en el aire.

—¿Qué? —preguntó Gillespie.

—Efluvios, emanaciones que se desprenden de los cuerpos pútridos. Una especie de atmósfera.

—Eso quería decir —repuso Gillespie—. ¿Viven por aquí los Purdy?

—Hemos dejado a nuestras espaldas su casa —le respondió Sam.

Sam corrió otras tres esquinas y volvió hacia la carretera. Aminoró la marcha para hacer la parada que siempre hacía aun cuando la calle estuviese desierta a aquella hora. Esa vez venía un coche, y él esperó para dejarlo pasar. Al pajar, la farola lo iluminó lo bastante para que él lo reconociese. Era el coche de Eric Kaufmann o un vehículo igual que el de éste.

Sam viró y siguió en dirección al restaurante.

—Acostumbro parar aquí para tomarme un descanso.

—Me parece bien —dijo Gillespie.

Sam aceleró la marcha sin perder de vista al coche que corría delante del suyo. Al llegar a los límites de la ciudad, el otro automóvil disminuyó la velocidad y entró en el espacio para aparcamiento del restaurante. Sam aminoró y dio tiempo a Kaufmann de entrar en el restaurante antes de hacerlo él en el espacio de estacionamiento. Sam y Gillespie se apearon.

—¿Y Virgil? —preguntó Gillespie.

—Esperaré aquí —dijo Tibbs.

—¿Qué quiere que le traiga? —le preguntó Sam.

—Nada. Si me apetece algo, se lo pediré.

Gillespie y Sam entraron en el restaurante.

Eric Kaufmann los miró con sorpresa cuando entraron. Después se puso en pie y les estrechó la mano.

—Es un placer muy inesperado.

—Para nosotros también —respondió Gillespie—. ¿Cómo es que está usted aquí a esta hora?

Había sido formulada como una pregunta amistosa, pero había en ella un doble sentido que insinuaba que Gillespie quería realmente que le contestasen.

—Vuelvo de Atlanta —explicó Kaufmann—. He adquirido la costumbre de viajar de noche. Hace más fresco y hay menos tránsito en la carretera.

—Sí —dijo Gillespie al sentarse—. ¿Qué me cuenta de nuevo?

—Que he conseguido contratar a un director de orquesta muy famoso, uno de los mejores, para sustituir a Enrico —respondió Kaufmann—. No le digo el nombre porque quiero que lo sepa antes George Endicott. Hay mucha venta de localidades. Seguramente van ustedes a tener mucha gente aquí el mes que viene.

Sam se sentó y se preguntó qué encargaría. Hizo señas a Ralph, el camarero, para que sirviese a los otros en tanto él lo pensaba. Todo lo que le venía a las mientes era la promesa de que esa noche prendería a un asesino. Casi había acabado de hacer su ronda, y nada daba señales de acción. Dentro de poco vendría la luz del día y, cuando llegase, se desvanecería el misterio de la noche. Sam tenía la impresión de que entonces sería demasiado tarde. El asesino había obrado de noche, y tendría que ser detenido por la noche. O así se lo parecía. Diríase un ser irreal, no una persona normal que anda por la calle y se parece a todo el mundo.

Pero ¿cómo se distingue a un asesino?

Sam pidió una tostada y cerveza y un momento después comprendió que era una combinación ridícula, pero esperó en tanto Ralph la preparaba y la miró al tenerla delante de sí. Después oyó ruido detrás de él.

Se volvió y vio a Virgil Tibbs en la puerta. El negro parecía estar patéticamente débil, como si se diese cuenta de que se había atrevido a hacer algo que no debía

hacer.

Ralph le vio y ordenó:

—¡Salga de aquí!

Virgil titubeó y dio dos pasos al frente.

—Tengo mucha sed. No quiero más que un vaso de leche.

Ralph lanzó una rápida mirada a los clientes y, luego, miró a Tibbs.

—No puede estar aquí, ya lo sabe. Márchese. Cuando estos señores hayan acabado, acaso uno de ellos le llevará un vaso.

—Yo se lo llevaré —dijo Sam.

Virgil, en lugar de retirarse, siguió avanzando.

—Sé que tienen normas aquí, pero soy agente de policía como estos señores. No padezco ninguna enfermedad. Sólo quiero sentarme y tomar algo como los demás.

Sam respiró para decidir como árbitro. Virgil no estaba «en forma» por primera vez desde que Sam le conocía, y Sam sentía en sí la turbación del negro. Antes de que Sam pudiese hablar, Ralph se trasladó al extremo del mostrador, donde estaba Virgil.

—He oído hablar de usted —dijo Ralph—. Usted es Virgil y no es de aquí. Por respeto a estos señores, no quiero ser grosero, pero márchese. Si mi patrono se entera, me despedirá. ¡Váyase ya!

—¿Por qué? —preguntó Tibbs.

Esta pregunta fue el fulminante que hizo estallar la cólera de Ralph. Su semblante se enrojeció.

—Porque yo lo digo.

Dichas estas palabras, puso la mano en el hombro de Virgil y le dio un empujón.

Tibbs giró sobre sus talones y asió con ambas manos el brazo de Ralph.

Sam no pudo contenerse más. Estaba de pie y avanzó.

—¡Suéltelo, Virgil! No es culpa suya.

Virgil Tibbs no pareció oírle. Su aire de indecisión había desaparecido y, en aquel instante, todo él era acción.

—¡Aquí está, Sam! ¡Puede detener a este hombre por la muerte de Enrico Mantoli!

Era un amanecer caluroso y sucio. El cielo estaba surcado por franjas, sus colores eran mortecinos, y no había en él la belleza que a veces surge con la primera luz del día. Virgil Tibbs estaba en la comisaría, sentado en el cuarto en que se encerraba a los detenidos, leyendo en un libro encuadernado en rústica: *Anatomía de un asesinato*.

Después de casi tres horas se abrió la puerta del despacho de Gillespie. Oyóse ruido de pisadas y el rechinar de la puerta de una celda. Un momento después, entró en el cuarto el hombrón que dirigía el Departamento de Policía de Wells, que se sentó y encendió un cigarrillo. Tibbs esperó a que hablase.

—Ha firmado la confesión —dijo Gillespie.

Tibbs dejó el libro.

—Estaba seguro de que usted lo conseguía. ¿Ha complicado al tocólogo?

Gillespie pareció asustarse un poco.

—Parece que usted lo sabe todo, Virgil. ¿Cómo lo ha averiguado?

—¿Dónde está Sam? —preguntó Virgil.

Era la primera vez que nombraba a Wood por su nombre de pila en presencia de Gillespie.

Gillespie no se dio cuenta de ello, al parecer.

—Otra vez patrullando. Dice que es su oficio.

—Es un agente excepcionalmente concienzudo, y esto supone mucho. Con la gente que va a venir al festival musical, necesitará usted más ayuda.

—Lo sé —repuso Gillespie.

—Estaba pensando que Sam sería un buen sargento. Es apto para ese empleo, y los hombres lo mirarían con respeto.

—¿Va usted a dirigir mi departamento por mí, Virgil?

—No, señor. Sólo pensaba que, si usted resolviese algo en ese sentido, Sam le estaría seguramente muy agradecido. En tales circunstancias tal vez olvidaría todas las molestias que ha sufrido. Perdóneme que haya traído esto a colación.

Gillespie nada dijo por un momento. Tibbs esperó a que se tomase tiempo.

—¿Cuánto tiempo hacía que sabía lo de Ralph? —preguntó el jefe finalmente.

—Desde ayer —respondió Tibbs—. Tengo que confesar, jefe Gillespie, que a punto estuve de cometer un error irreparable. Hasta ayer estuve persiguiendo a un inocente.

Sonó el teléfono. El agente de guardia contestó y, luego, puso la comunicación a Gillespie.

—Para usted, jefe.

Gillespie se levantó y fue a ver quién llamaba un poco después de las siete de la mañana. Era George Endicott.

—He llamado para saber cuándo estaría usted en su despacho. No esperaba que estuviese a esta hora.

—Es usted muy madrugador —respondió Gillespie.

—No suelo serlo. Eric Kaufmann me ha telefoneado que usted y sus hombres han prendido al asesino de Enrico. Sírvase aceptar mi más sincera felicitación. Tengo entendido que lo detuvo usted. Ha sido un buen trabajo.

Gillespie recordó algunas de las resoluciones que había tomado.

—Practicó la detención el señor Wood. Yo me hallé allí, y esto es todo. Mi intervención vino después al interrogar al detenido hasta que se desconcertó y confesó.

—Sigo sin creer que usted se hallase allí por casualidad.

El jefe respiró hondo e hizo lo que nunca había hecho antes:

—Sepa que ha sido obra de Virgil, que ha trabajado mucho en el caso.

Ya que todo habíase acabado, no había salido tan mal. Y Endicott era del Norte, lo que lo hacía aún más fácil.

—He hablado con Grace y con Duena. Aunque está algo fuera de lugar, ya que ha pasado tan poco tiempo desde la muerte de Enrico, vamos a celebrar una reunión en casa esta noche. Deseo que usted nos honre con su asistencia.

—Tendré sumo gusto en ello.

—Muy bien. E invite de mi parte a Sam Wood y Virgil Tibbs.

Eso fue más difícil de obedecer, pero Gillespie salió airoso.

—Será usted complacido.

Después de colgar el aparato, Gillespie se dijo que había quedado vencedor en dos combates. Podría vencer en otro. Y si alguien, en la comisaría, osase criticarle por causa de ello, se las habría con él. Entró en el cuarto en que se encerraba a los detenidos. Miró a Virgil y le tendió la mano.

Tibbs se levantó y se la estrechó.

—Virgil, quiero darle las gracias por la ayuda que nos ha prestado. Voy a escribir una carta al jefe Morris para agradecerle los servicios de usted. Le diré que ha realizado usted una buena labor.

Gillespie soltó la primera mano de negro que había estrechado en su vida. Miró al dueño de ella y vio con sorpresa que sus ojos estaban húmedos.

—Es usted un hombre digno de ser admirado, jefe Gillespie.

La voz de Tibbs tembló ligeramente.

Entonces Gillespie recordó una cita famosa. La conocía porque la había odiado. Sin embargo, podía serle útil a la sazón.

—Gracias, Virgil. Usted honra a su raza..., al género humano, quiero decir.

A las siete y media de aquella noche, Bill Gillespie recogió, en la comisaría, a Sam Wood y Virgil Tibbs. Los dos subieron a su coche particular. Tibbs se sentó en la parte posterior.

Hubo poca conversación al subir por la montaña a la casa de los Endicott.

Ninguno de ellos había dormido mucho, pero tenían que obedecer a quien les había invitado a asistir a la reunión. Gillespie se preguntó cómo tendría que conducirse él en un acto social al que asistía un negro.

Al llegar, Grace Endicott les recibió en la puerta y les llevó a la espaciosa sala de estar, haciendo pasar primero a Gillespie, luego a Sam y después a Virgil.

La sala estaba llena. Se hallaban presentes Eric Kaufmann, el banquero Jennings y la esposa de éste, Duena Mantoli y los Schubert.

Sam Wood dábase confusamente cuenta de la presencia de todos ellos; sólo veía claramente a Duena, cuya belleza, esa noche, le quitaba casi materialmente el aliento. Estaba él en el centro de la estancia, en una situación embarazosa. Se dijo una vez más que había tenido en sus brazos a la joven y que ella le había besado. Vivido como era el recuerdo, estaba oculto tras un velo de irrealidad.

George Endicott pidió silencio y, cuando todos estuvieron callados y sentados, tomó la palabra. Tenía un vaso lleno en una de sus manos y lo miraba mientras hablaba.

—Se trata de una cuestión algo rara, pero Grace y yo deseábamos que todos ustedes viniesen porque, pese a la gran desgracia que lamentamos, tenemos que celebrar muchas cosas. Tenemos un director de orquesta para el festival. Ustedes ya saben quién es. Están vendidas casi todas las localidades. La orquesta ensaya. El señor Kaufmann, que dirigió los ensayos ayer, me dice que se van a dar muy buenos conciertos. Ruego al señor Kaufmann que nos haga el honor de dirigir, al menos, uno de ellos.

Sonaron algunos aplausos. Kaufmann se puso como la grana y respondió:

—Con mucho gusto.

—Después hemos buscado un nombre conveniente para nuestro teatro al aire libre. En agradecimiento al hecho de que ha sido obra de la energía, habilidad y entusiasmo de un hombre, los administradores han votado esta tarde que se le ponga el nombre de «Bolera Mantoli».

Todos miraron a Duena. Esta se tapó la cara con las manos y no dijo nada.

—Estoy convencido de que Duena consentirá en imponérselo la noche que se dé el primer concierto —prosiguió Endicott—. Llegamos ahora al tercer asunto a tratar. La eficacia con que nuestras fuerzas de policía, con la colaboración de un hombre de aptitud e inteligencia extraordinarias, ha descubierto y prendido al autor del crimen. No sé cómo se ha conseguido esto. Quisiera que alguien me lo contase, si éste es el lugar conveniente y es oportuno el momento.

—También a mí me gustaría saberlo —dijo Frank Schubert.

—¿Quiere hablar el jefe Gillespie? —invitó Endicott.

En un momento de rara claridad, Gillespie vio que sólo podía hacer una cosa. No podía contar la historia porque no la conocía.

En aquel momento, confesar ignorancia era inconcebible. Si daba la honra a quien se la merecía, crecería la suya como consecuencia.

—El señor Wood y Virgil formaron el equipo que lo descubrió —dijo dominando su voz—. Sugiero que les sea preguntado a ellos.

Gillespie pensó que eso podría ponerle a bien con Sam en lo sucesivo.

George Endicott miró a Sam.

—Señor Wood...

—Pregúnteselo a Virgil —respondió Sam con sincera humildad—. Él lo hizo.

Endicott miró al negro, que estaba sentado y en silencio.

—El señor Tibbs tiene la palabra. Tengo entendido que se marcha esta noche. Haga el favor de no irse sin habernos contado lo que falta.

Tibbs miró a Gillespie.

—Hágalo, Virgil —pidió el jefe.

—Esto me pone en una situación extremadamente embarazosa —dijo Tibbs con expresión de sincera compunción.

—No hay necesidad de ser tan modesto —le alentó Endicott—. Sé la fama que tiene en la costa. Una investigación con buen éxito no es nada nuevo para usted.

—No es por eso —respondió Tibbs—, sino porque ya no puedo ocultar que estuve a punto de cometer un error esta vez. Ha sido pura suerte, y no me puedo atribuir mérito alguno.

—Déjenos juzgar a nosotros —propuso Jennings.

Virgil respiró hondo.

—En una investigación criminal, una de las primeras cosas que hay que hacer es determinar el móvil del crimen, si es posible. Cuando se sabe quién puede beneficiarse de la muerte de la víctima se tiene un punto de partida. Esto en el supuesto de que no haya una solución bien definida que sea relativamente fácil hallar.

»Cuando el jefe Gillespie consiguió la autorización para que me quedase aquí y me destinó a la investigación del caso, las pruebas materiales que se habían recogido me hicieron conocer algunas cosas que condujeron a la determinación del móvil. Mucho me temo ahora que voy a sorprender a todos ustedes y, sobre todo, al señor Kaufmann. Dudo de que el señor Kaufmann me perdone. Durante varios días le tuve por culpable y actué para probarlo.

Tibbs miró al joven director de orquesta, cuyo rostro era digno de estudio. Sam le miró también y pensó que no podía adivinar lo que aquel hombre estaba pensando. Pero Sam no estaba sorprendido; él mismo había sospechado de Eric Kaufmann sin saber exactamente por qué.

—El señor Kaufmann tenía un motivo inmediato y poderoso —continuó Tibbs—. La trágica muerte del maestro Mantoli le colocaba en línea directa para asumir la dirección del festival musical y ganarse la fama y las recompensas que del mismo resultasen. Muchos han matado por menos. Podría añadir que desaprobó ese motivo con su enérgica y feliz actuación para hallar en breve plazo un sustituto de reconocida fama.

»En aquel punto el señor Kaufmann era un sospechoso, y nada más. En la primera

visita que hice a esta casa, dijo en mi presencia que el maestro Mantoli había sido «derribado», lo que yo entendí por muerto a golpes. No habían salido aún los periódicos, y, como era de suponer que él había venido aquí directamente desde fuera de la ciudad, no había tenido medio de saber que el maestro Mantoli había sido materialmente muerto a golpes. Hubiese podido ser envenenado o muerto por disparo de arma de fuego o de otros muchos modos más. Por eso interpreté sus palabras en el sentido de que sabía algo, y fue la persona de la que primero sospeché. Lo que no supe ver es que «derribado» es una figura retórica muy corriente y no necesariamente literal.

—¿Es esto demasiado doloroso para usted? —preguntó Grace Endicott a Duena.

Duena respondió que no con la cabeza sin quitar la vista de Tibbs.

—Luego vino lo de la tarta de cerezas —prosiguió Tibbs—. Al investigar sobre el paradero del señor Kaufmann en la noche fatal, supe que no era posible precisar la hora en que llegó a Atlanta. Y en el hotel donde se hospedó contó al chico del ascensor que había cenado muy tarde y cometido la imprudencia de tomar de postre, a aquella hora, tarta de cerezas. Eso, por muchas razones, me pareció una bien fraguada coartada. Una de ellas era que no había pruebas de que se hubiese detenido a consumir una cena completa; pero, alegando que lo había hecho, añadía automáticamente una hora al tiempo que, presumiblemente estuvo en la ciudad. Es cosa muy rara tomar tarta de cerezas a las tres de la madrugada o alrededor de esa hora, y yo no creí que la hubiese tomado. Por último, el decir eso tan claramente al chico del ascensor, me sugirió que lo hizo deliberadamente para que el muchacho recordase la conversación si fuese interrogado. El señor Kaufmann no tenía medio de saber que el empleado del hotel no pudiera decir la hora exacta de su llegada. Por aquel entonces yo estaba convencido de que conocía al autor del crimen y lo perseguí con toda mi alma.

—Por el modo en que usted lo expone, no le puedo censurar —dijo Kaufmann—. Me gusta con delirio la tarta de cerezas, pero usted no podía saber eso.

—Es usted extremadamente noble —le respondió Virgil.

—Siga, por favor —rogó Duena.

—Sigo confesando mis errores —dijo Virgil—. Tan pronto resolví sobre la intervención del señor Kaufmann, dejé de ver lo que pasaba a mi alrededor...

—Obró usted maravillas —le atajó Sam Wood—. Observó lo del polvo en mi coche y dio a eso la importancia que tenía.

Bill Gillespie no quiso ser menos y añadió:

—Observó que Harvey Oberst es zurdo.

—Sí, pero me equivoqué en lo más importante —repuso Tibbs—. Mientras perseguía al señor Kaufmann, todo lo que se refería al caso sucedía en sentido diferente. Seguí intentando probar la culpabilidad del señor Kaufmann y cometí un grave error. Quise adaptar las pruebas al sospechoso, en lugar del sospechoso a las pruebas...

—Siga usted —dijo Grace Endicott.

—Terminaré mi confesión diciendo que busqué el arma con que fue cometido el crimen y que me fue entregada. —Tibbs volvió a respirar hondamente y después prosiguió—: Fue hallada al borde de la bolera en que se darán los conciertos y, aunque no directamente, apuntaba de nuevo al señor Kaufmann. Creí tener pruebas bastantes, pero ninguna de ellas hubiese sido convincente ante un tribunal. Cuanto más buscaba menos encontraba para ayudar a resolver el caso, porque el señor Kaufmann era, por supuesto, del todo inocente.

»Harvey Oberst, al ser detenido por sospechoso, declaró que, en Wells, hay una joven, Dolores Purdy, capaz de tentar a un santo. No lo eché en saco roto, pero no se me ocurrió pensar que todo giraba alrededor de ella. Después, Ralph, el camarero del restaurante, acusó a un inocente e intachable ingeniero de cohetes que no hizo sino atravesar en coche la ciudad. Esto no daba lugar a practicar una detención, sino que más bien parecía enturbiar las aguas, como realmente fue. Por eso me dio mucho que pensar ese joven, aunque no vi vínculo alguno entre él y Dolores Purdy.

—¿Lo había? —preguntó Duena.

Tibbs hizo una seña afirmativa con la cabeza.

—El señor Purdy trabaja de noche. Ralph, sabedor de la clase de mujer que es Dolores, iba a verla cuando su padre no estaba en casa. La señora Purdy no parece cuidarse mucho de sus hijos ni importarle lo que hagan. Ralph y Dolores tienen mucho en común: ambos son poco inteligentes y poco instruidos y están llenos de prejuicios. Hará cosa de seis semanas o dos meses que se conocieron en el sentido bíblico de la palabra. Hace pocos días Dolores se creyó en estado de gravidez y, cuando Ralph fue a verla, se lo dijo y le pidió ayuda.

»Ralph estaba asustado; creía que Dolores tenía dieciséis años y sabía a lo que eso le exponía. Tenía miedo al padre de ella. Así pues, como tantos como él, se puso a buscar una salida. Sabía lo difícil que iba a ser encontrar alguien que estuviera dispuesto a provocar un aborto, pero pensó que esas cosas se resuelven con dinero.

—Empiezo a ver claro —dijo el alcalde Schubert.

—Mientras Ralph obraba así, a Dolores se le ocurrió una idea. Ralph no era lo que se dice un buen partido, pero ella había puesto los ojos en un hombre que pudiera llegar a serlo.

Duena Mantoli, que seguía muy serena, miró a Sam Wood. La mirada produjo en Sam el efecto de una descarga eléctrica; asió con fuerza los brazos de la silla e intentó serenar la expresión de su rostro.

—El señor Wood pasa casi todas las noches, en el coche patrulla, por delante de la casa en que vive ella, normalmente casi a la misma hora, puesto que es el camino que sigue para ir al restaurante, donde acostumbra parar para tomarse un breve descanso. Ella se las compuso, por tanto, para permitir al señor Wood verla desnuda. Confiaba en que él repararía en ella y probablemente se detendría a hablarle, acaso para advertirle de que podían verla desde la calle. Creía que en cualquiera de los dos

casos los encantos de su persona, así mostrados, serían irresistibles. Una vez el señor Wood se hubiese comprometido con ella, podría demandarle como padre de su hijo y subir así un peldaño en la escala social. Pero el señor Wood es a la vez hombre inteligente y de moralidad intachable, y comprendió perfectamente que, de detenerse a advertirla, se expondría a riesgos, por lo que muy juiciosamente siguió circulando en su coche e hizo fracasar el plan de ella.

Sam Wood vio que todos le estaban mirando. Sabía que no se había propuesto eso, pero no era cuestión de decirlo. Había obrado, al menos, como creían que lo había hecho. Siguió respirando regularmente y con la boca cerrada.

—Después ocurrió lo que me puso en la verdadera pista. El jefe Gillespie, fundándose en pruebas que había descubierto, detuvo al señor Wood por sospecha de homicidio. Entonces mi primer objetivo ya no fue averiguar lo que había hecho el señor Kaufmann, sino probar la inocencia del señor Wood y sacarle de la cárcel. Y la señorita Purdy vino en mi auxilio. Creyó que el señor Wood se hallaba en una situación que no le dejaría defenderse y le acusó de tener relaciones íntimas con ella.

—Es lista la niña —dijo Jennings.

—Hay muchas como ella —añadió George Endicott, y su esposa asintió con la cabeza.

Virgil continuó:

—El señor Wood me dio una pista que llevaba a la casa de los Purdy, y empezó a interesarme esa joven. Gracias a la agudeza del señor Gillespie, oí la conversación que tuvo con ella y su padre. Durante esa conversación, Dolores declaró que el señor Wood solía ir a verla por las noches cuando pasaba en su coche patrulla. No era cierto, por supuesto, pero en ese punto se encendieron las luces; había otra persona que iba a trabajar a aquella hora y que era un mucho más probable aspirante al dudoso honor de ser su novio. Recordé entonces que Ralph había intentado de una manera muy poco inteligente complicar a un hombre claramente inocente.

»Ya estaban atados todos los cabos. Comprobé y supe que seis personas habían visto al señor Wood rondando en la noche del crimen. Cuatro de ellas quisieron hablar conmigo y dieron al señor Wood una coartada razonablemente convincente. Descubrí a esas personas por casualidad, personándome en las casas en las que vi luz encendida cuando, en el coche patrulla, hice el recorrido del señor Wood en compañía de éste. Las personas que se levantan de la cama de madrugada hacen eso con frecuencia y pocas se fijan en los recorridos que efectúa el coche patrulla.

»Finalmente comprendí dos hechos muy importantes. La persona que colocó el cadáver del maestro Mantoli en medio de la carretera principal había de tener conocimiento del probable tránsito a aquella hora. Ralph entraba en esa calificación. Y yo vi la importancia que tuvo el hecho de que en la noche del crimen hiciese un calor sofocante.

—¿Quiere decir que el tiempo tuvo algo que ver con este crimen? —preguntó Frank Schubert.

—Por dos vías diferentes. Ambas conducían a dar a Ralph una buena coartada que él no había fraguado. Cuando recordé el calor que hizo aquella noche, desaparecieron las razones en contra de la culpabilidad de Ralph, y yo supe que, esa vez, había encontrado al hombre que buscaba. Yo conocía el móvil, había determinado la oportunidad, y él, como individuo, encajaba en el molde de conducta del asesino.

—¿Qué hizo, pues? —preguntó Endicott.

—Salir temprano hacia el trabajo para ir, antes de entrar, a ver a Dolores. Ella le dijo claramente que tenía que ayudarla o sufrir las consecuencias. Él pensó que todo lo que necesitaba para salir del trance era dinero, pero no tenía ahorros ni ganaba buen sueldo. Estaba entre la espada y la pared o creía estarlo.

—Pero esa joven no estaba embarazada —dijo Duena.

—Eso es verdad —respondió Tibbs—. ¿Cómo lo ha sabido usted?

Duena le miró.

—Lo supe el día que la vi. No pudo disimular que se había quitado un gran peso de encima. No quería nada de nadie, sino que la dejaran en paz. Y dijo que ya no era necesario el reconocimiento médico.

—Siga —dijo Gillespie a Tibbs.

—Aquella noche Ralph corrió en su coche por la carretera, pensando en lo que tenía que hacer. Decidió que tenía que robar a alguien, y la cuestión era a quién. Minutos antes el señor Endicott había dejado al maestro Mantoli en su hotel, que es de segunda categoría y no tiene aire acondicionado. El maestro, excitado y entusiasmado por los conciertos, probablemente comprendió que no podría dormir en seguida y decidió dar un corto paseo. ¿Se acuerda de que le pregunté si solía tomar decisiones impulsivas como ésa? Al mismo tiempo, le pregunté si sabía ganarse amigos pronta y fácilmente y si era capaz de desdeñar a alguien que fuese de una condición social inferior a la suya.

—Y yo le contesté que era impulsivo y se hacía querer de todo el mundo —respondió Duena.

—Sí. Entonces comprendí lo que pasó. Ralph, al pasar en su coche calle arriba, vio y reconoció al maestro. Su porte era muy característico, al menos en esta ciudad. Ralph pensó que aquélla era su oportunidad. Se ofreció a llevar en coche al maestro, y el señor Mantoli aceptó.

»Cuando me dijeron que había sido hallada al borde de la bolera el arma con que fue cometido el crimen, supuse que eso ayudaba a complicar al señor Kaufmann. Estaba completamente equivocado. Ralph dijo que no había visto la bolera, y el maestro Mantoli se ofreció a enseñársela. El maestro quería verla otra vez porque aquella misma noche habían sido trazados los planes para el festival.

»Fueron a la bolera. El maestro Mantoli por las razones que acabo de decir, Ralph para robarle bastante dinero como para resolver su conflicto. Se aparearon al borde de la bolera y estuvieron mirando lo que llamaré el decorado. Para oír el primer

concierto, el público tendría que sentarse sobre troncos de árbol. Ya estaban colocadas las últimas filas, y las ramas estaban esparcidas por allí cerca. Ralph cogió un trozo de madera y pensó de qué modo podría usarlo. Entonces se le ocurrió la mala idea de aturdir con un golpe al maestro y declarar después que los dos habían sido agredidos por detrás por personas desconocidas. Al dar el golpe fatal, su intención no fue matar.

—Así pues..., ¿fue en parte accidente? —preguntó Duena.

—Sí; agresión con arma mortífera y homicidio casual, pues no hubo ensañamiento.

—Casi me alegro —dijo la joven en voz baja.

—Cuando el maestro cayó inconsciente, Ralph sintió miedo. Su primer impulso fue bueno: llevarle a un médico. Le corría un sudor frío y estaba consternado. Llevó al maestro al coche, lo metió dentro y regresó a la ciudad. Al acercarse al centro de la ciudad, se dio cuenta, al fin, de lo que había hecho. Paró en una calle transversal, le quitó la cartera a su víctima, sacó de ésta el dinero que necesitaba y dejó el cadáver en medio de la carretera y la cartera cerca. Después fue al restaurante y dijo allí que se le había hecho tarde. Solía llegar tarde dos o tres veces a la semana.

—Pero ¿por qué en medio de la carretera? —preguntó Grace Endicott, con los ojos desmesuradamente abiertos.

—Porque creyó que sería acusado un conductor perseguido por exceso de velocidad. El sitio en que estaba el cadáver pudiera haberlo hecho suponer.

—¿Y la temperatura? —preguntó George Endicott.

—Hizo dos cosas por Ralph. La primera, reducir casi a cero el tránsito y retardar el descubrimiento del cadáver.

—Un momento —interrumpió Frank Schubert—. ¿Qué nos dice de ese ingeniero que pasó por allí?

—Que nadie le preguntó a qué hora había pasado por la ciudad. Ralph dijo que cuarenta y cinco minutos antes de que Sam hallase el cadáver, cosa que Gottschalk no negó porque no sabía cuándo fue hallado el cadáver. Pasó por allí en tanto Ralph estaba robando a su víctima. Ralph vio el coche y, cuando el ingeniero entró en el restaurante, telefoneó al Departamento de Policía con la esperanza de que Gottschalk fuese detenido por exceso de velocidad.

Grace Endicott movió la cabeza.

—¡Qué poco seso tiene ese chico! No puedo concebirlo. Es como un animal.

—Díganos lo del efecto que produjo la calurosa noche —dijo Gillespie.

—La excepcional temperatura dio a Ralph una coartada completamente inesperada. Cuando el médico que vino con la ambulancia determinó la hora del fallecimiento, lo hizo en la forma de costumbre, calculando el calor que había perdido el cuerpo; pero no tuvo en cuenta la temperatura y, por tanto, sufrió un error. La calurosa noche había conservado el cuerpo materialmente caliente. Después de haber aclarado lo de la coartada de Ralph, supe que él era el autor del crimen.

Tibbs parecía estar muy cansado.

—Esto es casi todo —concluyó—. Entré en el restaurante y pedí un vaso de leche. Si hubiese pedido que me diese la leche en una vasija de cartón, acaso Ralph me la hubiera servido. Le inquietó la idea de que yo usase un vaso y, cuando di un espectáculo pidiendo que me dejaran cenar allí, se enfadó hasta ponerme la mano encima. Entonces fue cuando lo agarré... No hubiese debido obrar así, pero quería esa reparación. Me despreció por ser yo negro pensando ser superior a mí. Quise darle un escarmiento. Fue una chiquillada, lo confieso.

Bill Gillespie llevó a Virgil Tibbs a la estación del ferrocarril. Después de aparcar el coche enfrente del andén, bajó la maleta de Virgil. Tibbs lo comprendió y se lo dejó hacer.

Gillespie anduvo hasta el lado del andén en que paraba el tren y dejó la maleta delante del único banco que brindaba alguna comodidad a los que tenían que esperar.

—Virgil, le haría compañía con mucho gusto, pero, con franqueza, estoy muerto de sueño. ¿Se molestará si me marcho?

—No, jefe Gillespie. —Tibbs esperó un momento antes de volver a hablar—. Hace muy buena noche. ¿Cree que puedo sentarme aquí?

Gillespie supo, sin mirar, que el banco era para blancos. Sin embargo, era más de medianoche y la estación estaba desierta.

—Si alguien le dijese algo, contéstele que lo he mandado yo.

—Muy bien —respondió Tibbs.

Gillespie se alejó dos pasos y de pronto se volvió.

—Gracias, Virgil.

—No hay de qué, jefe Gillespie.

Gillespie quiso decir algo más, pero no pudo.

El hombre que estaba ante él era negro, y la luz de la luna acentuaba los contrastantes blancos de sus ojos.

—Buenas noches —fue lo que dijo.

—Buenas noches, señor.

El jefe pensó en estrecharle la mano, pero decidió no hacerlo. Lo había hecho una vez en un momento crítico. Repetirlo podría ser un error. Volvió a su coche.



JOHN DUDLEY BALL (8 julio 1911 - 15 octubre 1988), que firmó como escritor como John Ball, fue un escritor estadounidense conocido por sus novelas de misterio protagonizadas por el detective de la policía afro-americano Virgil Tibbs. Su novela más famosa fue «En el calor de la noche», llevada al cine en la inolvidable interpretación de Sidney Poitier. Ganó el Premio Edgar. También escribió bajo el nombre de John Ball Jr.